



UNIVERSIDAD
NACIONAL
DE COLOMBIA

La ceniza de los sueños

Carmen Ruby Lora Ramos

Universidad Nacional de Colombia

Facultad de Artes

Bogotá, Colombia

2023

La ceniza de los sueños

Carmen Ruby Lora Ramos

Tesis o trabajo de investigación presentado como requisito parcial para optar al título de:

Magister en Escrituras Creativas

Director: Jaime Echeverri Jaramillo. Escritor

Codirectora: María del Mar Escobedo. Magister en Escrituras Creativas

Línea de Investigación:

Narrativa

Universidad Nacional de Colombia

Facultad de Artes

Bogotá, Colombia

2023

A mi hijo menor, Francisco José

*Con quien me refugio en los recuerdos de
nuestros seres amados: José Ignacio, Virginia
y Mauricio Alejandro, mi hijo mayor.*

Declaración de obra original

Yo declaro lo siguiente:

He leído el Acuerdo 035 de 2003 del Consejo Académico de la Universidad Nacional. «Reglamento sobre propiedad intelectual» y la Normatividad Nacional relacionada al respeto de los derechos de autor. Esta disertación representa mi trabajo original, excepto donde he reconocido las ideas, las palabras, o materiales de otros autores.

Cuando se han presentado ideas o palabras de otros autores en esta disertación, he realizado su respectivo reconocimiento aplicando correctamente los esquemas de citas y referencias bibliográficas en el estilo requerido.

He obtenido el permiso del autor o editor para incluir cualquier material con derechos de autor (por ejemplo, tablas, figuras, instrumentos de encuesta o grandes porciones de texto).

Por último, he sometido esta disertación a la herramienta de integridad académica, definida por la universidad.



Nombre: Carmen Ruby Lora Ramos

Fecha: 25/03/2023

Agradecimientos

A la Universidad Nacional de Colombia porque, con la maestría en tiempos de pandemia, abrió las puertas virtuales como una forma de prestar ayuda al manejo del problema social y humano que se derivó de la mayor crisis mundial en el último siglo.

A los profesores, compañeros y secretaria, quienes, con su calor humano, superaron las frías barreras de la tecnología. Siempre estuvieron tan cercanos.

¡Gracias a Dios!

Resumen

La ceniza de los sueños

Descripción: Un suceso de la infancia afecta emocionalmente a José Ignacio, quien recurre como solución, a la taxidermia, labor cotidiana de su padre. Aparecen nuevas complicaciones en la adultez, porque su nieto, Alejandro, de seis años, se siente amenazado por las aves disecadas.

Francisco, Virginia y Rosita son los mediadores principales en la relación filial, que acaba resolviendo el abuelo a favor de su nieto.

Palabras clave: vida, niños, jardín, colibríes, taxidermia, miedo, cenizas.

Abstract

Ashes of dreams

Summary: A childhood event emotionally affects José Ignacio, who turns to taxidermy, his father's work, as a way to cope. During adulthood, new complications arise as his six-year-old grandson, Alejandro, perceives stuffed birds as threats. Francisco, Virginia and Rosita are the main mediators in the family relationship, which the grandfather resolves in favor of his grandson.

Keywords: life, children, garden, hummingbirds, taxidermy, fear, ashes.

Contenido

	Pág.
Declaración de obra original	4
Agradecimientos	5
Resumen	6
Abstract	7
Introducción	
Los cien ojos de argos	9
La ceniza de los sueños	
Capítulo I	15
Capítulo II	27
Capítulo III	39
Capítulo IV	49
Capítulo V	59
Capítulo VI	73
Capítulo VII	84
Capítulo VIII	93
Capítulo IX	102
Capítulo X	118

Introducción

Los cien ojos de argos

*Comienza haciendo lo que es necesario
después lo que es posible y de repente
estarás haciendo lo imposible.*

Francisco de Asís

El objetivo de escribir estas páginas es atrapar un recuerdo valiéndome de una poderosa red tejida con palabras. Durante la reconstrucción de tal recuerdo, la figura mitológica de *Argos*, aquel gigante de cien ojos, permaneció vigilante, y se apersonó del proceso.

Todo empezó con el abuelo José Ignacio, uno de los personajes principales, quien en la vida real entretenía a sus nietos utilizando al mismísimo cielo como tablero y al viento como estímulo creador. Las fugaces formas de las nubes eran su ayuda visual. Un aparente copo de nieve, por acción del viento, se transformaba en palomas y ballenas que compartían, amistosas, con enanos cabalgando sobre caballos voladores, contoneantes serpientes que vivían en castillos. ¡Ah!, por supuesto, *Argos* que no podía faltar, porque era el encargado de cuidar a sus nietos. En ese tablero de lo infinito todo sucedía.

La secuencia de formas que iban desfilando ante los ojos de los niños sumaban a la narración.

La imaginación vino a fortalecer muchos recuerdos.

Alguna vez, durante el juego, el abuelo aseguró que estaba viendo unos pájaros. Su estado emocional se alteró. Se adivinaba el palpitante de un corazón roto.

En milésimas de segundos, la figura del colibrí surgió en el firmamento. Llegó entonces el recuerdo de un suceso que dejó una huella de dolor en el corazón de un niño, al que los vientos más fuertes no tuvieron el poder de transformar. Allí estaba, dolía, y duele.

Fue así como los colibríes salieron al vuelo desde los nidos de la memoria para instalarse en una pared donde solo podían permanecer vivos gracias a la palabra.

Ese día no miró más al cielo, no necesitaba de ayudas visuales para empezar un relato que pasó a formar parte de la historia familiar.

El entrañable material recolectado me permitió dar inicio a la escritura. Estaba convencida de que lo plasmado con pasión obtendría óptimo resultado, pero no fue así, siempre faltaba algo más, de ahí la necesidad de acudir a un guía.

Para mi fortuna, en la pandemia, la universidad ofreció esta maestría virtual. Los vientos, tal como se comportan en la imaginación del abuelo, mutaron las dificultades que había tenido en años anteriores. Ahora el soplo estaba a mi favor.

Vamos, me dije, y presenté el proyecto como requisito.

Desde la primera entrega, los ojos de Argos se pusieron en guardia. Las autorizadas observaciones se iban emitiendo con un rotundo: ¡ojo!, corrige.

El primer intento narrativo, que en justicia debe denominarse el primer esperpento, lo padeció la maestra Andrea Salgado. Dijo ella con un deseo de salvavidas: me parece que si lees, por ejemplo: *La señora Dalloway*, *Momo*, *Estrella madre*,... tu obra va saliendo a flote. ¡Ojo!, que esto requiere cambios. Lo decía con afán.

A la siguiente sesión, presenté las modificaciones y rápidamente la maestra advirtió: ¡ojo!, esto no funciona.

Su deseo de encontrar forma al barro que le tocó por azar, además de la capacidad de presentir lo que serían mis días subsiguientes, le llevó a recomendarme la lectura de *Las mil y una noches*.

Sin pegar el ojo, pasé al segundo semestre.

En este periodo el maestro Eduardo Otálora Marulanda esperaba.

Su manera de opinar y el aporte de ideas iluminadoras me impactó.

¡Ojo!, aquí estás proponiendo una historia con mucha gente, fue su primer reparo. De esos seis niños, por lo menos debes hacer desaparecer a cuatro, mucho mejor si dejas uno.

Empiezan, entonces, a funcionar el borrador y los suspiros de una manera sorprendente.

Con calma, el tutor daba largas para que yo tramitara mi emoción y luego se venía con la advertencia: en este oficio hay que aprender a borrar mil veces si es necesario. Romper y echar a la basura es el ejercicio más frecuente del escritor.

Los consejos siguieron desgranándose y, entre un buen número de libros, todos estudiados, me sugirió: qué tal si lees..., vaya sorpresa, coincidió con otra gran obra que a su buen criterio sería de gran utilidad a mi propósito. Mientras hablaba, ojiplático por la alarma que le consumía, tomó la siguiente decisión: para enderezar tu proyecto no serán suficientes *Las mil y una noches*, vas a necesitar *Las noches todas*. Empieza de cero.

Esa reacción que vi en el maestro Otálora la asocié a los sobresaltos que padece el personaje de mi novela. Fue emocionante.

Como buen mentor, se valió de la etimología del término “escribir” y su relación con la raíz indoeuropea “skribh”, que significa precisamente, “cortar” o “separar”, y con palabras coloquiales iba siendo perentorio: rompa, bote y vuelva a empezar.

Sin duda, en el camino de búsqueda encontré agua fresca que me calmaba la sed de alcanzar mi intento. Me refiero, nada menos que a la célebre frase de Borges: «No me pregunten por lo que he escrito, me enorgullece lo que he leído.»

El placer de leer me consolaba. Ahora, el reto era decir con mis propias palabras todo lo que sentía, quería derramar mis emociones, entonces, redoblé esfuerzos.

Vuelve el maestro Otálora: ¡jajo!, que no te esté pasando lo de *Leopoldo* el de Monterroso.

Todos los ejemplos y las bromas de las que se valía para impulsar a sus alumnos me llevaron a que le tomara más amor al proyecto. Mis personajes vivían en mi cabeza tan deliciosamente, que agregar o corregir era un compartir con el abuelo, con mi hijo, inclusive con desconocidos que aterrizaron para ambientar la historia.

En este proceso experimenté que escribir me daba el poder de soñar. En el papel podía diseñar la vida que deseaba, al lado de quienes quería acompañar y que me acompañaran por siempre.

No me refiero a lo dicho por el gran Unamuno: «Con cantos a la muerte henchir la vida, /tal es nuestro consuelo»; tampoco al aserto de Maurice Blanchot: «...La escritura es recuerdo, el recuerdo escrito prolonga la vida durante la muerte.»

En mi caso, el entrenamiento de escribir fue suavizando mis sentidos, al punto que era un disfrute muy íntimo hacerlo acerca de aquellos que físicamente no estaban, lo entendía como prolongar sus vidas porque la mía los necesitaba. Utilizar el borrador era tanto como borrar a la muerte. Así fui avanzando.

Otro aspecto que resalto en mi proceso de aprendizaje es el acompañamiento de mis pares. En clase, todos conocíamos lo de todos, la lluvia de ideas arreciaba en la medida en que se mostraba más claramente la imagen, ya íbamos entendiendo lo que queríamos expresar. Como por arte de magia, la creatividad iba moldeando el producto.

Para que una palabra encajara en un párrafo se entrecruzaban ideas, experiencias ajenas, y el escrito terminó elaborándose bajo la supervisión de muchos ojos y la influencia de otros tantos. Este fenómeno me tentó a denominar las presentes líneas: *Parto colectivo*.

En ese ambiente de aportes útiles, alguien con muy buen ojo encontró algo más que le permitió emitir la siguiente opinión: «en esa historia todos son tranquilos, qué pereza».

Es en el camino de las palabras escritas cuando los fantasmas se presentan. La percepción de mis compañeros me empujó a incluir personajes y escenas que dieran toques de tensión y hasta de humor.

Recordé la recomendación de Julio Cortázar en sus *Conferencias en Berkeley* respecto al humor en la literatura, pues lo consideraba uno de los componentes más valiosos y más fecundos que las armas literarias puedan dar a un escritor. Con *Rayuela*, señala los momentos en que el niño de la Maga muere y cuando se separan Oliveira y la Maga. No habría podido llegar al final del capítulo sin introducir un humor, para estos casos, negro y sombrío, tratando temas triviales y hasta chistosos, cuando por debajo se estaba ventilando un caso de vida o muerte.

Asimismo, Francisco de Quevedo me echó un ojo en la elaboración de uno de los personajes secundarios, Jeremías, cuyas huesudas piernas eran motivo de burla en la que participaba complacido, él mismo, cuando las exhibía, y gozaba poniendo en ridículo a los demás.

Leer a Quevedo y a Baltasar Gracián, entre tantos otros genios de las letras, durante mi paso por la maestría, me llevó a repetir con agrado la frase del nobel Mario Vargas Llosa: «Aprender a leer es lo más importante que me ha pasado en la vida».

En el tercer y cuarto semestre tuve la fortuna de trabajar bajo la guía del maestro Jaime Echeverri.

Esta andanza fue fantástica, su preferencia por la lectura del texto en voz alta me ayudó a descubrir más deficiencias y a controlar mis emociones. El maestro emitió juicios certeros, consejos impagables y me animó al diálogo con preguntas, como: «Dime, ¿cómo te sientes con tu escrito?» o «Lo que yo opine no es la última palabra». Siempre aportaba para enderezar el escrito y sus palabras invitaban a avanzar con libertad.

La dirección del maestro Echeverri fue una terapia sanadora. Su técnica para mejorar el proceso de mi escritura, me confirmó lo dicho por Irene Vallejo: «Somos la única especie que explica el mundo con historias, que las desea, las añora y las usa para sanar.» *Manifiesto por la lectura*.

No puedo dejar de señalar lo que opinaba Marguerite Duras respecto de la escritura: «Nadie ha escrito nunca a dúo. Se ha podido cantar a dúo, también componer música, y jugar al tenis; pero, escribir, no. Nunca.» Ella no se imaginó que existiría una maestría en la que cien ojos e igual número de manos, si no más, resultarían pocos para enseñar el arte de escribir. Todo es posible.

Hoy presento un escrito acabado, gracias a las lecturas que oportunamente me sugirieron mis maestros, las observaciones de mis tutores y las opiniones de mis compañeros. Esas miradas inteligentes me estimularon a seguir el trabajo que pongo a consideración:

Entre diálogos y la intervención de un narrador omnisciente, se cuenta la historia de un abuelo que ha recurrido a la taxidermia para conservar un recuerdo doloroso de su infancia, la muerte de unos colibríes a quienes pretendió defender de sus agresores a puños. El nieto, Alejandro, otro personaje principal de seis años, le trastornan los pájaros disecados, sentimiento que todos en la familia conocen, menos el abuelo. En la historia participa Virginia, la abuela, quien, sin abandonar su carácter firme, apoya a su marido con mucho amor. Francisco, el hermano de Alejandro de nueve años, es su compañero de travesuras, le ama tanto como al abuelo, lo cuida y corrige. Julia, la hija mayor, es la madre de los niños.

Se introducen sub historias: la de Rosita, hija adoptiva de José Ignacio, a quien rescató de un incendio. Ese acto humano recibe recompensas sin cálculo. La de Blanca y Matilde, mujeres que apoyan en el cuidado de la casa, cuyo vínculo de madre e hija es un permanente conflicto que otro conflicto remedia.

La familia se complementa con la compañía de dos perros, Pibe y Chocolate.

Un episodio en el hospital donde está recluido Alejandro fuerza a que el abuelo se entere que el niño aborrece a sus pájaros disecados y que ese sentimiento interfiera en su recuperación, entonces decide, inmerso en un profundo dolor, reducirlos a cenizas.

Este trabajo llega a materializarse en una novela gracias a los ojos que me guiaron con visión 20/20.

Concluyo con la frase de Francisco, el de Asís, a la manera de Irene Vallejo:

«Lo imposible debe ser soñado primero, para algún día hacerlo realidad.»

La ceniza de los sueños

I

—Y, ¿cómo crees que reaccionará papá? —pregunta Julia a su madre durante la conversación telefónica.

—No lo sé. Acaba de llegar de su caminata matutina con Rosita. Esperemos a que termine de abrir la ventana y se acomode tranquilo en la silla para que la noticia lo coja sentado. La curiosidad por saber con quién estoy hablando lo carcome. Si vieras cómo me mira mientras se seca el sudor. Parece oír con los ojos. Eso sí, te puedo asegurar que, para él, tú no has crecido un centímetro y sus pájaros disecados siguen en pleno vuelo.

Las risas se cruzan.

—Ve y cuéntale pronto antes de que empiece a suponer. El sábado estaremos allá.

—Los esperamos.

Las dos cuelgan.

Julia sabe que en casa de sus padres los niños quedan seguros. Mientras cumple compromisos laborales por fuera del país nadie los cuidará mejor.

—¿Quién está llamando tan temprano? —pregunta José Ignacio—. Todavía no son las siete de la mañana.

—No te imaginas —dice Virginia carialegre. Con los brazos flexionados contra su pecho y sus manos abiertas, se para frente a José Ignacio, le mira con picardía y pregunta—: ¿Ya adivinaste?

—Julia, ¿quién más nos hace tan felices? —responde José Ignacio.

Virginia se acerca a la mecedora, le pasa el vaso de jugo de naranja; y le cuenta a medias:

—Sí, acertaste, madrugó a saludar.

—¿Qué dijo? No creo que solo a saludar. Algo le debe estar preocupando, no me vengas a ocultar nada, ya me imagino.

—José Ignacio bebe a grandes sorbos sin dejar de mirar a Virginia.

—No he terminado —aclara Virginia—, bien me lo advirtió Julia. Por mucho que corra, las suposiciones llegan primero. —Virginia continúa con su buena nueva—. Nos llamó a darnos una gran noticia: ¡traerá a los niños una temporada! Va a salir del país por cuestiones de trabajo. No será por mucho tiempo.

—¿¡La niña!? ¿por allá lejos? ¿quién la va a cuidar? —dice José Ignacio al tiempo que devuelve el vaso vacío.

—Deja de decirle niña. ¿No te das cuenta de que ya es una señora? Nos regaló dos nietos, ¿o se te olvidó? Tu hija es una mujer que se sabe defender, no se achanta por cualquier cosa. El tiempo ha pasado, viejo.

—Cierto, cierto —dice José Ignacio. Se rasca la cabeza y le sigue preguntando—: ¿Y su esposo?

—Marco se encontrará con ella. La niña no estará sola —contesta Virginia.

—¡Ves! también la llamas “niña” y no te lo critico, solo te hago caer en cuenta. Por adultas que sean, ellas siguen siendo nuestras niñas.

—¿Cuántos resabios más se me habrán pegado? ¡Santo cielo! Claro, lo de conversar con los colibríes disecados, limpiar sus urnas a todo momento, vigilarlos, contarlos como si de verdad se pudieran escapar. Eso, lo garantizo, no te lo voy a imitar —asegura Virginia.

—¡Así que nuestros nietos se quedarán aquí! —dice José Ignacio emocionado.

—Es una gran noticia para empezar el día —responde Virginia con una sonrisa de oreja a oreja.

—Tus ojos hablan por ti, mujer, y con razón, es una bella noticia, tenemos que ser muy cuidadosos con los niños, no vaya a ser que de pronto...

—¡Ah!, se me olvidaba —agrega Virginia—. Julia me recomendó que te diera esto: —Apoya su brazo derecho en el espaldar de la mecedora, se inclina y le estampa un beso en la frente.

El recado que acaba de recibir sume a José Ignacio, mientras su mecedora se balancea, en recuerdos de momentos entrañables con su hija.

—En este mismo sitio acuné a mi niña, a esa que ya viaja sola, que tiene esposo y retoños. No sé a qué hora pasaron tantos acontecimientos —Contempla los ramilletes de las buganvillas rojas que se asoman por la ventana de la sala, eternamente florecidas.

Todo lo que le rodea evoca la niñez de Julia en aquellas situaciones azarosas y se estremece.

—¿Ahora, de qué te acordaste? —reprocha Virginia.

—De las travesuras cuando Julia era una niña. Pobre, una vez, con su boca reventada, no controlé la velocidad del columpio. Otra vez, se quemó con la sopa, no probé qué tan caliente estaba. Cómo es que no se cortó la carita ¿recuerdas, Virginia? —Se lleva la mano a la frente y voltea a mirarla espantado— cuando la vimos parada frente al espejo del tocador con la barbera sobre su mejilla tratando de imitar mis movimientos al afeitarme. Ese día nos responsabilizamos, el uno al otro, por la falta de cuidado y la niña, que no entendía por qué gritábamos, se echó a llorar del susto. Ni qué decir de la fiebre por el sarampión que casi me la arrebató. ¡Se salvó mi hija!

—Y ahora —pregunta José Ignacio angustiado— ¿qué pasará con mis nietos? ¿También se salvarán del peligro? No siempre se logra. —El recuerdo de la niñez le responde—: como los colibríes que no escaparon de las caucheras de mis compañeros de escuela.

Lanza un gemido y de nuevo el miedo lo acompaña.

—¿Ya vas a empezar con tus quejas? —dice Virginia alzando las manos—. Te doy buenas noticias y las conviertes en lamentos.

José Ignacio guarda silencio. Con su mirada recorre la sala, detalla cada objeto y, se detiene en su colección de fotografías familiares distribuidas en la pared que está a su derecha. La más grande. Se levanta de la silla y se aproxima para verlas de cerca.

—Si me fuera posible viajar por el tiempo, volvería al momento de mi matrimonio. —piensa José Ignacio entre suspiros ante la foto de su matrimonio. Observa a la mujer que a sus dieciocho años aceptó a un muchacho de veintitrés como compañero en el camino de la vida. De sopetón lanza una pregunta:

—¡Virginia!, respóndeme, con la verdad, ante todo, que no me enojaré al escucharla de tus labios. ¿Te has arrepentido alguna vez de la decisión que tomaste? —José Ignacio voltea en busca de los ojos de su mujer.

—¿Por qué te adelantas a decir que no te enojarás? ¡Ah!, pícaro, sabes que eres un exagerado sin remedio. ¿No te parece suficiente respuesta que esté aquí lidiando con tus caprichos? —dice Virginia y le sostiene una tierna mirada.

—La misma dulzura guardaron los ojos de mi Julita el día de su matrimonio con Marco. ¡Lo que se hereda! —opina José Ignacio y continúa observando las fotos, detiene su atención para comentar complacido—: aquí están mis dos hijas con el uniforme de la escuela, Julia y Rosita en diferentes cumpleaños, qué bellas son, cómo se quieren y se cuidan desde pequeñas. Rosita es una bendición. Mis nietos, Francisco y Alejandro, recién nacidos. La prolongación de la familia. ¡Todos vivos, por fortuna!

De nuevo, pregunta José Ignacio:

—¡Virginia!, ¿no crees que debemos cambiar la distribución de los muebles para que los niños no se vayan a tropezar?

—Abandona esos pensamientos negativos, hombre de Dios. Ni que esperáramos la visita de un batallón. Son dos niños que vienen a pasarla bien. No empieces con tus miedos que puedes echar a perder la experiencia con los abuelos y de paso nos vas a amargar la existencia. Tranquilízate, viejo.

Desde el centro de la sala, la abuela señala cada objeto que les rodea, y, como si se tratara de un regaño a un muchacho inquieto, con el brazo izquierdo en jarra, pregunta a su marido:

—¿Dónde está el peligro?, muéstramelo. ¡Yo no lo veo! En una poltrona, tres sillas, tres elefánticos de mayor a menor mostrando la cola encima de la mesa de centro, una canasta de mimbre con periódicos y revistas, un jarrón, un taburete auxiliar y, dos sillas mecedoras. ¡Dime!

A la pregunta de su esposa no da respuesta, se acomoda nuevamente en la mecedora y continúa escudriñando con la mirada la pared del centro, donde están empotrados sus colibríes disecados. Recuerda que los pájaros volando entre los árboles tampoco corrían peligro; sin embargo, los mira en las urnas, y se lamenta porque no los alcanzó a proteger cuando él era un niño.

—Ni para qué te pregunto en qué estás pensando, lo sé de memoria. Parece que no quieres ayudarte. ¡Qué parece! No quieres, nunca has querido apartar esos recuerdos que te hacen daño. Que nos hacen daño a todos. Luchar contra tu terquedad es un esfuerzo perdido. Cómo me hubiera gustado que te enfrentaras a las dificultades a puño limpio, como me contabas, cuando éramos novios, esas historias de niño valiente en la escuela, o ¿tal vez me lo decías para que me enamorara de ti? Válgame Dios, a la hora que se me ocurre preguntarme si serían ciertos los cuentos esos, pero que lo lograste, lo lograste.

—Esta sala está repleta de tantos...—José Ignacio se soba suavemente la cabeza y deja escapar un suspiro, mientras Virginia da vuelta y sale mascullando rumbo a la alcoba.

—Últimamente, el viejo ya no se mortifica tanto; pero, tengo que estar pendiente de la lucecita roja de ¡peligro!, porque no deja de encenderse. —Sus pensamientos continúan dando vueltas, y hasta se pregunta si hubiera sido mejor un hombre diferente. Esa idea la llena de vergüenza—: ¡Ni pensarlo!, así está bien, muy bien. Entre más viejos nos volvemos, más achaques aparecen. ¡Son más de cincuenta años! —El resultado de las cuentas la asombra.

La actitud de su mujer sacude los recuerdos del abuelo y reacciona:

—Lo mejor es abrir la puerta para ver las plantas de cuerpo entero. Hoy el sol también se despertó temprano, ya sabe lo que nos traerá el nuevo día.

José Ignacio aprieta los brazos de la silla y se levanta. Da unos pasos, se detiene ante la pared central, examina los vidrios cuadraditos y; uno a uno los soba con un paño para lentes que conserva en su bolsillo. Diez en total son las urnas de cristal que muchos años atrás empotró con los colibríes disecados, los mira como se mira algo por primera vez. Como de costumbre, exclama: —¡Siguen vivos!—. Luego, desliza la mirada y la detiene en el reloj de cucú que está en la parte alta de la pared. El minuterero señala que faltan pocos minutos para las siete de la mañana, arquea las cejas y sigue hacia la puerta principal.

Pibe, el perro callejero que se quedó a vivir en la casa, busca juego al movimiento de los pies del abuelo, y Chocolate, el labrador de pelaje café brillante, echado al lado de la puerta, con el hocico entre las patas delanteras, lo vigila de reojo a la espera de que empiece la diversión.

Con el ala izquierda de la puerta, José Ignacio arrastra suavemente al perro hasta abrirla del todo; entonces, Chocolate estira las patas, lanza un ruidoso bostezo y se despereza. Ese es el ritual antes de salir a marcar territorio. Pibe le sigue el rastro.

—¿Cómo no van a estar lindas las matas? —comenta Matilde, al ver al animal haciendo pis en el jardín.

—Blanca, a tu hija Matilde no se le escapa detalle, y eso que no lleva una semana acompañándote. Mira a Chocolate. El perro sabe que no puede regar las matas, pero hoy me pilló distraído y se me coló —responde José Ignacio sonriente.

—Chocolate no es así con la señora Virginia, a ella no la embolata, aunque le estén doliendo las piernas.

Blanca, interrumpe la conversación que su hija ha iniciado y, jalándola del brazo, le recuerda:

—A paso largo, como dice don José Ignacio, nos toca seguir a la cocina. Ya la niña Rosita también está lista para abrir el taller y nosotras no hemos hecho el desayuno.

Rosita, la hija adoptiva, escucha la conversación y dice con afán:

—Julia nos puso a correr a todos. Tenemos que acelerar los preparativos de bienvenida. El sábado está encima.

—Voces tiernas, risas, juegos y alegría, todo eso traerán con su presencia mis nietos. Voy a repetir lo vivido en la infancia de Julia y Rosita. Los niños llenarán de dulzura esta casa que cada vez se hace más grande para tres adultos y dos perros. Virginia no se equivoca, pero con tanto entusiasmo se le olvida que la atención de los niños también requiere de cambios en los horarios de Blanquita. El comentario me lo guardo para la tarde, mi mujer está feliz, no sea que... —lo decide al ver que Rosita y la abuela conversan animadamente al aparecer en el comedor.

Los tres se disponen a desayunar. José Ignacio apura el suyo y dice a Rosita:

—Me adelanto a abrir el taller, ya van a ser las nueve.

—Ya terminé, pa —Rosita disfruta el último sorbo de café y lo alcanza.

Aunque el taller de restauración de madera en el que trabaja con Rosita queda enseguida de la casa, el tema de la puntualidad para abrir las puertas al público no tiene discusión.

La mañana transcurre como de costumbre, calurosa y agitada, hasta llegada la tarde. Mientras va lijando una antigua mesa, no saca de su mente el comentario que quiere hacer. Remata y sale a buscar a su esposa. Desde la puerta de la casa, la llama:

—¡Mujer!, tengo que decirte algo.

—¿Qué ingenio se te ocurrió ahora, mijo? —contesta desde la alcoba.

Virginia trae los hilos para continuar el tejido sin dejar de prestar atención a lo que le quieren decir.

—Hija, ven.

Rosita, de manera mecánica, desamarra el moño del delantal, y sacude las virutas que se le han quedado prendidas de la camisa a cuadros verdes y del jean. Deja sobre la mesa el marco de un cuadro que días atrás le trajo un cliente. Observa los detalles de la restauración, retrocede dos pasos, mueve la cabeza lentamente, de un lado al otro, y vuelve a mirarlo de cerca.

—¿Quién será la mujer del cuadro? —se pregunta—, aunque mi verdadera inquietud debe estar en la restauración del marco, es mi trabajo. Me he retrasado sin ninguna justificación. Hace tiempo debí entregarlo. —Anota en la libreta acerca de los acabados y sale del taller.

—¡Rosita!

—Ya voy, pa.

En la poltrona, la abuela está tejiendo, a su lado tiene coloridos ovillos de hilo de algodón: rojo, verde, amarillo, zapote y blanco.

—Julita adoraba los payasos en crochet. ¿A qué niño no le gusta jugar con payasos? Les tendré la sorpresa.

En la silla mecedora, José Ignacio se abanica con un periódico. Rosita; lleva puesta la balaca que le cubre el cabello durante su ajetreo en el taller. Sentada en un brazo de la poltrona, mira al papá. Por momentos, sigue la puntada de Virginia y distrae a Pibe, que está parado en sus patas traseras buscando atrapar los ovillos de hilo en movimiento por el avance del tejido.

—¿Qué es lo que te inquieta, pa?

—Con la venida de los niños, va a ser necesario que Blanca nos acompañe también los sábados. ¿Qué opinan?

—No lo había pensado. Primero me ocuparé de los payasos, quiero que los encuentren sobre sus camas...—Todavía tienes buenas ideas, mi viejo.

—Déjame les organizo un juego para que lo de los payasos sea una sorpresa doble. Ya me lo estoy imaginando. —Rosita mira a los abuelos y se acomoda la balaca—. Frente a lo del nuevo horario de Blanca, tenemos que preguntarle qué opina ella, porque sí va a hacer falta. Ojalá se le ocurra decir que viene con Matilde. Voy a traer algo de tomar y les digo a las dos que vengan, ya casi es la hora de salir.

La tarde continúa calurosa, aunque el sol va cayendo.

Matilde, la primera en aparecer en la sala, muestra sus dientes blancos y parejos con la sonrisa que solo luce a los abuelos y a Rosita. Con su madre, Blanca, está atravesando la rebeldía de los 16 años.

La chica trae sobre una bandeja dos vasos y la limonada en una jarra de cristal sudorosa. Rosita, con su bebida en la mano, ya por terminar, se acerca acompañada de Blanca, quien no puede disimular su preocupación. El ceño fruncido la delata.

—Me parece que faltan dos vasos —dice la abuela a Matilde.

—Si es para ella y para mí, nosotras no queremos —contesta Matilde mirando a Blanquita con desagrado.

—Te he pedido el favor de que traigas dos vasos, no te he hecho ninguna pregunta. —Matilde encoge los hombros y, sin pronunciar palabra, da vuelta rumbo a la cocina.

—¿Me van a decir que me vaya? —pregunta Blanca en tono bajo, a la vez que aprovecha para desahogarse sin dejar de mirar hacia la cocina—. ¿Esta muchacha ha hecho algo que yo no sepa? Ella es muy caprichosa, se plantó en que no estudiaba más. Con el primero de bachillerato se cree sabionda, y eso que lo repitió tres veces. Ella es una casquisuelta, no tuvo problema en irse con un noviecito y el muchacho se desapareció a los pocos días. No quiso decir quién era, aunque yo sospecho que es un obrero que trabajaba en la construcción de la escuela. A ese hombre no lo volví a ver. —Enrolla las faldas del delantal entre sus manos—. Cuando les pedí permiso para traerla a esta casa, no les conté todo porque me da mucha pena, y susto, de pensar en un

embarazo. Yo sí necesito tener a esa muchacha al lado mío, hasta que la cabeza deje de darme vueltas y al fin sepa qué voy a hacer con ella. Es por eso que todo el día discutimos en la cocina —Suelta el delantal y lo alisa sobre sus piernas—. Ustedes ya deben estar aburridos con nosotras.

—Ahí viene Matilde. Blanquita, siéntate a mi lado. Tranquilízate que no va a pasar nada de lo que estás pensando —asegura Rosita.

—Aquí están los vasos, seño.

—Sírvele a tu madre y se lo entregas en las manos.

Matilde rebosa el vaso y se lo pasa con desgano a Blanca.

—Ven, acomódate aquí. —Rosita señala el asiento de su izquierda y tomando del brazo a Matilde la invita a que se siente. La chica, con mirada de desconfianza, pide:

—¿Por qué no dicen de una vez? ¿Van a echar a mi mamá?

—¿Qué te hace pensar en eso, Matilde? —dice José Ignacio.

—Porque peliamos cada ratico. Yo le digo que me deje ir y ella, de terca, que no y que no. Yo ya soy una mujer grande.

—Ese asunto es de corrección urgente y ustedes saben que lo están haciendo mal, tanto así que creen que va a pasar algo que ni nos imaginábamos. Es el momento oportuno para que nos hagan saber: ¿ustedes están cómodas en esta casa?

—A mí lo que me da es pena —contesta Blanca—. ¿A dónde nos van a aguantar tanto problema?

—Pueden mejorar el trato, mejor dicho, es urgente que mejoren el trato ya que son conscientes de lo que les está pasando. ¿No crees, Matilde?

Como respuesta, Matilde tuerce la boca y clava en el rostro de su madre una mirada filosa.

—Yo no quiero estudiar, lo que quiero es trabajar —dice, encoge los hombros y agacha la cabeza.

—Esa decisión la pueden negociar —aconseja el abuelo dirigiéndose a Blanca, quien tiene los ojos llorosos. Ella se seca las lágrimas con la punta del delantal y contesta:

—Cuando se vuelva vieja, como yo, va a agradecer que, aunque metió la pata, no la abandoné. Es otra oportunidad que le quiero dar, pero no sé qué hacer para que entienda.

—Les he pedido que vengan para saber si podemos contar con el tiempo de ustedes, directamente con Blanca, y sale a relucir este otro asunto, que empezaremos a manejar, porque también nos importa. Por el momento, les queremos hacer esta propuesta: Blanca, ¿puedes venir a trabajar los sábados? Nuestros nietos estarán una temporada y requieren de mucha atención.

Blanca, con un suspiro de alivio, contesta:

—Sí, con mucho gusto, don, pero también tendría que venir con mi hija, si no tienen problema. Hasta que no vuelva a entrar a estudiar, no pienso dejarla sola en la casa.

—¡Sí ve!, ¡sí ve! —dice Matilde en tono altanero.

Blanca se levanta del asiento y sale cabizbaja. Matilde permanece sentada.

—Esfuézate por entender a tu madre —aconseja la abuela.

Rosita, con la mano derecha de Matilde entre las suyas, le insinúa:

—Qué tal si nos acompañas por ratos en el taller. Vas a aprender muchas cosas, —Rosita suelta la mano de Matilde y se para—: mira estas tres sillas, yo ayudé cuando mi pa las estaba haciendo, son modelo Luis XV. Ese taburete lo hice sola, mi pa lo revisaba. Las sillas mecedoras las hicimos entre los dos. Es tan bonito ver terminado el trabajo.

—Yo qué voy a ser capaz de hacer eso, niña —murmura Matilde, rascándose la cabeza.

—Vamos a intentarlo juntas. —Rosita vuelve a tomar las manos de Matilde.

A Matilde se le alegran los ojos y sus labios carnudos dejan escapar una sonrisa complacida. Con las manos nuevamente libres, las ocupa en hacer girar el lápiz que está sobre la mesa de centro.

—Yo necesito este lápiz. ¿Me lo regala, niña? Le voy a escribir a mi mamá cuando me regañe y así no hacemos escándalo en la cocina.

—Que tengas suerte con tu estrategia. También te voy a dar una libreta de cien hojas—respondió sonriente Rosita.

—Si me va a dar clases, me tiene paciencia —le pide Matilde.

—Y tú, a tu mamá. Coméntale lo que hablamos y pregúntale qué opina.

Matilde recoge los vasos, inserta el lápiz entre su frondoso cabello, cuidado como una flor de ajo, y sale con la bandeja.

—Jum, ¿qué irá a decir mi mamá?, ¡Santa Pacha bendita! Menos mal que con los muchachitos vamos a estar bien ocupadas y hasta se olvida de tanto regaño.

II

La noche anterior, en el lecho, Virginia y José Ignacio sostuvieron una larga conversación. Trazaron estrategias para que la permanencia de los niños fuera una experiencia grata. Hecho el pacto, lograron conciliar el sueño.

—Hija, ya terminé de regar el jardín, vamos antes de que el sol empiece a pegar más fuerte. Allá vienen Matilde y Blanca, señal de que faltan pocos minutos para que sean las siete. Apresúrate —dijo en voz alta, y el sonido del cucú le sorprendió enrollando la manguera.

—¡Qué cara tan alegre tiene don José Ignacio! —Fue el saludo de Matilde al entrar en la casa con su mamá.

—Este día será inolvidable, pa —dijo Rosita tomándolo del brazo para iniciar la rutinaria caminata.

Virginia, por su parte, ultimaba detalles para la bienvenida.

—El cuarto de los niños está listo. Los payasos me quedaron hermosos. Bien valió la traspasada —comentó en voz alta y continuó a la cocina—, a Julita le encanta la sopa de fideos con trocitos de pollo y mucho cilantro. Matilde, ven, muéstrame cómo cortas las hierbas —dijo la abuela.

—Mire, seño —Matilde puso el cilantro sobre la tabla de picar, y cuando se disponía a iniciar la labor, la abuela le preguntó:

—¿Ya las lavaste?

—¡Ay!, se me estaba olvidando.

Blanca tenía el regaño a flor de labio, iba a empezar su cantaleta, pero la abuela, entrecerrando los párpados y alzando la palma de la mano izquierda, la invitó a que se calmara.

—Listo, seño, ya quedaron bien lavaditas —Acomodó el cilantro en forma de rollo sobre la tabla y con el cuchillo afilado empezó a picar.

—Concéntrate en el movimiento del cuchillo, no alces la punta, solo mueve el mango, como lo hace Blanca. Ella me lo enseñó. Si le prestas atención, vas a aprender mucho de tu madre, porque eres tan inteligente como ella. Mira no más, lo estás haciendo muy bien.

—Es que usted no me grita.

Matilde se mostraba diferente, más jovial que el día anterior durante la conversación en la sala.

—¿Cuándo empiezo las clases con la niña Rosita?

—Tu madre, ¿ya dio su aprobación?

—Yo le puse ese papelito y ni lo leyó, está todo untado de comida —Matilde señaló un pedazo de papel escrito a lápiz—. La abuela, sonriente, le preguntó a Blanquita:

—¿Estás de acuerdo con la nota que te escribió Matilde?

—Casi me saco un ojo, esa letra tan horrible no la entiende nadie.

—Lo más conveniente es que hablen —Insistió la abuela.

Estaban en esa charla, cuando se sintió el sonido de un motor.

—¡Ya están aquí! —anunció el abuelo con insistentes toques en la puerta, a la espera de que le abrieran.

La abuela aligeró el paso, y Matilde corrió. Al abrir la puerta, se cruzaron con el abuelo que entró con una sonrisa de felicidad, diciendo:

—Me tengo que lavar la cara —y siguió hacia la alcoba.

—Nada de virutas —repetía Rosita, sacudiéndose la ropa, todavía dentro del taller.

—¿Qué tal el trasteo? Con esa cantidad de maletas se pueden quedar aquí toda la vida —exclamó Virginia, dichosa.

—La más grande dejémosla de último —propuso Blanca mientras la ponía al lado izquierdo del antejardín—. ¡Uf! Qué pesada.

—Pesa veinte kilos. Espera te ayudo que te vas a herniar —advirtió Rosita.

—¡Padre!, ¿dónde estás? —preguntó Julia.

—¡En un momento voy! —En la sala, el abuelo iba abotonándose la camisa, mientras con los ojos buscaba a los niños a través de la ventana. Cuando estuvo perfectamente organizado, con su pantalón de paño y sus impecables zapatos de cuero negro, salió a repartir abrazos.

—Tienes una camisa preciosa, del mismo color del cielo. Estás como para ir a misa, ¡te pusiste la ropa dominguera!

—La llegada de mi familia exige celebrar por todo lo alto. Ven te ayudo a sacar lo que falta.

De la bodega del Renault 18, Rosita sacaba bolsas y maletines escolares. Matilde y Blanca se encargaron de entrar el equipaje.

—¿Qué habrán olfateado los perros por el lado de la maleta grande? Pibe bate la cola, algún ratoncito que va a atrapar —dijo el abuelo con voz juguetona. Luego preguntó:

—¿Y los niños?

Una vocecita contestó:

—¡No vinimos!

El abuelo llegó al punto donde estaba la maleta, se fue inclinando lentamente, agarró la manija y la alzó. Los chicos, acurrucados, gritaban y reían.

—¡Te encontramos, abuelo! —gritó Francisco.

—Yo no vine, güelito —dijo Alejandro, riendo a carcajadas.

—Este niño tiene piojos, por eso le pusieron gafas, para que conozca a sus compañeros. En cambio, este otro niño, también tiene piojos. —El abuelo se llenaba de gozo al ver el cabello de Alejandro alborotado por el viento.

—Abuelo, Alejandro no va a conocer a los piojos porque no se pone las gafas, hay que estarle diciendo a cada rato. Y no se deja cortar el pelo, le encanta ese hongo, a toda hora está desgrefñado.

—Entonces, encárgate de que conozca los tuyos —bromeó el abuelo.

—No, abuelo, yo tengo mi pelo cortitico, los piojos no tienen dónde quedarse.

—Agüe, mira los zapatos que nos compró mi papito, yo los escogí rojos, este pinchado no quiso que fueran iguales. El rojo es más bonito, esos azules no me gustan —criticó Alejandro.

—Todos los colores son bonitos, y más, si son mis nietos los que lucen las acuarelas en sus ropas, ¿qué puede verse feo? —El abuelo les seguía haciendo cosquillas—. Qué ropa tan vistosa, ¡parecen colibríes! —Una mueca de preocupación reemplazó su sonrisa—. ¿Cómo se me ocurre compararlos? —dijo para sí. Entonces se fue irguiendo y respiró profundo. Las flores del jardín no parecían las mismas que había regado en la mañana.

—Entremos nosotras. Al paso que vamos, José Ignacio se demorará otro rato, le quiere sacar todo el jugo posible a la bienvenida —dijo Virginia.

El abuelo, pensativo, acariciaba las cabecitas de sus nietos, pero Alejandro volvió a atrapar su atención.

—Agüe, te trajimos bolitas para que juguemos. ¿Sabes jugar?

—Es muy fácil, yo te enseño —agregó Francisco.

—Envidioso, yo dije primero.

—Ya se va a poner a chillar el Mechudo.

—Primero acaben de llegar, nos espera el almuerzo. Después me enseñan los dos. —El abuelo apretaba los infantiles cachetes.

En la sala, sentadas en la poltrona, Virginia, Julia y Rosita seguían conversando.

—Mi padre se ve de muy buen ánimo —comentó Julia, quien no dejaba de observarlo.

—Hace tiempo que no se aflige. Tú debes estar tranquila. Rosita y yo estaremos pendientes de todo —respondió Virginia.

—Yo también los voy a cuidar, niña Julia —interrumpió Matilde, quien escuchó lo que estaban conversando mientras llevaba un maletín al cuarto.

Julia la miró con gesto agradecido.

—Eres idéntica a tu madre.

Matilde, rezongando, agachó la cabeza y siguió su rumbo:

—Y dale con el cuentico que me parezco a mi mamá.

—Miren la hora que es, entremos que ya nos van a servir el almuerzo—. El reloj de cucú marcaba las 12:25 p.m.

—Agüe, ¿hoy sí podemos ver tus pajaritos? —preguntó Alejandro.

El abuelo le dijo a Francisco:

—Pídele el favor a Matilde que te ayude a traer la banca del taller.

—¡Uf! Don José Ignacio, las bancas que me van a enseñar a hacer que no sean tan pesadas. Livianitas sirven para lo mismo. —Matilde acomodó la banca al lado de la pared, se miró las manos y siguió renegando.

—Esperen, esperen, para subirse a esa banca tienen que estar seguros. —El abuelo tomó precauciones—. Alejandro está listo, de la pretina de pantalón no se me zafa. Francisco, si quieres, puedes apoyarte en mi hombro.

—Alejandro, asegúrate las gafas para que puedas ver bien a los pajaritos —dijo Julia.

—Ni que fueran a escalar una montaña, José Ignacio. Van a subirse a una banca, nada más, deja de exagerar —protestó la abuela.

—¿Cómo se llaman, agüe?, ¿Manito, les ves las plumas?, ¡Qué picototote! —decía Alejandro.

—Abuelo, ¿ellos nos ven? —preguntó Francisco.

—A mí sí me están mirando, tienen esos ojotes brillantes y, están como asustados —dijo Alejandro.

—Ya se siente el aroma del almuerzo, ¿no tienen hambre? —El abuelo cortó el comentario.

—Papá no nos permitía acercarnos a ver a los colibríes, ¿te acuerdas, Rosita? Siempre nos dijo que estaban descansando y no los podíamos molestar. Ya no actúa así. Lo veo muy bien, superó el problema —comentó Julia admirada de ver la buena actitud del padre.

—Hace bastante tiempo que no le veo triste. Aunque no deja de conversar con esos animales a diario. Yo me quedo callada. Él lo disfruta y la costumbre ya me amoldó —aseguró la abuela.

—Las caminatas matutinas le ayudan mucho, y él es quien me motiva a hacerlas—anotó Rosita.

—Sí, el viejo ya no es el mismo.

—Mi pa está muy bien, así que ocúpate de tu trabajo tranquila —repitió Rosita, pasando el brazo por los hombros de su hermana—. Está tan cambiado que les voy a hacer una confidencia: en estos días se golpeó con el martillo y lanzó un madrazo que él mismo extrañó. Yo solté la carcajada y él se sobaba y se reía.

Las mujeres se partían de risa con la anécdota dramatizada. Virginia se levantó de la silla e invitó a Julia para que viera el arreglo del cuarto de los niños.

—Esto fue idea de tu hermana Rosita —dijo sonriente.

Cuando Julia vio la decoración llamó a los niños:

—¡Sorpresas para todos! ¡Es una linda lluvia de regalos! Del techo cuelgan hilos de lana que los sostienen. Te tomaste tu tiempo, qué bonito resultado tuvo tu trabajo, hermana.

—Mientras mi ma terminaba de hacer los regalos, yo iba preparando todo. Ni cuenta nos dimos que nos había cogido la madrugada. Fue un disfrute.

—Vamos, Mechudo—, Francisco saltó de la banca y Alejandro hizo lo mismo, pero quedó colgando de la mano del abuelo quien apretaba más fuerte la pretina. Al mismo tiempo, la banca cayó sobre la pata del perro y este salió chillando.

—¿Qué pasó? —preguntó Julia.

«Por suerte, logré evitar que los niños se estrellaran contra el piso», —pensó. Hizo un esfuerzo para responder:

—No, no. No fue nada.

Los chicos salieron corriendo y él, llevándose la mano a la frente, con pavor refunfuñaba:

«—Por poco y se matan, el jalón casi me manda al piso. Por mí no lo lamento, sino por lo que les hubiera podido pasar en mis narices»,—pensaba, al momento le siguió la retahíla que se creía olvidada:

—Miren bien por dónde pisan, cuidado se caen, ¿qué tal que la banca les hubiera golpeado la cabeza? No corran. ¡Dios mío!, ¡ni pensarlo!

Cuando estuvieron en el cuarto, al ver tanto regalo colgando, Alejandro exclamó:

—¡Todos son para mí!

—Solo uno —respondió Rosita.

—Ita, ¿cuál es mi regalo?

—Ese es el chiste. Ahí solo hay tres regalos, las demás cajas están vacías. Por turnos, las van a señalar y, si la que escogen está vacía, pagan penitencia —explicó Rosita.

Los chicos brincaban felices cuando llegó Blanca:

—Ya está servido.

—Esperen un momentico a que bajemos los regalos —pidió Francisco con la mirada fija en las cajas.

—¿Cuál es el mío, mamita? —acosaba Alejandro.

—Entre tantos iguales, ¿cómo hago para saber? Ni que tuviera la mirada de Superman. Me pides demasiado.

—Mi papito nos dijo que tú eras como un hada madrina que todo lo sabías —alegó Alejandro.

—Esta vez, el hada madrina no tiene ni idea —respondió Julia entre risas.

—El juego lo hacemos más tarde —aclaró Rosita, tomando de la mano a Alejandro.

—No, yo quiero ya, no tengo hambre—respondió Alejandro y con fuerza se soltó y fue a esconderse debajo de la cama.

—Francisco, trae a ese niño caprichoso. Si sigue así, no tendrá regalo y cuento acabado —dijo Julia.

—Bueno pues —convino Alejandro y siguió al grupo que se dirigía al comedor.

—Abuelo, Chocolate parece un viejito cojo. —Francisco observó que no asentaba bien la pata—. Debe tener dolor, esa banca pesa mucho. Matilde, que la cargó un momentico, quedó cansada. —El niño quiso sobar al perro, pero el animal le mostró los dientes, como si estuviera sonriendo. El gruñido le hizo retroceder.

—Veamos —se interesó el abuelo.

Chocolate estaba echado a la entrada de la cocina; José Ignacio se inclinó, le sobó la cabeza y luego le cogió pata por pata. El perro se dejó examinar tranquilo. Al terminar la revisión, dijo:

—Este muchacho está entero, fue más el susto, ya podemos almorzar, pero antes, a lavarnos las manos.

Al regresar, los demás habían decidido dejar las cabeceras de la mesa libres.

—Así, junticos, debemos permanecer, por amplia que sea la mesa e inmenso que veamos el comedor —aplaudió el abuelo—. Aquí, al frente de Virginia, me acomodo yo.

Francisco, mirando a Alejandro y Julia con Rosita, que no las separa nadie. Ni se nota que los otros seis puestos están vacíos. Cómo se ve de alegre este lugar —repetía el abuelo.

—Hace tiempo que no tenía este placer. La sopa de mi mamá tiene un toque secreto —celebró Julia ante su plato favorito.

—Manito, al que encuentre primero el secreto que dice mi mami le bajan el regalo del techo. —Alejandro removía la sopa de pollo, tratando de apartar el cilantro con la cuchara.

—Bobo, ese secreto se tiene que ir para la barriga —dijo Francisco.

—Entonces, al que primero le llegue el secreto a la barriga.

A ruidosos sorbos, la sopa desapareció del plato de los niños.

—Muy bonitos modales en la mesa. Cómo ibas a ver el secreto si no te pusiste las gafas, ¿dónde las dejaste? —preguntó Julia.

El niño metió la mano al bolsillo del pantalón, las sacó y se acomodó bien el resorte que las ajustaba.

Francisco le recordó a su hermano:

—Comamos como mi papi nos enseñó: derechos, la servilleta bien puesta encima del cuello, todo lo que metamos con la cuchara a la boca es por poquitos y se mastica con la boca cerrada.

Alejandro agregó:

—Manito, cuando estemos comiendo no podemos hablar porque nos atrancamos y... ¿qué? y nos morimos y ¿qué?

El abuelo se atragantó con la saliva y, haciendo un esfuerzo, les dijo:

—Ese papá tiene todos los motivos del mundo para estar orgulloso de sus críos. Cuando regrese, van a tener un cargamento de historias para él. Comamos calladitos. Cuando terminemos, hablamos.

—Abuelo, lo que sigue después del almuerzo es bajar los regalos —insistió Francisco.

Alejandro completó:

—Mami, ¿y los regalos que trajimos también los vamos a trepar al techo?

—Tan exagerados estos chiquitines. —Rosita no pudo contener su risotada.

—Ahora sí, chito que llegó la carne asada y el maduro —dijo Francisco.

—Y el aguacate —agregó Alejandro.

Matilde sirvió en bandejas la carne, la ensalada y los maduros. Sobre la mesa había dos jarras de cristal con limonada. La abuela se disculpó por la apariencia de los maduros.

—Se pasaron de tiempo sobre las brasas.

—Tengo la solución —dijo el abuelo—, raspen el quemadito que nadie vio nada.

Cuando terminaron, el abuelo agradeció por el pan de cada día y todos hicieron la venia.

—Rosita, vamos ya a bajar los regalos —afanaba Francisco.

Alejandro, por su lado, empujaba a Julia:

—Vamos, mamita.

Julia, de nuevo, reclamó a Alejandro:

—¿Dónde están las gafas? Te las pones y de una vez sacas los regalos de las maletas.

El niño corrió a buscar la maleta. Ya todos reunidos en el cuarto, Alejandro le dijo al abuelo:

—Agüe, yo no puedo solo con esta maleta. ¿Me ayudas, por favor?

—¿Cómo?, y ese pelo tan largo ¿para qué te sirve entonces?

—Para bonito.

El niño se acomodó las gafas y esperó.

Al destapar la maleta, lo primero que el abuelo vio fue un sombrero y, con picardía, preguntó:

—¿Para quién es ese regalo?

—Mi papito lo quería para él, pero mi mamá dijo que no, que lo había comprado para ti.

El abuelo se agachó hasta la altura en que el niño, en puntas, podía alcanzar su cabeza, Alejandro lo coronó con el sombrero.

—Yo le entrego el regalo que le trajimos a la abuela —pidió Francisco mientras de la maleta sacaba un estuche con cremas y medias medicadas para el tratamiento de la circulación. Con muchas recomendaciones, las entregó—: abuelita, las compramos para que no sufras con tus dolores. ¿Cierto mami que no le van a volver a doler las piernas nunca más?

Julia confirmó lo que decía su hijo.

—Francisco sí sabe mil cosas, la señorita del almacén lo dejó bien informado.
¿No se te olvidaría decir que las tiene que usar todos los días?

—¡Ah!, ya te lo iba a decir, abuela. Antes de dormir, te las quitas y las lavas.

—Si lo cuento, no me lo creen. —Virginia reía encantada.

La abuela quería seguir escuchando esas recomendaciones tan tiernas, entonces preguntó:

—¿No te dijeron qué jabón debía usar para lavarlas?

—Sí, el de bañarse.

Julia, entre risas, advirtió:

—Si sigues preguntando, te sigue informando. La señorita del almacén lo dejó listo para promotor de ventas.

—Afortunadamente, te quedarás a mi lado para que me sigas guiando. —Virginia abrazaba a su nieto y no paraba de reír.

Julia continuó con la entrega de presentes:

—Llegó el turno de Rosita. Me dices si te gustan.

—¡Qué blusas tan hermosas! Mis colores favoritos, blanco y amarillo. Y el vestido para ocasiones especiales. Mis apropiadas mangas largas. Yo no las hubiera escogido mejor, —dijo Rosita.

—Para los perros, hay regalo. No ve, abuelo, que usted dice que ellos son como hijos suyos, entonces, también son de la familia —dijo Francisco.

—Mami, si los perros son como hijos del agüe, ¿qué son de nosotros? —preguntó Alejandro.

—Como si fueran tus tíos —contestó Julia sonriendo.

Alejandro lanzó huesos de juguete a los perros:

—Para que tengan con qué jugar, mis tífos.

—Estas balacas, candongas y maquillaje son los detalles para Blanca y Matilde. Dejemos que las escojan a gusto —propuso Julia.

—Lo mejor es entregarle a cada cual el suyo, mientras suavizamos esa relación. ¡Ambas son tan especiales! Francisco le entrega a Blanca y Alejandro a Matilde —prefirió la abuela.

Los niños cumplieron con el encargo y se devolvieron. Alejandro, que esperaba impaciente su regalo, reclamó:

—Ita, ¿y el mío?

—Nos llegó el turno, Mechudo —dijo Francisco chocando las palmas de sus manos con las de Alejandro.

—Yo me los imaginé como caídos del cielo —dijo Rosita mientras subía por la escalera plegable.

—Me voy para mi mecedora. —El abuelo salió apurado.

—Arrancó el juego, la encargada de dar el turno y poner penitencias es mi ma —anunció Rosita.

—Primer turno para, para... ¡Julia!

Desde el peldaño más alto de la escalera, Rosita alcanzó la caja que señaló Julia, estaba vacía.

—¡Penitencia!, ¡penitencia! —gritaron los niños.

—Canta con tu padre una canción —le dijo la abuela.

Julia fue corriendo a cumplir la penitencia. Ya sabía la canción que iba a preferir su padre.

—Es una no más, mami. La abuela dijo una canción. ¿Ahora nos toca esperar a que terminen de cantar tantas?

—No hay cómo callar a ese dúo: *Vereda tropical*, *Cielito lindo*, *Pueblito viejo*, *Rayito de luna*, *Muchacha de risa loca*, *Señora María Rosa* —dijo Rosita entre risas.

—Francisco tiene razón, dejémoslos cantando y sigamos con el juego. Las penitencias son sencillas: imitar las voces de los animales. Al primero que van a imitar es al perro. —propuso Virginia.

—Hola, no han ganado ni la primera vez. Les va a salir cola —comentó Rosita.

Francisco y Alejandro hicieron:

—Guau, guau, guau.

Pibe se puso alerta y ladró.

—Hagamos miau a ver si Pibe es capaz de repetir —se le ocurrió a Alejandro.

—Ni crean. Nos tocaría esperar más que a los cantantes de la sala —opinó Rosita.

—Entonces, ¿por qué el loro de las monjitas sí puede hacer como un gato?

—Esa pregunta es para mi pa, se la haremos otro día. Por el momento, sigan ladrando.

Chocolate, al principio, solo miraba, pero se animó al oír nuevamente el sonido y entró ladrando.

—El asunto es que ya no se puede cambiar la penitencia porque los perros están gozando de lo lindo —dijo la abuela.

—Ya quedan pocas cajas, por fin van a ganar. —Rosita iba pasando los regalos a los niños. El último se lo dejaron a Julia, la abuela se lo llevó.

—Este es tu regalo.

—¡Otro payaso!, estaban bien escondidos hasta que los descubrimos —celebraron los niños al lado de su mamá mientras los comparaban—. Son de diferentes colores.

—El mío está más feliz que el tuyo —afirmó Francisco.

—Mentiroso. El mío se ríe más bonito—contestó Alejandro haciendo pucheros.

Julia, por su parte, solo encontró motivos para seguir con sus manifestaciones de alegría.

—Será mi compañero de viaje. Con él me acordaré de tu sonrisa, papá. Te imaginaré siempre feliz —le decía Julia al oído en medio de un dulce abrazo.

—Vamos a cantar las canciones de las serenatas que José Ignacio me llevaba cuando éramos novios —propuso la abuela.

—Muy agradable y todo lo que quieran, pero mi hermana va a manejar mañana, así que tiene que descansar.

—Como siempre, Rosita habla con sobrada razón. A dormir todos —dijo el abuelo.

III

—Ojalá que nunca amaneciera —José Ignacio iba de una esquina a la otra de la sala con sus manos entrelazadas por detrás de la espalda, sin dejar de mirar hacia el reloj de cucú. De la alegría del día anterior poco quedaba. A las seis y treinta de la mañana tocó a la ventana de la alcoba donde Julia dormía con los niños, y al igual que cuando la despertaba para ir al colegio, le dijo:

—Las demás flores ya se levantaron, solo faltas tú. ¿No te da pena?

Ella le contestó entre bostezos, como lo hacía de niña:

—Bendición, papá.

Antes de ir a la ducha, Julia apechichó a sus hijos, y les hizo mil recomendaciones que ninguno oyó, pues seguían dormidos.

—Estos muchachitos tienen que levantarse a despedir a la mamá y por ahí derecho los llevamos a la caminata para distraerlos—. La voz de Rosita resonaba por la casa. Llegó hasta la puerta del dormitorio, la abrió de par en par y pronunció las palabras mágicas—: ¡Chicos, nos vamos de paseo!

Los niños buscaban acomodo entre las almohadas, pero Rosita, haciendo alboroto, les ayudó a dejar la cama.

—¿Para ir al paseo nos tenemos que bañar? —preguntó Francisco, con la cara resguardada entre la cobija.

—Por supuesto que no. Este es un paseo de marranitos.

Alejandro, que todavía no se despertaba del todo, sintió que Francisco le daba la noticia tirándole de las cobijas.

—Nos vamos de paseo y te vas a quedar solo, porque los perros también van. ¿Cierto, tía, que vamos a llevar a los perros?

Alejandro, como un resorte, abandonó la cama gritando:

—¡Yo no me quedo solo con esos pájaros, a mí me da miedo como me miran!

—No vuelvas a decir esas cosas. Los animalitos son muy lindos, me parece que te estás volviendo un muchacho caprichoso. ¿Qué tal que el abuelo, que los quiere tanto, te alcance a escuchar? Se pondría triste. ¿Tú quieres ver triste a tu abuelo? —Rosita, salió a comprobar que José Ignacio no hubiera oído lo que el niño acababa de decir y regresó tranquila, estaba rociando las matas.

Julia, desde el baño, también le reprendió:

—No digas nada malo de los pájaros. El abuelo los disecó porque los quiso tener siempre a su lado. Para él son hermosos y tenemos que respetar.

—¡Pero me miran muy feo y me dan miedo! —Alejandro se echó en la cama, boca abajo y, con la cabeza tapada por la almohada, seguía protestando.

—Entonces, no vuelvan a decirle que se los muestre y asunto arreglado —solucionó Julia.

—Lo mejor que podemos hacer es que no retardemos el tema del baño. Mucho bla, bla, bla y nada de agua y jabón —dijo Rosita.

—¿Quieren ser grandes y fuertes como papá? Pues se tienen que bañar con agua fría antes de salir de paseo —los retó Julia.

—¡No! Yo quiero quedarme chiquito —afirmó Alejandro.

—Tú, que eres el mayor, dale ejemplo —dijo Julia, dirigiéndose a Francisco.

—Al paseo solo va a ir un marranito, porque yo sí me baño. —Francisco se quitó la pijama de Batman, y en calzoncillos entró al baño. Alejandro hizo lo mismo, dejó su atuendo de Superman, con calzoncillos incluidos, y se vino en puntillas. Esperó que su hermano abriera la ducha y se metió.

—¡Ita, ¡no quedó ni un marranito! —gritaba Alejandro desde el baño.

La abuela estaba pendiente del desayuno y el abuelo aprovechó para ir a revisar el carro de Julia. Golpeó las llantas, midió el aceite y le echó agua. Luego anunció en voz alta desde la puerta de entrada:

—Todo listo por este lado. El sol está que arde, no olviden los sombreros y mucha agua.

—Ya nos bañamos, agüe —contestó Alejandro.

Rosita fue a colaborar en la cocina.

En el comedor, nuevamente reunidos, desayunaron huevos revueltos, chocolate y arepa. A Julia le prepararon lonchera. Los niños estaban muy pendientes del paseo y Julia estaba cada vez más tranquila de verlos disfrutar con sus abuelos y su hermana Rosita.

—Qué afortunados mis hijos, les sobran madres. Por primera vez me separo de mis críos —dijo Julia mientras se despedía de sus hijos. Los abrazaba, los cargaba, les decía, les repetía, los besaba. —No te quites las gafas, —insistía a Alejandro. Ahora, a su hermana con todas las recomendaciones. Pidió la bendición a sus padres, y les besó

en la frente.

—Papito, te ves muy guapo con tu sombrero —le dijo subiéndose al carro, arrancó y a medida que se iba alejando, mantuvo su mano izquierda levantada hasta cruzar la esquina.

Rosita, atragantada, dijo a los niños:

—Cada uno carga su lonchera y nos vamos de paseo también nosotros.

—Iré con ustedes —decidió la abuela.

—¿Cómo crees? Te vas a lastimar —el abuelo le sugirió que no lo hiciera, pero ella replicó:

—Estoy estrenando medias medicadas, todo estará bien. Si dudas, pregúntale a Francisco.

El niño repetía lo que la vendedora le había dicho. Cuando terminó de hablar, ya habían caminado un buen tramo. Entonces, dijo la abuela:

—¿Qué tal la memoria de tu nieto?

—Un lorito perfecto —opinó el abuelo con pasajera sonrisa.

—Los nietos hacen milagros, mijo —afirmó Virginia, dejando escapar un suspiro—. ¿Viste cómo se cuidan Julia y Rosita? Hasta se parecen.

—Son tan bellas mis niñas —contestó el abuelo.

—Mira cómo le luce el cabello suelto a Rosita. Esa blusa blanca fue la que le regaló Julia y le va muy bien con la negrura de su pelo. ¡Qué largo lo tiene! Le alcanza a cubrir la mitad del morral a su espalda.

—Este chiquitín se entiende muy bien con Pibe, y Chocolate ya no cojea —le seguía el abuelo mientras veía jugar a Alejandro con los perros.

—Los animales también son amantes de los paseos —la abuela hablaba por hablar.

—Niños, aprendan lo que les van a enseñar los perros vecinos. Los ladridos son un saludo, les están dando la bienvenida. Salúdenlos ustedes también.

—Pibe y Chocolate, con el berrinche, espantan a las gallinas que se están comiendo los gusanitos —se quejó Francisco.

—Los perros entienden los gestos de amistad. —El abuelo abanicaba la mano y sus nietos le copiaban el movimiento.

Rosita, al repetir el gesto con la mano derecha, dijo a los niños:

—Lo que dice su abuelo me lo decía mi papá cuando era una niña. ¡El campo enseña tanto! Cuando paso por estos lugares siempre recuerdo a mi familia.

Los niños volvieron a levantar la mano para saludar. Francisco notó el cambio en el tono de la voz de Rosita, se quedó mirándola y le preguntó:

—¿Por qué te pones triste?

—No puedo evitarlo. Hay recuerdos que nos afectan.

—¿De qué te estás acordando?

—No, después te digo.

—Cuente, tía, yo quiero saber. Sí, cuente.

—Es un poco largo y, siempre que hablo de eso, lloro.

—¿Por qué lloras? Yo quiero saber por qué te hace llorar ese cuento.

—No es precisamente un cuento, fue lo que me pasó de niña, cuando tenía la edad de Alejandro.

—¿Te golpeaste de chiquita? Yo también me he pegado unos totazos muy duros, pero se me olvidan después.

—El golpe del que te voy a hablar no se olvida nunca.

—¿Cómo fue?

—¡Ay Dios! Toca desde el principio. —Rosita lo dudó, respiró profundo, rodeó con su brazo el cuello de Francisco y con voz quebrada inició—: en mi familia éramos papá, mamá y un hermano, llamado Sergio, como papá. Yo me llamo como mamá. Ya pronto llegaría otro hermanito.

—¿Cómo? ¿Tú no eres hermana de mi mami? —preguntó Francisco.

—No.

Alejandro seguía entretenido con Pibe, entonces Francisco lo llamó:

—Rosita nos va a contar un cuento. Acuérdate lo que nos ha dicho papá: que cuando alguien habla, nosotros ¿qué?

—Pibe y Chocolate, oigan el cuento que Rosita va a contar. No vayan a ladrar —dijo Alejandro riendo.

Rosita se aproximó a Alejandro, le acomodó la gorra, miró que tuviera bien puestas las gafas y continuó su relato:

—Nosotros vivíamos en una finca en la que cultivábamos café y árboles frutales, también teníamos loros.

—¿Tus loros si hablaban? —interrumpió Alejandro.

—Mi mamá les enseñó a saludar y rezaban el Padre Nuestro.

—Siga, tía, siga. No pregunte tanto, Mechudo —dijo Francisco a su hermano.

—Cerca de nuestra casa pasaba el río. Nos levantábamos antes que el sol, como a las cinco de la mañana, a ordeñar. Yo estaba encargada de ayudar a sacar el balde en el que se iba a echar la leche, no recuerdo que pesara mucho. Cuando terminaban el ordeño, le entregaban la leche al señor Zacarías, él la llevaba a vender en mi burro preferido, se llamaba Mariposa.

—¿¡Mariposa!? —Interrumpió Alejandro burletero—. Un burro que se llama Mariposa —continuó riendo a carcajadas.

—Grosero, póngase las gafas para que oiga bien lo que Rosita está contando de cuando era chiquita. —Francisco se había dado cuenta que la historia no era para reír. Alejandro le hizo caso, botó el palo con el que venía jugando con Pibe, sacó las gafas del bolsillo donde siempre las guardaba, se las ajustó y se hizo al lado de Rosita. Pibe se emparejó al paso de Chocolate y los abuelos, que venían detrás escuchando. Virginia, apretándole la mano, dijo en voz baja a su esposo:

—Oye como habla de lindo el colibrí que salvaste.

Los dos siguieron atentos al relato de Rosita.

—Cuando ya terminaban de ordeñar, me iba con mi hermano a descubrir dónde estaban los huevos que habían puesto las gallinas. A veces, encontrábamos una fila de pollitos, ese era el encuentro más emocionante.

Francisco y Alejandro notaron el cambio en el tono de la voz de Rosita y la miraron.

— Pronto íbamos a ser tres hermanos, mi madre estaba en embarazo.

—¿Rosita tiene una mamá distinta a la agüe? —preguntó Alejandro.

Francisco no quería que su hermano interrumpiera la historia y le pareció que tenía cómo obligarlo.

—Mechudo, voy a decirles que te miren. —Abrió los ojos para asustarlo.

Rosita entendió a qué se refería y regañó a Francisco.

—De eso vamos a hablar muy seriamente. —Acarició la cabeza de Alejandro y continuó.

Virginia, al ver el apuro de Rosita con los niños, distrajo al abuelo.

—Mijo, ¿qué volviste a saber de don Jorge?

—¿Cuál Jorge?

La abuela iba a tejer una historia de afán, pero el abuelo le dijo:

—No nos distraigamos, sigamos escuchando a la niña. Más bien, acomódate tu sombrero que el sol calienta fuerte.

Rosita estaba luchando contra las lágrimas que le traicionaban, pero se las bebió y siguió con sus recuerdos:

—En casa dormíamos todos en una alcoba, teníamos tres lámparas que se prendían con gasolina, una la manejaba papá, otra mamá y la tercera Sergio. Esas lámparas eran pesadas—. Rosita tenía la voz temblorosa. A los chicos se les humedecieron los ojos al verla cómo lloraba. Fue necesario esperar a que ella, con su mirada, buscara algo o a alguien entre las nubes. Después de un hondo suspiro, continuó:

—Esa madrugada mi padre prendió la lámpara porque había sentido un ruido extraño; él nos ordenó que saliéramos a escondernos rápido, lejos de la casa. Mi hermano, que tenía la otra lámpara, lo que hizo fue seguir a papá y mi mamá no los abandonaba. Yo también me fui detrás de ellos, un poquito retirada, porque papá era muy bravo y no quería que se diera cuenta que lo había desobedecido.

» Resguardada a la sombra del cuerpo de mi madre, escuché un golpe. Papá se había resbalado en el piso mojado. Allí se almacenaba la gasolina, la lámpara cayó y todo empezó a incendiarse. Mi hermano y mi mamá, que estaban al lado de él, también se prendieron. A gritos, papá, Sergio y mi madre pedían auxilio, estaban envueltos en llamas, tirados en el piso. Aterrorizada, empecé a gritar para pedir ayuda. Las llamas se iban haciendo más y más grandes, todo se incendiaba rápido. Los vecinos vinieron a socorrernos, pero nada se pudo hacer. Yo me salvé porque, aunque la ropa que tenía se alcanzó a prender, no estaba con gasolina. Entonces me apagaron con baldados de agua; sin embargo, las quemaduras en las piernas y los brazos fueron terribles. Miren cómo me quedaron. —Se subió las mangas de su blusa nueva y mostró las huellas, también las marcas de las piernas—. En ese momento conocí a sus abuelos, es decir, a mis nuevos papá y mamá. Ellos estaban de visita en una finca vecina. Habían ido en la misma camioneta que guardamos en el taller. Cuando se escuchó la gritería por el incendio, mi nuevo papá fue a ayudar, y él me llevó en la camioneta al hospital. Allá me tuvieron casi un mes. En todo ese tiempo me cuidaron, y cuando salí me trajeron a la casa porque nadie de mi familia me reclamó. Los brazos y las piernas los tenía peores, pero mi ma y mi pa me hicieron muchos remedios. Julita me entretenía jugando a las

muñecas.

La caminata llevaba un largo tramo cuando Rosita manifestó la necesidad de tomar agua. Todos aprovecharon, más que por el cansancio, porque el tema exigía hidratación. Alejandro preguntó a punto de llorar:

—Ita ¿los pollitos se salvaron?

La pregunta tuvo un abrazo por respuesta.

—Qué mangos tan provocativos tiene ese árbol. —El abuelo encontró el pretexto perfecto para distraer a los niños que estaban conmovidos.

—Voy a pedir permiso para que se puedan subir. —Virginia llegó hasta la cerca, pero el abuelo se opuso.

—No tienen necesidad de subirse. Recojan los que están en el suelo, hay muchos sanos y de una vez le dan recreo a la niña.

Al cabo de un rato, Rosita se había repuesto un poco. En ese momento, Francisco miró a Virginia y le preguntó:

—Abuela, ¿sí es verdad que esas medias no te dejan doler las piernas?

—Sí, mi amor, hasta se me había olvidado que tenía piernas —contestó riendo.

El abuelo la miró y le dijo:

—Vamos a ver si eso mismo lo dices mañana.

Francisco se fue quedando de último y formó dos manojos de flores con claveles de poeta, diente de león, albahaca y manzanilla. Uno se lo dio a Alejandro y le dijo al oído:

—Es para Rosita.

El otro se lo dio al abuelo con la aclaración:

—El de la abuela.

—Rápido, que el sol les va a hacer doler la cabeza. —Apuró el abuelo.

—Y dale con tus presagios. Qué dolor ni qué nada. ¿Qué fue del pacto que hicimos? Más bien, dile algo a tu nieto, el detallista, que no sea: de regreso necesitaremos esta albahaca para espantar los mosquitos. —La anotación les hizo reír largo rato.

El abuelo tomó de la mano derecha a Francisco y de la izquierda a Alejandro, a los extremos la abuela y Rosita. Los chicos iban felices pateando piedras hasta que encontraron un árbol frondoso.

—¿No creen que esa sombrita está como mandada a hacer? Vamos y reposamos.

La abuela agregó:

—Allí podemos almorzar.

Se dirigieron hasta el árbol de guayaba. Rosita descargó el morral, se recogió el cabello en forma de moña y sosteniéndola con las dos manos, se agachó a buscar un palito para fijarla. La abuela le ayudó en la búsqueda.

—Y ahora, ¿qué se les perdió? —preguntó José Ignacio al verlas agachadas.

—Un palito delgadito y de este tamaño. —Virginia señaló desde su dedo índice hasta la mitad del antebrazo.

—Abuela, tú no lo traías —aseguró Francisco.

—¡Al que lo encuentre primero! —retó Alejandro.

Trajeron palitos de todos los tamaños y le preguntaban a la abuela:

—¿Este fue el que se te perdió?

La abuela decía siempre que sí, los partía a la misma medida y se los iba entregando a Rosita. Ella cogió el primero y lo introdujo por el medio de la moña, luego el otro en diferente dirección.

Alejandro, que la veía fascinado en esa mágica forma de peinarse, le propuso:

—Rosita, saca una punta por la boca.

La risa de todos desconcentró a Rosita, que también reía. La ocurrencia hizo que soltara la moña. Volvió a enrollar el cabello, atravesó siete palitos y muy vanidosa mostró su invento:

—Les presento a la moña China.

Francisco, viéndola peinada con palos, preguntó:

—Abuelo, ¿eso también se lo enseñaste en el taller?

—Mi niño, la necesidad va abriendo paso a la creación.

Rosita, con su nuevo peinado, sacó el mantel del morral y lo extendió sobre el pasto. Acomodaron piedras, y pusieron encima los maletines vacíos para que se sentaran los abuelos.

Habían traído huevos cocidos, atún, tomate en rodajas y panes cortados para hacer emparedados. Para los perros venía la coquita aparte con su preparado especial. El abuelo destapaba el atún y lo iba depositando en una de las tapas del pan, la abuela ponía las rodajas de tomate y Rosita la otra tapa encima.

Cuando terminaron de comer, los niños le pidieron a Rosita que les contara más historias de cuando era pequeña.

—Rosita, antes de empezar, hidrátate, que te están pidiendo que hables sin parar—. Advirtió José Ignacio.

—Tengo cantidad de recuerdos. Este es bien lindo. —Rosita tenía un rostro diferente y, con tono alegre, empezó—: a ustedes dos los visten con ropas distintas, en cambio a Julia y a mí nos vestían igual, todo era con mangas largas para cubrir las cicatrices de mis quemaduras, y las medias bien altas hasta la rodilla. Íbamos juntas a la escuela, pero ella estaba en un curso y yo en otro. La secundaria era en un colegio muy distante. Preferí quedarme en casa y recibir la educación que me daban mis nuevos padres. El arte de restaurar madera fue lo que aprendí al lado de mi pa. A mis catorce años ya podía defenderme en la vida. En época de vacaciones, para compartir más tiempo con mi hermana, siempre se cerraba el taller a la una de la tarde y se guardaba la camioneta, que también me enseñó a manejar mi pa. Todavía sirve, en ella entregamos los trabajos a los clientes. Lo primero que aprendí a hacer fue un asiento chiquito para las muñecas, que se lo entregamos a Julia.

—¿Ese asientico lo hiciste tú? Mi mamita tiene un payaso todo despatarrado en ese asiento —chismorreó Alejandro.

Los abuelos cabeceaban y por allá alcanzaban a escuchar las risas de Rosita.

Ella continuó compartiendo sus recuerdos:

—Mis papás siempre decían que yo era buena alumna —recordó jubilosa.

—Ya reposamos lo suficiente, es hora de regresar —dijo el abuelo.

Los niños cogieron, cada uno, una punta del mantel. Rosita, las otras dos, al mismo tiempo lo sacudieron antes de guardarlo.

El árbol de guayaba que les hizo sombra tenía frutos maduros, y la abuela propuso:

—Llévemole un detallito a Blanca y a Matilde.

Los niños iban a subirse al árbol, pero el abuelo los frenó de nuevo:

—Esperen, allá hay una vara que nos sirve para tocar la fruta. Si está lista se desprende fácil. Así no maltratan el palo. De paso evitamos muchas cosas.

Virginia volteó a mirarlo y le dijo con firmeza:

—Hemos pasado un día de maravilla, así va a terminar, convéncete.

Rosita con la vara bajó las guayabas maduras. Las echaron en los maletines y se regresaron al paso que marcaba la abuela. Francisco no había perdido la atención a las reacciones que tuviera Virginia con las medias medicadas, entonces volvió a preguntar:

—Abuela, ¿sí te han servido, cierto? La señorita me explicó que...—y siguió hablando de las bondades de las medias.

La abuela le pidió a José Ignacio que escuchara a su nieto.

—Óyelo, está seguro de lo que dice.

Rosita avanzó siguiendo a Alejandro, quien jugaba a las carreras con los perros.

—¡Que te pongas las gafas!

—Se las presté a Chocolate —contestó Alejandro y siguió corriendo.

José Ignacio tragaba grueso. Ya Virginia había cambiado el tono de la voz.

—Suficiente ha tenido con soportar la caminata, no voy a indisponerla con mis presentimientos, eso fue lo que pactamos —pensó.

Alejandro continuó la competencia con los perros, se enredó en una chamiza y fue a estrellarse contra una piedra. El golpe sonó fuerte y, como si lo hubiera recibido el abuelo, empezó a sudar frío. Virginia lo alentaba:

—Mira, ya está parado, está caminando y conversa. No le pasó nada grave.

Rosita atendió al niño, lo hizo hablar, y lo llevó de la mano. Chocolate todavía tenía enredada en la nuca la banda que sostenía las gafas de Alejandro, el perro estaba fastidiado. Francisco le retiró las gafas, las guardó en el maletín, agarró al niño de la otra mano y le preguntó:

—No te duele, ¿cierto?

Faltaba poco para llegar. Rosita conservó la calma y entretuvo a Alejandro hablándole de los superhéroes. El chico tenía sangre en la frente, pero caminaba firme. Todo estaba, aparentemente, normal.

—¿A qué hora suceden las cosas?, ¡por Dios! —preguntó el abuelo sosteniéndose la cabeza con las manos.

—¡A la hora que es! —contestó la abuela—. Baja las manos que la cabeza no se te va a caer —agregó.

IV

—Se nos hizo tarde por culpa suya —reclamó Blanca a Matilde.

—Apenas van a ser las siete. Está muy temprano para empezar la pelotera, cuando entremos mira en el reloj.

Blanca extrañó que el abuelo no estuviera regando las buganvillas, como todas las mañanas, antes de que el sol empezara a calentar.

—¡Se lo dije! Falta un palito para que sean las siete —Matilde alcanzó a ver, desde el antejardín, el reloj de cucú por la ventana que da a la sala.

—¿Pasaría algo? —se preguntó Blanca con la llave de la puerta en la mano.

—¿No será mejor si deja de darle vueltas a esa llave y la mete de una vez?

—Parece que se hubiera bañado con agua de alacranes —dijo Blanca, mirando con dureza a su hija.

—Con la misma que usted se baña —respondió Matilde.

Las dos mujeres suspendieron las ofensas y entraron con precaución, pero ya la abuela estaba en la cocina. Blanca aceleró el paso.

—¿Qué hace la doña?

—Ni te imaginas, Blanquita. De un momento a otro esta casa se volvió un hospital. Alejandro se golpeó la cabeza, José Ignacio no ha descansado, todo el tiempo paseándose en la sala. Estoy preparando agua de árnica para el niño y para mis piernas. Me dolieron mucho desde el momento en que vi que se caía.

—¿Todo eso pasó? ¡Santa Pacha bendita! —exclamó confundida Matilde desde la entrada de la cocina.

—Yo sigo con los oficios, la doña debería poner los pies en alto. ¡Matilde! —dijo a su hija—. Acomoda los cojines para que pueda descansar.

Matilde llevó del brazo a la abuela. Al pasar por la alcoba donde estaban los niños, escucharon un ruido, parecía que alguien sollozaba. Virginia entreabrió la puerta y anunció en voz baja:

—Ya traen el agua de árnica.

—Alejandro no ha dormido bien, pero no tiene fiebre —respondió Rosita.

Ante el movimiento intranquilo del niño, la abuela se acercó y le sobó la cabeza para ayudarlo a despertar.

—Son pesadillas.

Alejandro estaba agitado, fue abriendo los ojos y dijo con voz cansada:

—¡Me les escapé!

La abuela miró a Rosita:

—Otra vez con sus sueños. Antes del golpe, ¿también dormía mal? Tenemos que consultar con Julia a ver si ella nos orienta.

Rosita sospechaba lo que le estaba atormentando. En la otra cama, Francisco dormía.

—Vamos, doña, no esté tanto tiempo parada que tiene los pies muy gordos.

—Vaya tranquila, ma, yo sigo aquí con él.

Rosita empezó preguntando con tono alegre:

—¿El superhéroe qué quiere desayunar?

—No tengo hambre.

—Conversa entonces con tu payaso, ¡él siempre está contento! —Rosita le pasó el muñeco que le había tejido la abuela.

—Pobrecito mi payaso, cuando vea a esos pájaros horribles se le va a quitar la risa. Ellos me empujaron y me hicieron caer.

El niño ponía la cara del payaso cerca de su frente y le preguntaba:

—¿Viste mi chichote? ¿Viste? Ellos son malos, pero el abuelo no sabe. Yo le voy a decir para que los bote a la basura.

Francisco, alcanzó a oír, entonces le recordó:

—No, Mechudo, eso tan feo no lo vuelva a decir. Mi mami nos repitió muchas veces que tenemos que respetar, que no le vamos a hacer doler la cabeza, que el abuelo quiere mucho a esos pájaros.

Rosita hizo otro intento:

—¿Te gustaría tener un pajarito vivo?

—No, porque si se muere, lo meten allá en esa pared y se vuelve malo.

—Eso no es así. Olvida el tema y levántate, vamos a tomar algo que lo que tienes es hambre.

—Vamos a jugar con el rompecabezas —lo invitó Francisco descubijándose.

La idea de distraer al niño funcionó. A las aguas de yerbas medicinales que tomaba diariamente, le agregaban una buena dosis de juegos: el trompo, las bolas, la pelota, brincar la cuerda y lo que se les ocurriera. Todo se iba tranquilizando.

—¡Que pasen al teléfono, los llama su mamá! —anunció la abuela.

—Mamita, Alejandro volvió con eso de que le va a decir al...

Rosita interrumpió y le pidió a Francisco que hablara pasito que el abuelo podía oír.

—Pásamelo —dijo Julia.

—Sí señora, bueno. Sí. Bueno. Yo me estoy manejando bien ¿cierto agüe?

—Alejandro llamó al abuelo, pero él ya había salido para el taller—. Mami, yo no le he dicho nada.

Las advertencias aplacaban un poco la actitud de Alejandro, mientras que, por otro lado, Matilde no olvidaba la promesa que le había hecho Rosita:

—Niña Rosita, ¿cuándo empiezo mis clases de carpintería?

—¿Qué acordaste con tu mamá?

—Ella dice que por las tardes.

—Me parece muy bien. A partir de mañana entonces.

Matilde se veía entusiasmada colaborando en las tareas domésticas. La decisión de ir al taller era una buena alternativa.

—Lo primerito que voy a hacer es un tocador, ¡bien lindo! —decía y sus manos se aligeraban por todo lado, sacudiendo el polvo y acomodando.

Francisco, que la vio tan contenta, la felicitó:

—Así, feliz, te ves bonita, no como cuando estás de grosera con tu mamá.

Sonriente, respondió:

—Hoy empiezo a aprender cómo se hacen cosas con la madera; cuando sepa ¡voy a hacerles muchos juguetes!

—¡Yo quiero una bicicleta! —pidió Alejandro.

—Tanta habladera. Allá en el taller se está con el pico cerrado porque, si no, emborracha a la señorita Rosita, a don José Ignacio, a todo el mundo y no aprende nada —reprochó Blanca.

—Vámonos a jugar al patio de atrás que ellas ya empezaron con sus cosas.

—Francisco recogió los trompos y se alejó con su hermano.

—¡Yo le hago la bici, niño Alejandro!

Matilde siguió sumergida en sus proyectos de hacer y más hacer hasta que le llegó la hora.

—Estas son las herramientas que utilizamos, te aprendes los nombres...Matildita, debes prestar atención, ¿qué miras?

—Niña, vea ese tipo tan bello que se bajó del carro y viene para acá, ¿lo atiendo?

—Ven te enseño cómo se recibe al público.

—Buenas tardes, señor.

Rosita se percató de que era el hombre que le había traído el cuadro en días pasados.

—¿Ya estará listo mi trabajo? El lunes vine, pero encontré cerrado.

—Sí, señor, disculpe. Ese día tuvimos una emergencia.

—Perdone la pregunta, ¿todo está bien? Yo puedo volver después si necesita más tiempo.

—Ya está listo, señor —Rosita se dirigió a Matilde—, por favor, traes ese cuadro que está encima de la mesa.

—Sí, niña Rosita.

Como si fuera un líquido, se desplazó a cumplir lo pedido mientras el cliente con tono galante le dijo:

—Tienes un bello nombre, Rosita.

Al momento regresó Matilde y, cuadro en mano, con toda tranquilidad, empezó a preguntarle al recién llegado:

—¿Esta es la foto de su mujer? ¿Usted es casado? ¿Tiene hijos?

El abuelo, que estaba atento, interrumpió el interrogatorio.

—Matilde, tu madre te llama.

—Yo no la he oído, don José Ignacio.

Rosita quiso dar por terminado el asunto:

—Por favor, revise el trabajo y si tiene alguna inconformidad, con mucho gusto la corregimos.

—Lo primero, mi nombre es Alberto, y sí deseo que hagamos una modificación.

Rosita anotó en la libreta lo que quería Alberto.

—Realmente, esto no fue lo acordado; pero, queremos que se vaya satisfecho.

—Es cierto. Tuve la oportunidad de visitar a un amigo y en su casa había un cuadro con un marco imitación mármol que me gustó. Eso quiero para el mío.

—Su cambio me obliga a empezar de nuevo.

—Rosita, alguien dijo que «todo comienzo tiene su encanto» —en tono bajo y suave, Alberto añadió—, esta será la oportunidad de confirmar que el poeta tenía la razón. Tú dirás cuándo paso a recogerlo, porque puedo llamarte o tú me avisas. Aquí te dejo mi tarjeta.

Rosita guardó la tarjeta y lo despidió:

—Que le vaya bien, señor.

—Alberto, por favor, Alberto es mi nombre.

El abuelo reparó en la reacción de Rosita al momento en que el hombre se retiraba. Ella clavó la mirada en una hoja en blanco, al cabo de un momento la arrugó y lanzó al tarro de la basura. Matilde también se despidió:

—¡Chao, Alberto, que vuelva!

El cliente se subió despacio al carro, levantó un poco la mano y sonrió.

—Niña Rosita, ese tipo la tiene entre ceja y ceja. Es un coqueto. Párele bolas, pero él sonriéndole y usted toda tiesa. No, así no se consigue novio.

—Rosita, la que resultó aprendiendo mucho en la primera clase con Matilde fuiste tú —rezongó el abuelo.

—¡Matilde!

—Ahora sí me está llamando mi mamá, hasta mañana niña Rosita, hasta mañana don José Ignacio.

—Esta niña tiene que pasar primero por manos de tu mamá. De maestra pasaste a alumna en temas espinosos. Mañana que se quede leyendo con los niños.

—Sí, pa, tienes razón, a Matilde hay que lijarla, hay que dejarla bien pulidita, porque buena madera sí tiene. Esa tarea la va a hacer muy bien mi ma. Mañana le hablo.

—Niña, seguro que hoy vuelve el tipo, no lo vamos a dejar escapar. —Fue el saludo al día siguiente.

—Matilde, te tengo una noticia, a mi parecer es muy buena.

—¿Qué es, niña?, ¡diga, diga!

—Mi ma quiere que participes en unas lecturas con los niños, ella se cansa, tú entiendes. Las clases en el taller las aplazaremos hasta que los chicos se vayan. Para entonces, tu proceso con nosotros será todo el día. ¿Qué te parece?

—Mejor dicho, niña Rosita, sin tanto rodeo, ¿me está diciendo que sea como una niñera?

—Te estoy diciendo, Matilde, que acompañes a los niños en las lecturas para que mi ma pueda descansar un poco.

—Bueno, si no hay de otra. Claro que yo hace tiempo que no leo y ya se me está olvidando.

—Ya ves, es algo que también necesitas.

—¿Y para cuándo va a ser eso?

—Hoy empiezas, después del almuerzo.

—A esa hora me da sueño y la doña también se echa su siesta.

—Cuando mi ma haya reposado. Después del almuerzo, quiero decir. No le pongas trabas que te va a encantar esa experiencia.

—Bueno, niña.

Pasado el almuerzo, Matilde fue hasta la sala a consultar la hora. Al ver a la abuela que cabecea en la silla mecedora, decidió retirarse sin hacer ruido, pero ella le interrumpió:

—Matilde, ¿me ibas a decir algo? —masculló la abuela.

—Doña, mire a los niños, están bien entretenidos jugando con el trompo, dejemos eso de la lectura para mañana.

—Estás sacando disculpas porque aún no sabes lo fascinante que es leer, y después no vas a querer parar.

La conversación de Matilde despabiló también al abuelo, quien se paró de la silla. Matilde, al no encontrar otro pretexto, preguntó:

—¿Y qué es lo que hay que leer?

Los niños, al escucharla, dejaron los trompos tirados y corrieron a afanar para que empezaran.

—Tienen que recoger primero los juguetes o, si no, no empezamos —advirtió Matilde.

—Eso está bien. Con entusiasmo —agregó el abuelo, quien se preparaba para salir a trabajar.

—Mi agüe dijo ayer que íbamos a leer algo de una niña muy valiente —se adelantó Alejandro al momento de organizar el desorden.

Para valiente, yo, que tengo que aguantarle la cantaleta a mi mamá.

—Vamos a probar nada más por hoy, si no te agrada, tranquila, no ha pasado nada —dijo la abuela.

—Vengan, niños, y se sientan acá en la sala —llamó la abuela.

—No, yo allá no voy —repuso Alejandro.

El abuelo recibió las palabras decididas de Alejandro y quiso saber la motivación:

—¿No estás más cómodo en la poltrona?

Rosita, que estaba en la puerta esperando a que el abuelo saliera, al escuchar al niño corrió a enderezar el tema.

—Pa, es bueno que los niños se acostumbren a todos los ambientes de la casa, la mesa del comedor es espaciosa. Siempre la has querido ver ocupada.

—Bueno. Lo importante es que estén cómodos y disfruten. Quedan a sus anchas. Nosotros tenemos que acabar un trabajo.

La abuela ya tenía listo el libro *La dama de Orleans*.

—Vamos al comedor. —Abrió el libro, mostró las ilustraciones y la curiosidad se despertó inmediatamente. En la mesa, los niños con el cuerpo inclinado se sostenían sobre los codos, Virginia le pidió a Matilde que se sentara a su lado y preguntó:

—¿Quién quiere empezar a leer?

—¡Que empiece Matilde! —dijo Francisco.

—¡Sí, sí, ella, que empiece! —apoyó Alejandro.

—No, yo me quedo de última.

—Entonces empiezo yo —resolvió la abuela y dio inicio.

El libro pasó a Francisco y, luego a Alejandro. Cuando le tocó el turno a Matilde, toda ella era ojos. La expresión de impaciencia no la podía ocultar.

—¿Qué te pasa Matilde, te sientes mal?

—Claro, doña, ¿no oye todo eso que están leyendo? ¿Eso que dice allí es verdad?

—Sí, pero no es para que te de miedo —dijo Francisco.

—El turno es tuyo, Matildita —repitió la abuela.

—Era tan solo una niña cuando empezó a ser visitada por un ángel...

Todos se mostraron conmocionados por lo que se contaba de la niña Juana de Arco. Los niños rodearon a Matilde para mirar las ilustraciones:

—¡Mírala que se disfrazaba de hombre!

—¡Que era analfabeta!, ¿qué es eso agüe?

—Pues que era bruta como yo —dijo alterada Matilde.

—¡Que esa niña de 13 años escuchaba voces de santos que le decían lo que debía de hacer!

—¡Que san Miguel Arcángel, un santo militar, conversó con ella!

—¿Cómo hablan los santos, abuela? —preguntó Francisco—. Ya quisiera tener las respuestas a todas esas preguntas tan interesantes que hacen ustedes. Avancemos.

—¡Que el mensaje recibido de los santos era que debía dirigir un ejército para defender a su país de otro ejército enemigo!

—¡Que ella iba haciendo lo que le ordenaban desde el cielo!

—¡Una niña dando órdenes a cinco mil hombres!

—¡Que era una guerra que había durado cien años!

—Todos esos viejitos como el agüe y ¿corriendo por allá? —añadió Alejandro.

—¡Que siendo valiente y perseverante fue desgraciada!

—¡Que fue juzgada por bruja!

—Los ángeles no charlan con las brujas, ¿cierto, abuela? —opinó Francisco.

—¡Que la pusieron en una hoguera y asaron su cuerpo!

—Doña, ¿a esa muchachita, por obediente, la asaron como cuando preparamos la carne para comer?

—Agüe, ¿y le echaron remedio para las quemaduras? —preguntó Alejandro.

—¡Dios!, era una situación muy complicada —respondió Virginia.

—¡Qué tal! Pues que se vayan con su cuentico para donde otra. Yo si no les hubiera hecho caso.

—Matildita, pero es que usted no le hace caso ni a su mamá. El ángel no va a ser tan bobo para venir a buscarla —le reprochó Francisco.

—Pobrecita esa niña, ella era buena, hablaba hasta con la Virgen. ¿Por qué le pasaron tantas cosas malas, abuela? —preguntó Francisco.

—Esa respuesta, creo, no la tiene nadie.

—Yo, si hubiera estado al lado de ella, la defiendo. Manito, ¿cierto que usted me hubiera ayudado? —Alejandro se paró del asiento y empezó a tirar puños y patadas en toda dirección. Con rabia decía—: Yo dejo muertos a todos esos demonios y los tiro bien lejos.

A cada interrogante se abrían más los ojos y las bocas, era un tema muy tortuoso que llenaba de rabia y dolor.

—¿Pero eso sí fue verdad? —insistió Matilde.

—Pues mire la foto que le tomaron cuando la estaban amarrando, mírela amarrada, ya están prendiendo la candela —explicaba Alejandro procurando convencerla.

—No tengo cómo ponerlo en duda. Es la historia de una santa, no un cuento —contestó la abuela.

Al escuchar que esa niña era una santa, interpeló Matilde:

—¿Para que le dijeran santa, la tenían que quemar? Pues yo nunca voy a ser santa, ¡no!, ¡no! —Golpeando sus muslos con las palmas de las manos, protestaba—. ¡Pobrecita esa niña!, ¿a ella le preguntaron si quería ser santa? O hicieron como mi mamá que no pregunta, y cuando menos pienso, tenga el puño.

Chocolate y Pibe, ante los movimientos extraños en el comedor, pararon las orejas y ladraron.

Blanca, que estaba ocupada con sus oficios domésticos, al escuchar que los perros ladraron, fue a enterarse de lo que pasaba y vio que su hija subía las manos y con fuerza las descargaba repetidamente sobre sus piernas; entonces, se arrimó y le pegó una palmada en el hombro.

—¡Para que aprenda a respetar a la doña y a los niños!

—¿Acaso yo tengo la culpa de lo que le pasó a esa niña? Doña, explíqueme a mi mamá porque, si no, me sigue pegando.

—Blanquita, tranquilízate, continúa en tus ocupaciones que aquí todo está bien.

Matilde lloraba de rabia y los niños le sobaban el brazo donde recibió el golpe.

—Blanca, no debes pegarle a tu hija. Ni a los animales se les pega —reclamó Francisco.

—Mi papito, cuando hacemos un daño, nos castiga distinto, pero Matilde no había hecho ninguna cosa mala y le pegan semejante palmadota —agregó Alejandro.

—Niños, qué pena, yo creí que ella estaba con las groserías de siempre. Doña, perdone.

—Esto no debe repetirse, no es conveniente para nadie. Ya ves quiénes fueron los primeros en reclamar. Las cosas tienen que cambiar.

Blanca se retiró avergonzada a continuar con sus tareas domésticas.

Superado el mal momento, la abuela les dijo:

—En la biblioteca tenemos varios libros que cuentan historias muy interesantes de niños y jóvenes, con vidas llenas de dificultades y que muchas veces logran superar con esfuerzo; aprovechen esos ejemplos para que valoren la vida que les tocó a ustedes. Matilde, todo lo que está allí lo puedes leer cuando quieras. De paso, te invito a que pienses en lo importante que es ir a la escuela, como insiste tu madre.

Alejandro, que estaba perplejo con la lectura y con lo que le acababa de pasar a Matilde, recordó:

—Rosita casi queda santa. Si no es porque el agüe la saca del incendio y le ayuda a volarse, o si no, también se muere quemada. Matilde, ¿le has visto las piernas y los brazos a Rosita? Tiene un poco de quemaduras.

Matilde se quedó pensando y luego preguntó:

—¿La niña Rosita no se acompleja con todas esas quemaduras?

—Ella sabe que la verdadera belleza no siempre coincide con lo que se ve. Esa es una afirmación que se ha repetido de las más diversas formas —respondió la abuela.

V

—Manito, ¿sí oís?

—¿Qué? Déjeme dormir otro ratico, nadie se ha levantado. Está muy temprano todavía.

—Oí, oí, es por aquí cerquitica. Vamos a ver.

Francisco no prestó atención y siguió durmiendo.

Alejandro se bajó de la cama y abrió un poco la puerta dejando una rendija por donde trataba de mirar con un solo ojo. Hacía mucho esfuerzo y, aunque la luz del día ya iba invadiendo la casa, no se decidía a salir. Resguardándose, abrió otro poquito, ya podía divisar con los dos ojos; pero, solo veía la pileta de piedra que estaba en el patio, frente a su cuarto. La intriga lo animó a mover un poco más la puerta hasta sacar la cabeza. Miró de lado a lado, de arriba abajo. En ese momento el ruido varió, era el abuelo que se aprestaba a salir a su caminata matutina con Rosita, pero también se produjeron movimientos al otro lado de la pileta y algo se escapó.

—Por culpa del agüe no pude ver nada. —Protestó en voz baja, cerró la puerta y se subió nuevamente a la cama a jugar con su payaso.

Al rato sintió el ruido de la llave girando dentro de la chapa, se volvió a levantar y salió a recibir a Matilde y a Blanca.

—Matilde, hace rato algo se movía y hacía un ruidito, creo que era por la pileta, pero el agüe hizo bulla y ya no se oyó más.

—Niño Alejandro, ¿qué hace levantado? Es muy temprano para que empiece a funcionar. —saludó Matilde.

—Algún gato —opinó Blanca.

—No, los gatos no vuelan —aseguró Alejandro.

—Entonces, un pájaro, ¿qué otro animal pudo ser? —concluyó Blanca.

—Yo sí creo. Pero no era de esos del abuelo —dijo Alejandro.

—Tan ocurrente. Vamos a ponerle comida para que siga viniendo y se quede. En la pileta es fácil, porque a los pájaros les gusta el agua. Ellos se bañan, y bien temprano, ¿oyó niño? —recalcó Matilde.

—¿Los pajaritos se bañan? ¿no se ahogan?

—Ellos se bañan, sin tanto requeñeque como el suyo —continuó sonriente Matilde.

La puerta volvió a sonar.

—Agüe, Rosita, cuando salieron espantaron un pajarito, pero Matilde le va a poner comida para que siga viniendo. Mañana, cuando salgan, no lo vayan a asustar.

—De haberlo sabido, no hubiéramos echado a perder ese momento —se lamentó el abuelo mientras iba hacia el comedor.

—Cuenta conmigo. Ayudaré para que el nuevo amigo siga visitándote —le prometió Rosita.

—Todavía no somos amigos, no nos hemos visto.

—Entonces, él anda buscando a un amigo, ya sabe que vives aquí y aquí le vamos a hacer espacio para que haga su nido.

La voz de Virginia se alcanzó a escuchar:

—¿Y eso? ¿Qué pudo sacarte tan temprano de la cama?

—Venga, agüe, le muestro.

—Espera que no encuentro la otra alpargata. —Virginia calzó con el pie desnudo la pareja que estaba debajo del nochero y salió—. ¿Qué me vas a mostrar?

—Un pajarito, bien vivo, no como esos miedosos con los que conversa el agüe. Se movió allí en la pileta, pero lo asustaron y se fue.

Virginia masajó el lóbulo de su oreja izquierda y en secreto comentó a Rosita.

—Ya no me está gustando que el niño alimente esa aversión. De un momento a otro, el rechazo va a ser también frente a José Ignacio. Hay que ponerle freno a esto.

—El pajarito vino en el momento preciso. Nos va a ayudar bastante —opinó Rosita.

—En el patio de atrás tenemos que dejarle frutas y agua. Es el lugar preciso, entre las plantas. De que se queda, no hay duda. —aseguró la abuela.

Tal como lo prometió Rosita, al día siguiente estuvo alerta. Al escuchar el gorjeo de un pájaro, saltó de la cama. En toda la casa se iba agolpando la luz mañanera. Ahora se escuchaban gorjeos, no era solo uno. Corrió a avisar.

—Alejandro, ¿estás despierto? Ven y te asomas al patio. No vayas a hacer ruido —le advirtió.

—¿Los pillaste?

—Los vi, están comiendo guayaba. Vamos, sshhh, pero sin gafas no podrás conocerlos.

—¡Son dos! ¡Son dos! Por fin los pude ver —decía Alejandro ajustándose las gafas, mientras los pajaritos escapaban.

—Te diste cuenta de que cualquier ruido los espanta. Poco a poco, se acostumbraron a vernos. Tienes que aprender a silbar y así los vas conquistando. Es cuestión de paciencia.

Alejandro fue a contarle a su hermano lo que acababa de suceder:

—Manito, ya los vi. Levántese para que aprendamos a silbar y los podamos llamar.

—Se te hinchan los cachetes, pero no suena nada. Solo tus carcajadas —respondió Francisco abandonando la cama.

—La tuya parece una pelota. —Se miraban las caras y seguían riendo.

El abuelo, que estaba pronto a salir con Rosita a la acostumbrada caminata, los vio en el empeño y les aconsejó:

—Es con la posición de la boca como si estuvieran diciendo dos y la lengua pegada al paladar, ahora, soplen suave. Claro, si se lavan los dientes, el silbido sale limpio y el pajarito viene a vivir con nosotros —dijo sonriente.

Los niños siguieron largo rato frente al espejo, se divertían al verse las caras redondas y chorreando crema dental.

—A desayunar para que cojan más fuerza —llamó Blanca.

—Cuando se bañen, les sirvo.

—Por hoy, los excusamos. Desayunemos todos juntos —le dijo el abuelo a Matilde.

Alejandro sopló el chocolate caliente y un sonido se escapó.

—Agüe, Rosita, me salió un silbido. ¿Oyeron?

—Ya vas progresando. Sigue en tu empeño, pero cómete los huevos —le animó el abuelo.

—A los niños hay que tenerlos ocupados, no todo puede ser juego —insistía la abuela a Rosita.

—¿Cómo vamos con las fábulas? Al medio día me cuentan lo que más les gustó de esta.

—La tortuga tiene su propia casa —leyó Francisco en la carátula.

—Agüe, ¿le hacemos una casita a los perros? Así como la tortuga, que tiene una.

—Me parece una gran idea —se adelantó a responder Rosita.

—¿Podemos hacerla ya? —preguntó Alejandro.

—Además, aprenderemos a ser carpinteros, ¿cierto Rosita? —opinó Francisco.

—Aprender a ser carpintero, ¡sí!

—Falta lo más importante, comprar la madera. Mañana iremos bien temprano
—invitó el abuelo.

—Matilde, prepárate que las clases se adelantan.

—¿A mí también me llevan a comprar la madera, niña Rosita?

—Si tu madre no dispone otra cosa.

—Claro, que vaya, pero cuidado alza el vuelo —contestó Blanquita desde la cocina.

Al día siguiente, Rosita sacó con mucha dificultad la camioneta del garaje-taller. El motor tenía el sonido peculiar de los carros viejos que intentan ponerse en marcha sin conseguirlo.

Desde el antejardín, los chicos aplaudían las maniobras de Rosita para echar a andar el cacharro. El abuelo, protegiéndose del sol con su sombrero, le hacía señas a la piloto.

—Niña, ¡le ayudo a empujarlo! —gritó Matilde.

—No, Matildita, el motor está calentando. No te impacientes que paseo sí habrá
—dijo la abuela mientras limpiaba las gafas de Alejandro.

—Rosita le conoce las mañas al carro. Ella siempre lo convence, hasta que arranca —comentó el abuelo.

—¡Prendió el carro!, ¡prendió el carro! Vamos, Mechudo. —celebró Francisco.

—Esperen le acomodo las gafas a este muchachito, ¡y no se las puede quitar!
—ordenó la abuela a Alejandro.

Chocolate, con la cola parada, seguía la pista al movimiento del carro. Pibe daba brincos al lado del abuelo.

—¿Los podemos llevar, agüe? —preguntó Alejandro en tono meloso.

—Ni pensarlo, no hay dónde. Ven, súbete, te vas a mi lado.

El abuelo se acomodó en el asiento del copiloto con Alejandro a su izquierda. Matilde y Francisco se subieron atrás. Blanquita espantaba a los perros que seguían ladrándole al carro.

—No estén tristes que ya volvemos —les decía Alejandro, sacando medio cuerpo por la ventanilla.

—A este cacharro le suena hasta la pintura —chanceó Matilde.

—Muchacha, controla esa lengua. Ni porque te sacan a pasiar respetas.

—Cálmate, Blanquita, ese es un trabajo lento —la tranquilizó Virginia.

—¿Si oye, agüe, cómo hace el carro? Chof, chof, se le pegó mi tos.

—Eso nos pasa a todos, el pobre está muy cansado, ha trabajado toda la vida.

Blanca batía su trapo para limpiar el polvo en señal de despedida, le acompañaron la abuela y los perros hasta que el carro arrancó.

El aparato se fue de brinco en brinco, por momentos, hacía juntar las caras de los pasajeros; al siguiente, las separaba. Los perros de la vecindad salían a ladrar.

—Este carro tiene algo especial que atrae a los perros, siempre salen a saludar.
—Rosita les respondía moviendo la mano izquierda.

—Yo sí sé qué es lo que les atrae: el ruido. Parece que se va a desbaratar.
—comentó Matilde soltando la risotada.

—¡Qué delicia!, los árboles frutales perfuman el ambiente —dijo complacido el abuelo, e invitó a que le siguieran en el ejercicio de respirar profundo, pero los chicos resultaron con bromas babosas hasta llegar a la venta de la madera.

—¡Tantos palos! Agüe, todo eso no cabe en el carro. —dijo Alejandro.

—Tan bonito que los organizan, como en triángulos —se admiró Francisco.

—¿El señor puso colegio? —preguntó el vendedor.

—Le presento a mis tres nietos. —El abuelo empezó por Matilde.

—Qué buen surtido tiene don Facundo —dijo Rosita.

El abuelo revisaba la madera y comentaba a sus nietos.

—Esta es madera de Nogal.

—Abuelo, ¡está llena de dibujos! Aquí hay como un conejo, con la trompa redondita.

—Manito, por acá le encontré la cola al conejo. ¡Bien hehecita, linda!

—Este de acá es un gigante.

—Hay ojos, ¡hartos ojos!

—¡Un túnel!

—¡Sí!, por donde se mete el gigante para esconderse.

—Y, allá adentro hay una bruja que se va a comer al conejo. —Remató Matilde con tono de terror, pero la risa le ganó.

—Estos dibujos se llaman vetas. Son como las huellas que tenemos en los dedos.

—El abuelo mostraba los suyos y los rozaba con los de sus nietos.

—Agüe, yo no tengo —dijo Alejandro mostrando un puñado de tierra.

—Tan chistosito el Mechudo —respondió Francisco, sacudiéndole la mano.

—Mi tío no tiene, porque cortando caña se arrancó una mano.

—¿Cómo? —preguntó Alejandro.

—Y, ¿quién lo cuida? —preguntó Francisco.

—No se distraigan, Matilde luego nos contará. Por ahora, vamos a escoger la madera que necesitamos. —El abuelo continuó revisando los arrumes.

—Aquí hay madera de un roble. También tiene vetas muy bien marcadas. Todo lo que se hace con estas maderas es atractivo. Debemos tener en cuenta que, si la veta es derechita, nos indica resistencia, si tiene figuras variadas, se aprovecha para muebles y decoración. Necesitamos madera resistente a la humedad porque la casa de los perros también va a recibir agua cuando llueva. ¿Cuál de las dos quieren llevar?

—La que tenga más dibujitos —dijo Alejandro.

—Esta que tiene hartas caras, como una colección de figuras para dibujarlas en un papel —pidió Francisco.

—Bueno, la casa para los perros es prácticamente un juguete decorativo, así que hicieron una buena elección.

Rosita, que estaba embelesada viendo a los chicos y a Matilde tan atentos, les dijo:

—Con ese mismo entusiasmo recibí mi primera clase, y aquí me tienen enamorada de mi arte. Me hicieron sentir muy feliz con tanto recuerdo.

Al salir del expendio, el abuelo vio el caballo pastando y la carretilla desocupada.

—Don Facundo, ¿le puede decir al señor de la carretilla que si me hace el favor de llevar la carga? Es poquita, no la echo a la camioneta porque está fallando. Allá en el taller lo espero.

—Yo me quiero ir con el caballito, ¿sí agüe?, diga que sí —pedía Alejandro mientras jalaba la camisa al abuelo.

—Ese gusto no lo vas a tener hoy. Lo mejor es que te sigas comportando como venías.

Todos se acomodaron en el vehículo y el señor de la carretilla se quedó cargando la madera.

—Vamos a irnos despacito, buscando guayabas para llevar. —Rosita volteó a mirar a Alejandro—. Claro, si te pones las gafas.

En el camino de regreso hicieron varias paradas, comieron frutas y echaron bastantes maduras al carro.

—¡Allí viene el caballito! —señaló Alejandro.

—Vamos a llegar al mismo tiempo, ya falta poco. Dejémoslo que se adelante —sugirió el abuelo.

—El caballito se cansa como este carro, ¿cierto, agüe?

—Y con un muchachito encima, ¿qué te parece?

—Cuando lleguemos y no esté empujando esa madera, ¿sí me puedo montar?

—Esa propuesta me suena.

Al llegar a la puerta de la casa, Pibe y Chocolate ladraban al caballo.

—¡Qué chorro tan grande el de ese caballito!

—¿Todavía quieres montarte?

—No, agüe, mejor no, los perros quedaron todos embarrados.

—Vamos a entrar la madera —dijo Rosita.

El abuelo y Alejandro, en compañía, cargaron su parte hasta el taller. Lo mismo Matilde y Francisco.

—¡Para aprender de la madera hay que tener madera! —les decía Rosita llevando la suya, sonriente.

Al quedar desocupada la carretilla, el abuelo desde la puerta llamó a Blanquita.

—¿Tenemos café para el señor Juan?

—Yo le traigo agua al caballito —se ofreció Francisco y entró corriendo.

Voy a terminar unos arreglos y mañana, ¡a trabajar en la casa! No será complicado. —dijo el abuelo.

—¿Hasta mañana? No, abuelo, es mucho tiempo —replicó Francisco.

—Ya van a ser las tres de la tarde. Despacio, despacio —aconsejó el abuelo.

—Falta todavía un cuarto para las tres. Tenemos tiempo, abuelo. —Francisco detalló el reloj de cucú y se le ocurrió proponer—: podemos hacerle el techo así puntudito, y con todas esas cositas que tiene el reloj. Claro que ya se ve viejito.

—Con todos los detalles que tiene la casa del cucú, nos demoraríamos muchísimo tiempo. Hagámosla sencilla —decidió el abuelo.

Llegado el momento, Rosita se encargó de dirigir al grupo, a cada uno le puso una tarea y el abuelo, con la lija, realizó las labores de mayor minucia.

A los cuatro días los perros tenían una cómoda casa.

Con la obra ante sus ojos, Alejandro observó que el abuelo se alegraba de haber tenido un detalle con sus perros, entonces le preguntó:

—Agüe, ¿a los animales vivos también los quieres?

—Estás haciendo una pregunta tan interesante que merece una detallada respuesta. Pídele a Matildita que te colabore con los taburetes, el de ella también. Qué mejor lugar para hablar de los animales vivos que un jardín, mejor si es ventilado. Voy a traer algo que les va a interesar. —El abuelo se dirigió a la biblioteca.

Rosita distribuyó los asientos en forma de U, y salió para el taller. La historia la conocía desde niña. El abuelo iba en el centro, a su derecha se acomodaron: Francisco, Matilde y la abuela y, a su izquierda, Alejandro, que tenía las piernas cruzadas sobre el asiento.

—Más cómodo podrías estar si te pones las gafas —le recordó la abuela.

—Mi papi le dice que con gafas oye mejor —dijo Francisco.

—¿Puedo empezar?

—Sí, agüe, ya me las puse.

La abuela, miraba discretamente el movimiento constante de los pies de su marido. Eran signos claros.

—¿Por qué no te puedes quedar quieto, agüe? Me da mareo.

El abuelo se sobó la cabeza y logró moderar su movimiento; luego, con su brazo izquierdo rodeó los hombros de Alejandro y dijo en buen tono:

—¡Uf! Los niños, siempre tan sinceros. Vamos entonces a la historia: esos pajaritos que tengo en la sala, por los que ustedes tanto preguntan, abundaban en el pueblo donde pasé la niñez. Alrededor de la escuela los había por montones. Este libro tiene toda la información acerca de los colibríes. —El abuelo abrió un viejo libro y los niños lo hojeaban.

—¿Por qué está tan roto, agüe?

—Te imaginarás, lo cargo desde la escuela. Tiene más años que yo. Diana, mi maestra, me lo regaló y ya estaba desgastado. Ella amaba a esos pájaros y nos comparaba con ellos. Aquí dice. Lee Francisco.

—¡Yo quiero leer! —dijo Alejandro arrebatando el libro.

—Si no vas a esperar, no lees. ¡Rompiste otra hoja! —El abuelo, contrariado, pasó el libro a Francisco.

—Los colibríes son un ejemplo de rapidez en el batir de sus alas.

—La profesora nos decía: «vayan al aleteo de un colibrí a cerrar la llave del agua». —El abuelo juntó sus pulgares y batió las manos, miraba las manos de los niños a la espera de que lo imitaran.

—Yo las muevo rápido —dijo Alejandro.

—Diana también nos comparaba con los colibríes por la casi imposibilidad de permanecer quietos, como aquí el niño Alejandro.

—Agüe, pero usted tampoco se queda quieto y ya está viejito. Cuando mueve los pies, es que está haciendo como las alas de los colibríes, ¿qué tal que salga volando? —dijo entre risas Alejandro.

El abuelo repasaba al grupo con afable mirada:

—Y, además, precisamente por lo que acaba de decir Alejandro, por la alegría que todo niño transmite con su presencia.

La voz contaba emocionada, y los ojos se le veían más claros:

—Alejandro, es tu turno. Lee desde aquí.

—Los colibríes pueden mover sus alas hasta ochenta veces por segundo. El movimiento lo hacen un mayor número de veces cuando están enamorados; en ese estado, baten sus alas hasta doscientas veces por segundo. —Alejandro iba a comentar algo, pero el abuelo le invitó a que siguiera leyendo:

Entre los atentos espectadores estaban los perros, que, echados al lado del asiento de la abuela, de vez en cuando paraban las orejas.

—Es el ave más pequeña del mundo con columna vertebral. Entre los de su especie, el más diminuto es el colibrí abeja. Los polluelos, sus hijos recién nacidos, son tan pequeños. El abuelo llevó la mano derecha al bolsillo y hurgó hasta encontrar una moneda de un centavo.

—¡Para un momento! —le dijo a Alejandro, y con los ojos bien abiertos la fue mostrando mientras repetía—: cada polluelo es de este tamaño.

Todos escuchaban maravillados.

A la vez que señalaba la nariz de Francisco, iba diciendo:

—Los estudiosos de este género de aves, han descubierto que no tienen desarrollado el sentido del olfato. —Con el índice izquierdo tocaba el adorno de la cabeza de Matilde— Y el color rojo es el que los atrae.

De un momento a otro, la voz del abuelo se alteró, tanto así que hizo incorporar a los perros, y con tono angustioso dijo:

—¡Atención a lo que sigue! Continúa Francisco.

—Agüe, déjeme seguir, ¿sí?, Por favor. —pidió Alejandro.

—Bueno.

—Esta maravilla de la naturaleza, de colorido plumaje, y graciosa figura, no canta. El sonido que emiten es un chirrido, dicen unos; un susurro para el amor, dicen otros.

Mientras Alejandro seguía, el abuelo se volvió a parar, hundió una mano en el bolsillo, con la otra se rozaba el mentón, e, inclinando un poco la cabeza, interrumpió:

—A la edad de ustedes, yo no creía que no pudieran cantar. Entonces me acercaba a los nidos y esperaba durante largas horas, y, aunque tenía bien afinados los oídos del corazón, comprobé: ¡nunca escuché cantar a un colibrí! Me nacieron tantos interrogantes.

Virginia, arqueando las cejas, le enviaba un mensaje de ánimo. José Ignacio, si la vio, no la miró; estaba concentrado en su historia. Prefirió permanecer de pie y, paseándose, reanudó su relato. Pibe, juguetón le seguía. La tarde estaba muy fresca y por momentos el viento arreciaba.

—Los pajaritos que están allá, en la pared de la sala, los recogí cuando caían muertos. En la escuela les tiraban piedras para competir en puntería. Los muchachos estaban entusiasmados con lo que habíamos aprendido en clase, y salieron a practicar las habilidades de Robin Hood; como no tenían arcos y flechas, usaron las caucheras. A todos los tumbaron. Yo me peleaba a los puños con los que disfrutaban matando a los animales. Uno, dizque mi compañero, me descalabró con una piedra. Miren el recuerdo que no se borra. —Con su dedo índice puesto sobre la ceja derecha se inclinó para mostrar la cicatriz que todos reconocían—. De esas peleas salí mal librado. Entonces, llorando, alzaba a los pájaros y me los llevaba a casa.

Se silenció nuevamente, respiró profundo y continuó recordando:

—Mi padre disecaba animales, era taxidermista.

—Tax ¿qué?

—Taxidermista. Es una técnica que se utiliza para darle apariencia de vida a los animales muertos. Mi papá los dejaba tan exactos que yo creía que podían seguir viviendo. Jamás compartí tal ilusión con nadie.

»Era el deseo de un niño soñador, devolverles la vida a los pajaritos. Yo, como aprendiz, iba haciendo el trabajo con su guía y los animalitos quedaban perfectos. Terminado el proceso, los llevaba al dormitorio. Con mucha concentración, los miraba fijamente para que se llenaran de vida, quería que me perdonaran por no haberlos defendido de verdad. No sé de dónde surgió esa idea de compartir vida. No sabía nada en particular que me hiciera pensar en algo así. En uno de esos inútiles, pero hermosos esfuerzos, mi padre me sorprendió. Él, que todo lo observaba, supo del imposible deseo perturbador. Imagino que lo meditó mucho para cortar de raíz con la fantasía de un niño testarudo, finalmente se decidió y lo dijo con mucha seguridad: no pasará lo que deseas, no es posible, ya nunca más volverán a volar.

El abuelo regresó a su silla, sus ojos tristes se fijaron en un punto lejano. Alejandro, que estaba atento a los gestos del abuelo, no se dio cuenta de que el libro se había caído y que Pibe tenía un pedazo de hoja en el hocico. El viento sopló fuerte y unas hojas salieron volando.

—Recógelas y cierra el libro, pronto —dijo Virginia.

El abuelo, sumido en su aflicción, continuó hablando con los ojos cerrados. Pibe se echó a sus pies:

—¡Por todo eso dejé de querer la escuela! Esa experiencia dañina afectó los primeros años de estudio. Mis padres no sabían qué hacer conmigo, rechazaba la comida, mi madre me cuidaba y hasta pensó que, quitándome los pajaritos, podría reponerme. La sola idea era desesperante. Esa sensación de derrota me agobiaba, sentía que todo se caía a pedazos. Después de varias semanas de ausencia de clase, Diana vino a visitarme. Traía buenas noticias, y en sus manos este libro. Me contó que en la escuela quedaba prohibido el tal juego de Robin Hood, y cualquier otro que causara daño a los pájaros. Todo eso que pasó hizo sufrir mucho a mis padres. ¡Tienes que ser fuerte!, repetían. Diana, con el mismo tono que utilizaba cuando nos ordenaba cerrar la llave del agua, seguía alentándome: aquí te dejo el libro para que aprendas mucho, me decía. Desde entonces lo conservo como un tesoro, ha pasado por las manos de tantos niños. Sus hojas rasgadas han sido un símbolo de la suerte que corrieron los pájaros de mi escuela.

»No era fácil entender, pero, mi corazón me avisaba que los colibríes habían dejado de cantar en protesta por el maltrato de mis compañeros, y porque yo no los defendí, no los cuidé lo suficiente como lo hacía Francisco de Asís.

Francisco interrumpió:

—Abuelo, ¿y con Francisco de Asís, que es amigo de los animales, también se enojaron los colibríes?

—Me vas a tener que disculpar: para esa pregunta tan interesante no tengo una respuesta. Si quieres pensar que sí, no hay cómo probarlo, al igual que con el no. Lo único que te puedo repetir es lo que dice en el libro. Lee en la parte final.

—¿Dónde?

—Aquí, aquí —dijo la abuela acomodando la hoja que había mordido Pibe.

—«La naturaleza no hace nada incompleto ni nada en vano.»

La abuela, amorosa, le acariciaba la espalda y al oído le dijo:

—¡Sigue siendo fuerte, viejo!

—Don José Ignacio, vio que usted también le cogió bronca a la escuela por ese tal Robin Hood. ¿Y ese muchacho fue el que lo descalabró?

—Como si hubiera sido él mismo. Pero yo me repuse y seguí adelante. Eso es lo que toca hacer en esta vida, Matilde.

—Pues ni tanto, don, porque mire cómo se marea, casi le da un patatús recordando cosas que pasaron hace años. Yo lo veo a usted todos los días ahí pegado de esos pájaros, hablándoles, que hasta miedo me da que le contesten.

Al escuchar lo que decía Matilde, Alejandro hizo un movimiento brusco, volvió a cruzar las piernas sobre el asiento y se rodeó fuertemente con los brazos.

—¿Qué te hizo dejar de querer la escuela, Matildita?

—Don, es que allá dejaban muchas tareas y también contaban cosas horribles.

—¿Qué era eso tan horrible?

—Pues fíjese que, por allá en otro país, un hombre muy poderoso se enamoró de una muchacha muy bonita, ella era vanidosa y le dio el capricho que dizque quería que le

regalaran la cabeza de un señor, yo no me acuerdo el nombre, y como la muchacha era tan pero tan hermosa, el tipo, solo para que le parara bolas, le hizo cortar la cabeza al pobre tonto y se la entregó en una bandeja a la descarada esa. Yo las bandejas no las quiero ver porque siempre me acuerdo de eso. ¿No le parece horrible? ¿Para qué va uno a la escuela?, ¿para que le digan que a otro le arrancaron la cabeza? Yo, aprendiéndome las tablas de multiplicar, también me quería arrancar la cabeza, pero eso es otra cosa. Esas brutalidades no las quiero volver a oír.

—Así como hay historias fuertes, hay otras historias, inventos y miles de cosas que debemos aprender, sea en la escuela o en la casa. ¿O no aprendiste nada de este libro? Lo tuyo son puras disculpas. Mientras estés con nosotros, vas a tener que leer.

Rosita había cerrado el taller y venía muy inquieta.

—Pa ¿dónde está el cuadro de ese señor del carro?

—Ayer se lo entregué.

—¿Por fin quedó satisfecho? ¿No dejó ninguna razón?

—No.

El abuelo, sentado, encorvó un poco la espalda, apoyó el codo derecho sobre el muslo izquierdo y con el dorso de la mano rozó el mentón, así se quedó largo rato pensando.

VI

—Mi papito va a querer que le hagamos una casa igual a esta, pero grandota, en la que quepamos todos —comentó Alejandro.

—Ya sabemos escoger la madera —agregó Francisco.

—Lo único que les falta es estudiar. Hay más asuntos de fondo que necesitamos saber para que la casa, además de bella, sea firme, que no se les vaya a caer con el primer soplo del viento. Siempre hay que construir sobre buenos cimientos —aconsejó el abuelo.

—Y aquí, que hace tanto viento, la casa de los perros no se ha movido —respondió Alejandro.

Con motivo del cumpleaños del abuelo, ese viernes Rosita y Virginia preparaban una reunión sorpresa en horas de la tarde. Era necesario acomodar las sillas de otra manera para acoger a los amigos.

—Estas flores van mejor acá, los invitados querrán verse las caras —Rosita hablaba en voz alta mientras iba organizando la sala.

—Me llevo los cojines para el cuarto. Dile a Matilde que traiga taburetes del comedor —dijo Virginia.

Jeremías, amigo de la infancia del abuelo, con el que no se encontraba hacía algún tiempo, y la señora Soledad, la sobandera, fueron los primeros en llegar, pero prefirieron esperar en el antejardín. Ya se acercaba doña Margarita, venía con un paquete.

—Qué bueno que trajo regalo, lo entregamos a nombre de los tres —dijo Jeremías entre risas.

—Él sabe que es el queso que me encargó. Ni modo —respondió Margarita.

—Allí viene Félix, el manivaco. A lo mejor trae algo en el bolsillo. Yo, esperanzado en que ustedes iban a traer regalo, no traje el mío —chanceaba Jeremías—. Hola, Félix, ¿no se te enredó ni una aspirina de tu farmacia para entregarle un presente al viejo?

—El presente debe adelantarse, esta mañana entregaron el mío. Así me enseñaron, que antes de llegar a la fiesta se envía el regalo.

—Qué vamos a hacer con este francés y su etiqueta —reaccionó burlón Jeremías—, ni para qué le pregunto a Roberto, para que me conteste que de regalo lo va a peluquear y don Federico, el sastre, no me imagino su respuesta. ¿Faltarán más invitados o entramos? —Jeremías avanzó.

La puerta se dejó abierta y los niños seguían en la tarea de entretener al abuelo en el patio de atrás. Qué mejor tema que el de la casa de los perros.

De pronto, fueron interrumpidos por una voz desconocida.

—¿El señor de la casa está?

El abuelo miró con extrañeza y se apresuró a averiguar quién era el que preguntaba por él. Cuando estuvo cerca del dueño de la voz, no lo reconoció. Venía apoyado en unas muletas, la camisa a rayas coloridas le quedaba grande y la calvicie le había dejado unos cuantos flecos blancos de recuerdo. El abuelo preguntó:

—¿Qué se le ofrece al caballero?

—Vengo a que me acabe de disecar.

La broma lo conectó inmediatamente al recuerdo. El abrazo a Jeremías y la alegría empezó a hacer de las suyas. Los demás invitados fueron entrando. El abuelo miró detalladamente a su amigo y le dijo:

—¿Así de importante te has vuelto que necesitas un séquito para venir hasta aquí?

—Todos ellos me rodean para no dejarme caer —respondió con sonora carcajada.

Los perros olisqueaban a los recién llegados y los niños miraban el movimiento de las colas.

—¿No nos irán a morder? —preguntó doña Soledad, acercándose a Jeremías para resguardarse.

—Que muerdan la muleta, tiene más carne. —dijo Federico, el sastre.

—Ellos saben recibir la visita de mis amigos.

El abuelo procuró atenderlos con la mejor disposición, sin abandonar la curiosidad.

—¿A qué debo esta sorpresa?

Alejandro miró a Jeremías y le dijo:

—Don Jeremías es más alto que el agüe.

El abuelo tuvo la respuesta inmediata:

—Pero siéntese, Jere, para que se vuelva a encoger.

—Los dos están muy alegres —comentó Francisco a la abuela.

—¿Cuándo llegaste?

—Hace una semana.

—¿Y esas muletas?

—Pues te cuento. Fue el accidente más tonto. Estaba encargado de la disciplina, cuidando el recreo en la escuela donde dictaba clases. Los muchachos gozaban con su juego preferido, patear esas pelotas, ya sabes cómo lo hacen, quieren tumbar lo que se les atravesara. Yo me paseaba mirando todos los detalles y el principal no lo vi.

A alguno le pareció fácil dejar tirada una cáscara de banano, yo seguía la dirección de los balones y no miraba al piso; entonces, para esquivar un tiro que venía directo a mi cara, pisé la cáscara y el borde del corredor me recibió. Así fue como me fracturé la cadera.

—Menos mal que no te diste en la cabeza. Tienes la historia clínica completa. Siempre tuviste buena memoria.

—El cuento sigue. Soporté dos cirugías. En la primera, me atacó una bacteria y estuve en cuidados intensivos. En esa ocasión hasta prepararon tinto para el velorio. Vino la segunda cirugía, me cuadraron la cadera, y estuve otro tiempo en silla de ruedas, no me podía sostener. Ahora pasé a las muletas, que aspiro abandonar pronto.

—Cómo nos cambia la vida de un momento a otro —se lamentó el abuelo.

—No vengas con tus cuentos que a ti los años sí te han tratado con benevolencia. A propósito, déjame recordar a tus pájaros. —Maltrecho, Jeremías se sostuvo en los brazos de la silla y Rosita le ayudó a incorporarse. Con las muletas firmes, apoyó las axilas y se aproximó a la pared donde estaban los colibríes—. ¡Qué buen trabajo hiciste con los animales! Tus nietos lo disfrutarán muchísimo. —Volteó a mirar a los niños—. ¿A

cuál de los dos le gustaría ser taxidermista?

—¡A mí no! —contestó rotundo Alejandro.

—Yo quiero hacer casas y también dibujar —afirmó Francisco.

—Con mi Manito hicimos la casa a los perros, nos ayudaron el agüe y Rosita. Allá van a seguir durmiendo en la noche.

—Vengan a ver el trabajo que José Ignacio hizo con estos pájaros cuando era un muchacho. —Jeremías levantó un poco la mano, como si estuviera espantando un mosco, y los otros invitados se acercaron a la pared—. Para mí, que supe de tu afecto por los animales, este trabajo fue más impactante que la golpiza que recibiste por defenderlos, claro que los enfrentaste con valentía. ¿Todavía eres bueno para repartir puños? Todos creíamos que ibas a ser boxeador. —Comentó Jeremías con aprecio.

—¡Oh! ¡De verdad parecen vivos! Las alas abiertas a diferentes alturas, los picos apuntando en distintas direcciones. Si se miran en conjunto, rápidamente queda la impresión de que están volando. ¡Sensacional! Dejó todo el corazón en ese trabajo —opinó don Federico.

—¿Cómo conservan el color del plumaje? —preguntó don Roberto.

—Los indígenas preparaban tintes que extraían de las plantas, las piedras y de otras procedencias; aplicaban diversas técnicas y trucos, hasta pases mágicos, para entregarlos, como un intercambio de presentes con la persona con quien iban a sellar una amistad. Mi padre les llevó una culebra disecada y ellos le dieron el producto para mantener el colorido de las plumas. Aunque aquel toque mágico ha permitido que la vistosidad del plumaje se conserve, es necesario protegerlos del polvo, la luz fuerte, entre otras amenazas.

—Así, tal cual como ven la recreación del lugar, era la escuela. Qué recuerdo tan emocionante. Me siento otra vez como un niño. —Dijo Jeremías.

—¿Y es que acaso has dejado de serlo? —preguntó doña Soledad.

—¿Los has llevado a exposiciones? —preguntó Jeremías.

—¡Jamás!, conservarlos es un gesto de respeto, no de vanidad. Esa terrible experiencia, presenciar el exterminio de la belleza atrapada en el cuerpo de un colibrí, me hizo conocer y temer a la muerte. Por aquel entonces mis emociones solo las entendían mis padres, fue cuando me ayudaron a conservar estos cuerpecitos, vacíos de vida, pero cargados de recuerdos.

»Es verdad que al verlos parecen vivos. La taxidermia busca dar esa apariencia. Lo que ocurre en mi interior es que siento la energía en estos animales, es como una vida suspendida desde el momento de su último aleteo, siempre dispuesta a reanimarse en cualquier momento.

»Los que causaron el daño fueron niños de mi edad, disfrutaban matando a los pájaros. Eso fue lo que pasó con Julián, el del cuento de Flaubert, que nos habían leído en clase. Ahora teníamos dos ejemplos: el de Robin Hood y el de Julián y su aplicación caprichosa en la práctica de matar animales. Es un mal principio que puede tener un peor desenlace.

—Caramba, José Ignacio, quién iba a suponer un efecto tan fuerte en la conciencia de un niño. Hablo de todos los niños, porque a cada cual les influyó para tomar una conducta determinada. Yo, que estuve en el mismo salón de clase, no me acuerdo de todo lo que te marcó. ¡Ah!, sí, de la pedrada que te dejó la huella en la ceja, pero porque cada que puedes me la muestras. De otra manera, ni de eso me acordaría.

—Agüe, nunca nos has dicho nada de ese Julián —reclamó Francisco.

—En otro momento les cuento. Es muy interesante.

Soledad, la sobandera, siempre al lado de Jeremías, le susurró al oído:

—Esos animales me causan escalofríos. No veo lo bonito que tanto cacarean.

Jeremías se preocupó por el comentario y sugirió a Soledad:

—Ni se te vaya a ocurrir repetirlo. José Ignacio te alcanza a oír, y las velas del cumpleaños cambiarían de destino. Trágate tus opiniones. No tienes idea de lo que fue ver a ese niño en el esfuerzo por conservar a los pájaros y, sinceramente, yo sí los veo hermosos.

—Tanta adulación para disimular que no trajiste regalo, pero ya lo notaron. Así que deja de alabar a esos muertos. Hables o no, te van a dar torta. —Respondió Soledad.

El rechazo que expresaba Soledad, la sobandera, fue disimulado por Jeremías, quien dijo:

—De historia en historia se nos refunde la celebración. ¿Qué digo? Es la mejor manera de celebrar tu cumpleaños, José Ignacio. Has tenido la oportunidad de hacer todo un paseo por tus recuerdos para demostrarnos que no estás loco. Eso sí es de celebrar. —Las carcajadas volvían a retumbar.

—Llegó la torta —anunció Rosita exhibiendo un pastel de chocolate con un letrero que decía *¡Muchos años por cumplir!*

Los aplausos y festejos se mezclaron con la voz del señor de la farmacia.

—Esta torta la pasamos con agua aromática. Todos los adultos invitados están tomando medicamentos.

—Por si alguien está pensando en milagros, más rápido salen a volar esos pájaros disecados que convertirse esta agua en vino —dijo Jeremías partiéndose de la risa.

—No corras que te vuelves a caer —advirtió el abuelo a Alejandro al verlo que salía disparado al oír el comentario de Jeremías.

Rosita conocía la razón por la cual el niño huía, y le dijo a Francisco:

—Dile a Matilde que venga y quédate jugando con tu hermanito un rato.

Los amigos del abuelo traían muchos temas de qué hablar: el clima, las ventas, la familia, los medicamentos, y así iban encontrando otros más.

—Matilde, llévate la torta al comedor, la partiremos allá.

—¿Qué pasó, hija?

—Pa, el comedor es más cómodo.

—Cierto, la mesa es lo suficientemente grande —aprobó el abuelo.

—Sí, aquí ya me estoy sofocando —agregó Soledad.

—Qué raro, porque sopla un viento fresco. Ojo con la tensión —recomendó Félix.

Los invitados se trasladaron, cada uno con su asiento, menos Jeremías.

—El abuelo dice que el ejercicio es muy bueno —les comentó Francisco.

—Mejor aún si está acompañado —contestó Margarita, la de los quesos, quien cogió del brazo a Francisco para que le ayudara.

Instalados en la mesa del comedor, empezaron a disfrutar de la torta y siguieron conversando.

Alejandro y Francisco se entretenían con la casa de los perros, su nuevo juguete, sin dejar de oír lo que hablaban los adultos.

—Ese petróleo tiene todo por las nubes. No he vuelto a oler la carne y tanto que me gusta asada —dijo Jeremías.

Cuando Alejandro oyó que a causa del petróleo ya no se podía comer carne, corrió al comedor y dijo preocupado:

—Don Jere, ¿por qué le echa petróleo a la carne? Por eso se le quemó la casa a Rosita. Agüe, cuénteles.

—No te preocupes, Jeremías conoce muy bien esa historia. Él lo dice porque cree que no se le va a ofrecer nada de sal, ya entendí el mensaje. Tranquilo Jere. —El abuelo pregunta a Rosita si tienen previsto ese detalle.

—¿Desean que sirvamos? —Pregunta Virginia.

—Más tarde me cae pesado —Contestó Jeremías.

—Por favor, atiéndanlo rápido, este hombre es capaz de comerse una mano, aun sabiendo que le hace falta. —comentó Félix.

—Don Jere, ¿usted se va a comer una mano? ¿Cuál? ¿No le duele? —preguntó alarmado Alejandro.

—Te me estás pareciendo a José Ignacio, espérate acomodo las muletas para que te sientes a mi lado.

Los perros siguieron a Alejandro y olfatearon las muletas. Jeremías dobló las mangas de su vistosa camisa, estiró sus largas y delgadas piernas. No había terminado de ponerse cómodo cuando Chocolate, con la cola, tumbó las muletas que cayeron ruidosamente. Los animales salieron espantados. La burla por el brinco que pegó Jeremías duró un buen rato.

Blanca entró con las bandejas del asado, mientras Jeremías comenta:

—No demora José Ignacio en decir: tanto tardar en acomodarnos para que la vida nos desacomode en un instante. —Jeremías no paraba de tomar el pelo y los amigos le acompañaban encantados.

—Es verdad, aunque te rías. No olvides que alguien nos alertó respecto de los efectos de la risa, porque todo lo pone en duda.

—Esos filósofos no sabían a lo que le estaban sacando el cuerpo. A la salud misma. —Respondió Jeremías.

—Por ahora, cuidemos el ambiente festivo que pocas veces tenemos estos encuentros. Un tema tan interesante, como ese, exige dedicar días enteros —recomendó la abuela.

—Por mi parte, tengo que decir, como beneficiario, que la risa ayuda a remediar los males del alma y hasta los del cuerpo, ¿O no, doña Soledad, que mientras me soba las piernas, me cuenta historias de sus pacientes y me hace reír toda una tarde? Así el dolor va desapareciendo.

—Don Jere, coma. —Decía Alejandro preocupado.

—A este patilargo, entre cuentos, risas y una que otra lágrima que le saco cuando lo sobo, ya le hice dejar la silla de ruedas. Las muletas también lo quieren abandonar. ¿O no oyeron el ruido que hicieron cuando intentaban escapar? Si no es por los perros, ¿quién sabe por dónde irían?

Doña Soledad, quien masticaba y compartía con buen ánimo, fue sorprendida por su mandíbula inferior que daba paso a la risa y a la tos al mismo tiempo.

—Vamos a necesitar más de un sobandero en esta celebración —anotó el abuelo al ver que Soledad no paraba de toser.

—¿Te das cuenta de que gracias a la risa estoy aquí celebrando tu cumpleaños? No te traje regalo, suficiente tienes con mi presencia.

—Pues habrá que hacerle un serio reclamo a la risa por dejarte andar por ahí tan libremente. Eres un peligro ambulante. Ya me está preocupando doña Soledad. Compórtate para que ella se calme —dijo José Ignacio.

Rosita le ofreció un vaso con agua y doña Soledad se tranquilizó un poco. En ese ambiente de humor, continuó Jeremías:

—El placer de reír a carcajadas, con doña Soledad, nos puede poner en serios aprietos —opinó Félix.

—Mi papito nos dice que cuando estemos comiendo no hablemos porque nos puede pasar lo de la señora Soledad. —Contó Alejandro asustado.

—Yo tengo que cuidar a mi sobandera. Tosa en paz, doña Soledad —le dijo Jeremías.

—No la molestes más, que ella con solo saber que vas a empezar a hablar ya se imagina cada ocurrencia, y no va a parar de reír, mejor dicho, de toser —aconseja el abuelo.

Ahora no solo era doña Soledad la que se ahogaba de la risa. A Jeremías se le ocurrió subirse las botas del pantalón y enseñar, con gestos jocosos, sus huesudas piernas.

—Érase un hombre a sus fémures pegado, me hubiera dicho el poeta.

—Sin duda, no solo tus piernas hubieran sido una fuente de inspiración. Lo que aplaudo es que gozas burlándote de ti mismo. No olvido que por tu culpa nos dejaron muchas veces sin recreo. Tu indisciplina, por lo visto, no tuvo remedio.

—Don Félix, entre tanta aspirina que tiene en la farmacia, ¿no habrá alguna que sirva para moderar a este muchacho? —preguntó riendo Margarita, la de los quesos.

—Bueno, con mi farmacia no se metan, más bien échense una revisadita al saco de don Federico.

—Yo no doy puntada sin dedal.

—Pero haciendo ese saco se le olvidó ponerse el dedal —dijo Roberto, el peluquero.

—No me torees la lengua, que, si de peluquear hablamos, cuando trasquilas a tus clientes les sales con un cuento cristiano. Esa es su tonsura, mi querido y buen hermano. Cuando llegues al cielo con esas tijeras, seguro que san Pedro no te abre. Él tiene que cuidar sus barbas —se defendió don Federico.

Virginia estaba gozando con el ambiente y la participación alegre de su marido.

—Los abuelos son niños grandes —comentó Rosita al oído de Francisco.

Las carcajadas y la tos se volvieron contagiosas. Ahora estaban todos en una particular competencia, al que más tosiera y al que más se riera.

—¿Y qué creyeron?, de aquí no sale ileso el carpintero —continuó Jeremías.

—Un cliente le preguntó a José Ignacio si hacía mesitas de noche, y él le contestó: no señor, yo solo trabajo hasta las cinco de la tarde. Esa respuesta le ha traído clientela, solo por conocer al genio.

Alejandro miraba con curiosidad a los invitados y llamó a Francisco.

—Manito, a la señora Margarita, cada que tose, se le mueve la barriga para arriba y para abajo y no puede respirar.

—Rosita le pasa agua. Ella sabe ayudar a los viejitos como el abuelo.

—Algo le sale volando de la boca. ¡Los dientes!, ¡Auxilio! ¡Me van a morder!

—Chito, Mechudo, es una caja de dientes, eso no hace nada.

—Pibe sí salió espantado. Pobrecito mi perrito —comentó Alejandro, encogiéndose de hombros y sacudiendo la cabeza.

La cuerda siguió.

—Esto de la risa entre adultos mayores de verdad es como en serio, qué susto, los puede matar —comentó Rosita a la abuela.

—Tranquila, doña Margarita, espere le prendo la luz. Aquí afuera me quedo por si me necesita. Matilde, acompaña a la señora Soledad hasta el cuarto mío y la esperas.

—Yo solo voy a desaguar —aclaró don Félix.

—Respete la cola que todos van a cumplir con su micción —anotó Jeremías.

—Francisco, muéstrale dónde está el otro baño —dijo el abuelo.

—Don Félix, por aquí. ¿Será que se pierde si se devuelve solito?

—A caramba, mijito, ¿ya se le está pegando la falta de compostura de Jeremías?

Mientras cada uno calmaba su afán, de la calle venían notas de guitarras. Un señor, con una voz muy hermosa le cantaba también a la risa, la canción preferida del abuelo.

—*Cantarle quiero a tu boca, muchacha de risa loca, cantarle quiero a tu boca...*

La tos iba y volvía, ahora alternaba con los versos recortados que venían a sus mentes.

—Cantarle quiero a tu...,cof, cof., Esa no me la sabía —dijo Jeremías a las carcajadas.

Unos tarareaban, otros repetían el fin de la estrofa.

En un ambiente más sereno, pero igual de agradable, como el viento fresco que los envolvía, continuó la tarde.

—Hacía tanto tiempo que no reía a carcajadas —recordaba complacido el abuelo y agradecía a Jeremías, y demás amigos, por su sonora visita.

—Después de estar en las garras de la muerte, volver a respirar es algo que merece celebrarse, y con un amigo de infancia el gozo es mucho mayor —agradeció Jeremías.

Los viejos amigos se abrazaron.

—La parca que espere, nosotros no tenemos afán —comentó la señora de los quesos.

—Sigamos brindando con aromática de albahaca. ¡Salud! —dijo Virginia.

VII

—¡Dale!, ¡dale!

—El tuyo es tatareto.

—Cuidado le pegan al perrito con esos trompos —advirtió la abuela desde el comedor.

Pasada la hora del almuerzo, Rosita y el abuelo retomaron las labores en el taller. Blanca y Matilde se dispusieron a ordenar las habitaciones. La abuela, como de costumbre, antes de ir a la alcoba a reposar, echó un vistazo a sus nietos y los encontró tan entretenidos con su juego que no halló razón para cambiar su rumbo.

Los niños se divertían en el patio, la distracción era por partida doble. Pibe, el perro curioso, estaba encantado con el baile de los trompos que Alejandro y Francisco lanzaban, con la pata los tocaba hasta tumbarlos. El animal miraba fijamente a los jugadores en el paso de envolver la piola al cuerpo del trompo, los chicos lo hacían lentamente para disfrutar de todas las manifestaciones de atención de la mascota, que ladeaba la cabeza y movía la cola; cuando amagaban el lanzamiento, doblaba las patas de atrás, tensionaba las de adelante, asomaba la punta de la lengua y paraba la cola. Si se demoraban en hacer el tiro, ladraba, brincaba, daba vueltas y a la posición de espera.

La acción se repetía una y otra vez. Alejandro, por momentos, parecía fastidiado. Tardaba en enrollar la piola para hacer el tiro de su turno. Pero, ahora, nada tenía que ver con Pibe, un bicho lo estaba distraendo.

—¡Chite!

Con la mano trataba de ahuyentar a una avispa que se les arrimaba de cuando en cuando y luego fue a posarse en el lavadero. Se acostumbró a verla y siguió en su disfrute.

Desde el patio continuaban el juego. Se les ocurrió tapar a Pibe con una caja de cartón vacía y la caja iba y venía. Chocolate, echado a la entrada de la cocina, observaba el juego y paraba las orejas por el ruido de los trompos. Cuando vio que la caja de cartón

se movía, se puso en guardia, arrimó a olfatearla y con sus patas delanteras la volteó hasta liberar a Pibe.

—¡Chite! Estos bichos tan cansones —decía Alejandro mientras los espantaba.

El juego del trompo se suspendió. Los niños observaron que ya eran dos las avispas que se acercaban. Una más permanecía con sus alas levantadas sobre una gota de agua, en la piedra de estregar del lavadero.

Francisco bajó la toalla que estaba extendida en la cuerda y la agitó como si fuera una bandera. Las avispas volaron.

—¿Dónde tendrán el nido?

—Por el jardín.

—Las tenemos que espantar porque cuando los pajaritos bajen a comer los van a picar y se mueren —comentó, preocupado, Alejandro.

—No, una avispa qué va a picar al pajarito. Ese le pega su picotazo —aseguró Francisco.

—Ahí hay una, sobre la flor.

—La está oliendo. —Francisco movió la toalla y la avispa salió a refugiarse en el techo.

—Sí, es en el techo que tienen el nido, allí se arrimó otra.

—Nos tenemos que subir al techo para que se vayan, ellas llaman a sus amigas y todas juntas sí matan a los pajaritos. ¡Ay!, nos pasa lo que le pasó al agüe, que lloraba porque no defendió a los colibríes.

—Nosotros sí vamos a defender a los pajaritos —dijo Alejandro.

—Rosita guarda la escalera en el cuarto de san Alejo, vamos a sacarla.

Los niños, con esfuerzo, arrastraron la escalera metálica de tijera y la abrieron hasta quedar firme, lista para subir.

—En el jardín hay una vara larga —recordó Alejandro.

—Mechudo, póngase las gafas para que la encuentre rápido.

Alejandro sacó las gafas, se acomodó la banda de caucho y fue a traer la vara. Al momento, estuvo otra vez al pie de la escalera.

—Esta es, yo subo primero.

—Agárrese bien, cuando esté en el techo le paso la vara.

Alejandro inició el ascenso. En cada escalón paraba para celebrar lo alto que estaba:

—De este tamaño voy a ser cuando tenga doce años.

Así continuó hasta llegar al techo.

—Y de este tamaño cuando llegue a viejito. ¡No! Es como un gigante y el agüe no es gigante.

—Ya, deje de hablar como un loco, súbase al techo rápido que se van a escapar.

—¡Tengo miedo!

—Bájese, entonces.

—Lo que me da miedo es mirar para abajo.

—Pues no mire. Ya voy con la vara.

Francisco empezó a subir. Iba por la mitad de la escalera, cuando sintió que algo traqueó, entonces se quedó quieto.

—¡La vara!, ¡la vara! ¿Viste que da mareo y miedito?

Francisco fue alzando lentamente la vara, con los ojos cerrados tanteaba buscando la mano de Alejandro, que también tenía los ojos cerrados.

—¿Ya casi la agarra? Rápido que me voy a vomitar.

—¡Me da miedo mirar para abajo!

—Cuidado se viene de cabezas, Mechudo. Yo me devuelvo, voy a vomitar.

—Bueno, espere yo miro rapidito y la cojo.

—¿¡Ya!?

—¡Sí!

—¿Y la toalla?

—La dejé abajo.

Francisco se abrazó a la baranda y fue descendiendo lentamente. Al llegar al piso, descargó todo lo que traía contenido en la boca, mientras que en el techo Alejandro, con la vara, movía las tejas.

—¿Qué le pasó, niño Francisco?

—Que vi estrellitas, boté esa cochinado y quedé todo untado. Matilde, mi hermano necesita que le tire esa toalla al techo para espantar a las avispas.

—¿Cómo así, se maluquió? ¡Santa Pacha Bendita! ¿Qué comió?

—Con la escalera. Cada que iba subiendo veía más estrellitas chiquiticas. Tírele la toalla que él ya va a encontrar el nido de las avispas.

—¿El niño Alejandro está en el techo? ¡Ustedes son unos demonios! Niño Alejandro, quédese quietico, espéreme limpio el reguero que hizo su hermano, porque de pronto nos vamos de jetas. Ya voy a ayudarle para que se baje.

—Pero Matilde, hace rato le digo que Alejandro necesita esa toalla allá arriba, tíresela.

—Niño Alejandro, ponga cuidado, atrápela. —Matilde hizo una pelota y la lanzó.

—Suba, Manito, para que vea: esos animales tan chiquitos hacen su casa. ¿Cómo la harán? Venga, no sea miedoso, venga.

—No. Me vuelvo a...

—Ni piense en volverse a subir porque sigue desembuchando, y yo trapiando—dijo Matilde.

—Pues se aguanta.

—Mejor bájese usted también, de pronto esos animales se salen. Bájese, bájese.

—Si vieras, ¡son muchas! Viven allá adentro de esa casa, unas encima de las otras, ¿cómo harán?

—Niño Alejandro, ahora no es que vaya a ponerse a preguntarles, porque ellas le contestan con una picadura y listo. Bájese rápido, haga caso —insistía Matilde.

—Mechudo, ¿ya cogió la toalla?

—Niño, no se les arrime, mejor bájese ya, ¡santo Dios Bendito!

—¡La toalla! ¡La toalla! No la alcanzo, se cayó al otro lado... ¡Se saaaaalieron! ¡Ay! ¡Eee! ¡Me están picando! ¡Chite!, ¡chite! ¡Auxilioooo!

—¡Matilde!, muchacha del demonio ¿qué le estás haciendo a los niños?
—preguntó Blanca al escuchar los gritos.

—Que el niño Alejandro se va a tirar del techo porque lo picaron unas avispas. Lo tenemos que agarrar para que no se mate este niño inquieto.

—Niño Francisco, vaya a llamar a la señorita Rosita, ¡pero corra!

—¿Qué es esa algarabía? —preguntó la abuela desde su habitación.

—¡Que el niño Alejandro se va a tirar del techo!

—¿Quién lo subió allá? ¡Por Dios Santo! ¡Rosita, venga!

—¿Qué pasó? ¡Hay que bajarlo rápido!

—Niña, esas avispas están alborotadas, no se puede subir.

—¿¡Cómo que no!? —Rosita, aterrorizada, subió, cogió al niño y como si cargara un tronco de roble, se lo echó al hombro y bajó a toda velocidad.

—¡Me picó una! ¡Niño Alejandro! ¡Niño Alejandro! ¡Niño Alejandro! —gritó Matilde.

—Blanquita, recíbame al niño, voy a sacar la camioneta para llevarlo al hospital.

—Pa, te necesito fuerte, necesito tu ayuda, por favor. Matilde, acompáñanos.

—Francisco se queda con Blanquita y mi má. Nos esperas hasta que regresemos.

Rosita corrió a sacar la camioneta, y el aparato prendió a la cuarta maniobra.

—Pa, ¿cómo te sientes? ¡No te quedes mudo! ¡Necesito que me hables! Matildita, baja el vidrio. Hace falta aire, mucho aire. ¿Te duele la picadura?

—Un poquito, la otra vez en la casa me picaron y me dolió más. Yo me echo saliva, me sobo y me va pasando.

Rosita forzó la camioneta al máximo hasta llegar al hospital.

—Pa, ¡debes ser fuerte!

—Matilde, ayúdeme a sostener al niño, cójalo por las piernas para que no las arrastre. Corramos. Cuidado que hay muchas piedras, que no nos vamos a tropezar.

—¡Es un caso de urgencia! —exclamó Rosita en la puerta del hospital.

El abuelo bajó lentamente de la camioneta y cerró las puertas. Las fuerzas lo abandonaban.

—Matilde, devuélvase a ayudar a mi pa, que ya no da más. Yo entro con Alejandro porque no me oyeron y le está faltando el aire.

—¡Una camilla!, ¡es un caso de urgencia!

—Aquí todos los casos son de urgencias, señorita, cálmese.

—Al niño lo picaron las avispas y es... ¡alérgico!

El médico de turno, al escuchar lo que gritaba Rosita, salió a atender al paciente.

—Debe esperar en la sala. Esta es zona restringida.

En el pasillo del hospital estaban el abuelo y Matilde.

—Niña Rosita, don José Ignacio dijo que quería caminar. Niña, ¿se acuerda del señor del cuadro? Entró con una ancianita muy enferma, él me reconoció, saludó a su papá y preguntó por usted. Yo le iba a contar lo que había pasado, pero me dijo que también le tocaba esperar aquí. Que ahora volvía para ver en qué podía ayudar.

—¿Cómo le explico a Julia? —Rosita se preguntaba en voz alta agitando sus manos abiertas.

—Niña Rosita, ¿oyó lo que le dije?

—¿¡Cómo le explico a mi hermana Julia!?! Yo que le aseguré que iba a cuidar de sus hijos.

—Rosita, buenas noches.

—¿El niño ya reaccionó? —preguntó Rosita.

—No soy el médico, soy Alberto.

—¿Usted es el médico a cargo del niño? —volvió a preguntar Rosita.

—Niña Rosita, ¿qué le pasa?

—Rosita, ¿en qué puedo ayudarte?

Rosita escondió la cara entre las manos, permaneció por un momento en esa posición y luego habló:

—Necesito que me ayuden a pensar.

—Te sugiero que te sientes, libérate de los zapatos, cierra los ojos, respira profundo varias veces.

El abuelo estaba presenciando la situación de Rosita, pero la mudez lo dominaba.

—Tú padre también necesita atención.

—Quise que me acompañara por si era necesario que le asistiera el médico.

—Enfermera, por favor, el señor se ve muy mal.

—¿Usted es el hijo?

—Eso qué importa en este momento. Por lo menos mírele por qué está mudo. Haga algo señorita —respondió Matilde.

La enfermera prestó el auxilio en la sala de espera.

—Ya informo al médico a ver qué ordena.

Transcurrieron varias horas hasta que salió el médico:

—Familiares del paciente Alejandro.

Rosita corrió descalza, Matilde recogió los zapatos y la siguió, Alberto permanecía al lado del abuelo. Todos acudieron a recibir la información.

—El caso del niño realmente es grave.

—¿Se va a salvar? —preguntó el abuelo.

—¡Lucharemos! A usted, señor, le recomiendo que se vaya a descansar. No está en condiciones de soportar un traspaso en este ambiente de tensión. A través de sus familiares se enterará de los avances. Al niño lo trajeron a tiempo y eso cuenta a favor. Es necesario que usted se tome este medicamento y permanezca en reposo.

Rosita se arrojó a los brazos del abuelo y ambos sollozaron.

—Y de la señora Bertilda, ¿me puede decir algo? —preguntó Alberto.

—Ella se quedará en observación hasta mañana.

—Matilde, cuida de Rosita y responde si llaman a los parientes de Bertilda. Apréndete el nombre. No te puedes dormir. Yo voy a llevar al abuelo a la casa y ya regreso. Confío en ti.

—La primera persona que confía en mí. —dijo Matilde, y agregó—: váyase tranquilo, señor Alberto, que yo soy muy responsable.

—Ya lo creo.

Virginia decidió que la situación debía ser conocida por su hija.

—Aló, ¿Julia?

—¿Le sucedió algo a mi padre? ¿Mi padre está bien?

—Hija... es... Alejandro. Ya te paso a Francisco.

—Mamita, al Mechudo lo picó una avispa. El abuelo y Rosita lo llevaron al hospital. No llore mamita que no le pasó nada.

—Él tiene problemas de alergia. ¡Es gravísimo! Vamos para allá —reaccionó Julia.

—Hijo, ¿tú con quién estás? —preguntó Marco.

—Con la abuela. La estoy cuidando.

VIII

—El paciente no tiene un sueño tranquilo, le atormentan constantes pesadillas, pero respira mejor. Mañana pasará a cuidados intermedios y estará bajo la observación del psicólogo pediátrico.

Fue el reporte médico del tercer día, que recibieron el abuelo y Rosita, en el cambio de turno a primera hora.

—¡Ah! —Exclamó el abuelo.

Su rostro tenía dibujada una expresión extraña, sus cejas se habían disparado hacia arriba, las fosas nasales se ensanchaban ligeramente y, los labios curvados temblaban a la espera de que las lágrimas brotaran.

—¡Va a vivir! ¡Va a vivir! Su madre estará dichosa. Vamos, Rosita, a dar la buena noticia.

Con los ojos humedecidos y una luz de esperanza que alumbraba desde sus corazones salieron del hospital rumbo a la camioneta.

—Nos debemos turnar para el acompañamiento en la habitación. Yo, voy mañana y después tú, Rosita. Julia y su esposo están por llegar, me lo dijo Virginia en cuanto me desperté. Ese médico me mandó a dormir a la fuerza. Ya descansé lo suficiente.

—¿En qué te viniste, pa?

—Félix, el de la droguería, me trajo. Él se enteró porque arrimamos con este señor, Alberto, a comprar los medicamentos. Ha estado pasando a averiguar y a ponerse a la orden, Pues le pedí el favor y hoy fue temprano. Muchas manos se extienden en este momento. ¿Qué tal la buena voluntad del cliente del cuadro?

—Te va a tocar cumplir años más seguido para tener el mejor pretexto de celebrar, —los dos sonrieron.

—Espero que este cacharro prenda sin problema.

Rosita se subió y dio inicio a las maromas del arranque. El abuelo esperó en el andén.

—Vámonos despacio, ya todo está retornando a la normalidad. —El abuelo se despojó del sombrero y lo puso sobre el asiento junto a Rosita—, Matilde, ¿qué se hizo?

—Ayer, cuando le dieron salida a la mamá del señor Alberto, él se ofreció a colaborar y yo acepté, porque iba la anciana con él, entonces le pedí que llevara a Matilde hasta la casa.

—Muy oportuno el hombre.

El abuelo empezó a cabecear hacia adelante. Rosita le ayudó a acomodarse sobre el espaldar. Con la boca entreabierta emitía un leve ronquido. El sol radiante de las ocho de la mañana traspasaba el parabrisas y, con el sombrero, se cubrió la cara. Así continuaron hasta llegar a la casa.

—¡Allá vienen, Abuela!

En la puerta de la casa, Francisco, junto a los perros, que batían la cola, anunciaban el regreso de la otra parte de la familia.

—Pa, llegamos. Espera te ayudo a bajar.

—¡Rosita!, ¿y mi hermano, adónde se quedó?

—Te mandó muchas saludes, que ya casi viene a jugar contigo y a silbarle a los pájaros. Faltan poquitos días. Todo va muy bien. —Rosita puso el pie izquierdo en el piso y Francisco se lanzó a abrazarla, ella emparejó el otro pie y respondió el tierno saludo --.Ven y ayudamos a bajar al abuelo.

Rosita abrió la puerta del copiloto y Francisco le extendió las manos al abuelo, él las apretó mientras descendía lentamente. Cuando estuvo en tierra firme, alzó la cabeza para exponer la nariz al aire, y sonriente exclamó con voz alegre:

—Tenemos suficientes motivos para celebrar, ya pasó la turbulencia. —Se agachó a devolver el abrazo de su nieto, quien se aferró a su cintura.

Los perros ponían las patas delanteras sobre el pantalón del abuelo y él, con el sombrero en la mano, les hacía juego.

—¿Cómo sigue el niño? —preguntó Virginia.

—¡Traemos muy buenas noticias!

—Me voy a verlo.

—Solo hasta la una de la tarde se puede entrar. Dan cinco minutos a las visitas —explicó Rosita

—Al niño Alejandro, ¿quién lo va a cuidar hoy? —Preguntó Matilde.

—Mi ma va a ir, ¿quieres acompañarla?

—Yo también voy con ellas —dijo Francisco.

—Claro que irás conmigo a dejarlas en la puerta del hospital, pero no nos bajamos. Apenas van a ser las nueve de la mañana. Hay tiempo.

—Blanquita, sirveles el desayuno. Tú desayunas y sigues el tratamiento médico. Ese hombre es un sabio, te mandó a dormir. Ni porque te conociera. Mañana Alejandro te verá resplandeciente —dijo la abuela.

—Don José Ignacio salió temprano, a las carreras con el señor de la droguería, no esperó a tomar jugo. No quiso nada. Ya les vamos a servir —dijo Blanca.

—Dejamos la camioneta aquí afuera —Rosita cogió del brazo al abuelo y juntos entraron a la casa.

—¿Y ese ramo de flores tan hermoso?

—Lee la tarjeta —le sugirió la abuela.

El ramo de rosas rojas estaba en la mesa de la sala. Ella leyó la tarjeta que decía: «Para Rosita, de Alberto.»

—¿Cuándo llegó?

—Ayer por la tarde.

—Niña, cuando Alberto me trajo, me preguntó muchas cosas tuyas y yo le conté que usted no tenía novio. Ese hombre se puso muy contento. La viejita le dijo: «hijito más despacio», porque él aceleró con ganas.

Rosita se daba toquitos en el labio superior con el dedo índice y seguía escuchando a Matilde, su cara reflejaba una curiosidad irreprimible.

—Vamos a desayunar. Tú también debes descansar —dijo el abuelo, mientras le pasaba la mano por el cabello.

—Agüe, ¿le contaste al Mechudo que yo le he puesto agua y comida a los pajaritos?

—Él sabe que tú los quieres y los cuidas.

—Las gafas de mi manito ¿quién las guardó?

—Yo las tengo en la mesita de noche. —respondió la abuela.

—Se las tienes que llevar, agüe, para que te vea.

—Mañana las llevo yo. Me lo recuerdas de nuevo —pidió el abuelo.

—¿Cuándo llega Julia?

—Mi papito llamó hoy muy temprano y dijo que estaban consiguiendo los pasajes. Ellos llaman a cada ratico.

—Allí está la llamada —dijo la abuela.

Francisco corrió a contestar, le siguió Rosita, pues no quería dejar que nadie más diera la buena noticia.

—¡Rosita!

—¡Marco!, te tengo la mejor noticia del mundo, pásame a Julia.

—Disculpa, Rosita, soy Alberto. Matilde me dio el número y me atrevo a llamarte porque no te encontré en el hospital. Espero no te molestes por el atrevimiento.

—Jum...—Rosita no hallaba qué responder.

—Aló, aló.

—Sí, lo escucho.

—¿Vas a volver al hospital?

—Necesito descansar un poco para llevar a mi ma a la hora de la visita.

—Entiendo. Que descanses.

—Las flores están muy lindas. Gracias. —Rosita colgó.

—¡Qué pasó!, ¿por qué traes esa cara? No me digas que Alejandro... —La abuela no alcanzó a terminar.

—La llamada era de Alberto.

—Si no te agrada ese señor, díselo y así estás tranquila.

—No ma, al contrario, pero...

—Tienes todo el derecho de plantearte cuantos peros quieras. Por el momento, ve a bañarte y, de verdad, reposa. Te está ganando el agotamiento.

—A buena hora se atravesó este señor —rumoró el abuelo.

—El amor no tiene horas. Así me lo decías cuando me estabas cortejando, ¿o se te olvidó?

—Estoy diciendo que a buena hora. Realmente, así lo es.

—Matilde, corre detrás de Francisco que ya se fue otra vez al patio. Ojo si ves avispas —alertó Blanca.

—Bueno, a cumplir con la orden del médico —dijo Virginia mientras acompañaba a su marido hasta la alcoba.

—Pero eso ya es sobredosis. —contestó el abuelo.

—Yo me quedo aquí en la sala recibiendo las llamadas de Julia y Marco —dijo la abuela mientras se acomodaba en su mecedora para seguir tejiendo.

Pasado un rato timbró el teléfono y, la abuela contestó rápidamente, a la vez que Francisco corría desde el patio para saludar a sus padres:

—¡Esa sí es mi mami!

—Aló, ¿Marco?

—Señora, soy Alberto. Me disculparé, pero debo hacerlo. Pongo a su disposición mi carro para que Rosita pueda descansar. La he visto permanecer de pie a la espera del informe médico y atendiendo a su padre. Su energía apabulla.

—Tiene razón. Agradezco su interés. Rosita ha logrado conciliar el sueño, así que, sin su aprobación, acepto.

—A las doce y treinta paso por usted. Hasta entonces, señora.

—Abuela, ¿no vamos a despertar a Rosita? Ella me prometió que me iba a llevar.

—Sí, yo te cumpliré. Llama a Matilde, sin hacer ruido, le dices que venga.

La abuela alzó la mirada hacia el reloj de cucú.

—Las once y once. Bonito número. Matildita, arréglate que vamos a ir con Francisco al hospital.

—¿Despierto a la niña Rosita?

—No. Procuremos no hacer ruido.

De nuevo el teléfono.

—¿Marco?

—Ya compramos pasajes, el vuelo es para mañana en la tarde. ¿Cómo está mi hijo?

—Las noticias son alentadoras.

—¿Y Francisco?

—Aquí está, ya pasa. —Habla pasito— insistió la abuela enganchando la aguja en el tejido.

—Abuela, que mi papi ya casi viene —comentó Francisco al colgar.

—Las doce y treinta —dijo Virginia mirando el reloj.

Matilde, a punto de desobedecer a Virginia, insistió:

—Doña, ahora si despierto a la niña Rosita, mire la hora que es.

—No hagas ruido, por favor. Nos va a llevar otra persona.

—Doña, ¿no me diga que viene por nosotros Alberto?

—Matilde. A ese señor lo tratas con seriedad, guardando las distancias.

—Pues él está allá y yo acá. ¿Qué más distancia? Entonces, ¿no me puedo subir al carro?

—Tú entiendes a lo que me refiero. Nada de chistecitos flojos. Necesitamos conocerlo. Así que, buenas tardes, señor Alberto, y en silencio todo el tiempo. No tienes que dar información de nada. Por favor, Matilde.

—Ya se oye un carro, agüe.

—Casi que no llega —dijo Matilde disputándose la manija de la puerta con Francisco.

—Buenos días, señor. Gracias por su puntualidad. —Sssshhh—Están dormidos—recordó la abuela a Francisco y Matilde.

Alberto ofreció su brazo a Virginia, la llevó hasta la puerta del carro, y le ayudó a acomodarse en el asiento delantero; aseguró a los demás pasajeros y luego se hizo al volante.

—¿Cómo ha seguido su madre?

—Ella ya estaba alentada el día que me trajeron. Yo la conocí. Es una viejita linda.

—Matilde, ¿qué acabó de decir la abuela? Que nos estuviéramos calladitos y no contáramos nada. ¿Ya se te olvidó tan rápido? ¿Cierto, abuela?

—Mi madre, como dijo Matilde, está gozando de buena salud. Es cuestión de controlar la tensión.

—¿Con quién se quedó?

—Hace muchos años nos acompañan unas personas muy generosas. Ellas son como de la familia. La quieren y me ayudan a su cuidado.

—¿Cuántos hermanos tiene usted?

—Soy el único hijo.

El carro avanzó rápidamente. Los quince minutos en la camioneta se redujeron a seis, a buena marcha.

—Este carro sí sirve, no como ese cacharro del taller. —Criticó Matilde.

—Pero, con ese carro viejo, pudieron llevar al niño para ser atendido por urgencias, tan a tiempo que se salvó.

—Pero casi que no prende. La niña Rosita le conoce los resabios y lo hace andar.

—Otra habilidad de Rosita. Quién no marcha con una mujer así. ¡Excepcional!
—opinó Alberto.

—Ya están entrando las visitas. Gracias por su colaboración, señor Alberto. Matilde, te quedas en la puerta con Francisco porque no lo dejan entrar.

—Señora, la visita es de solo cinco minutos. Yo la espero para llevarla de regreso a casa, si me permite.

—Está bien, se lo agradezco.

IX

—Deja de moverte, creí que estaba temblando. Acuéstate, falta mucho para que amanezca. —reclamó Virginia.

—Ya dormí lo suficiente.

—Entonces déjame dormir a mí.

El abuelo decidió sentarse al borde de la cama. Inclino el tronco hacia adelante sosteniéndose con los brazos y, buscó las pantuflas con los pies.

—¿Y la camisa azul? Quiero ir con mi traje de domingo.

—Hasta mañana —respondió Virginia volteándose hacia el rincón.

José Ignacio continuó en su búsqueda de las pantuflas, lo logró y salió, paso a paso, hasta la sala.

—Cuidado te tropiezas. Prende la luz. Estás más inquieto que tus nietos.

—Qué oscuridad tan terrible. —Bostezaba—. La casa está habitada por sombras. La alegría y la luz están durmiendo —Hablab a los colibríes—. Temí que mi nieto fuera a acompañarlos, pero mi Rosita lo salvó. Mi Rosita. Seguro que ella hubiera librado una batalla en defensa de todos los pájaros. Jamás me perdonaré por mi cobardía. —El abuelo se sobó los ojos con el dorso de las manos y, luego, deslizó la mano derecha sobre la pared hasta alcanzar el interruptor. La luz le permitió ver la hora en el reloj. Veinte minutos para la una—. ¿He dormido tantas horas? —Volvió a pararse frente a los colibríes, le hablaba a cada uno, los miraba con naturalidad—. Siguen tan rebosantes de vida. Creo que mi padre se equivocaba al repetir lo que también le habían enseñado, estaba tan convencido al recitar: «con el tiempo, ni las raíces más profundas ni la madera más gruesa permanecen...» —A la vez que repetía la frase, acercaba la cara a las urnas de cristal. La tenue luz de la bombilla le impedía despejar una duda—: ¿¡Qué te pasó!?

—Se devolvió al cuarto apoyándose en la pared—. La cabeza me da vueltas. —Lentamente llegó hasta la mesa de noche, palpó hasta encontrar la linterna, la tomó y regresó con un potente chorro de luz que pegó de frente a los pájaros—. Ese remedio es

fuerte, sigo con zumbidos, ¿será que me parece o es real lo que estoy viendo? ¿Cómo pudo ocurrir? Es idéntica a la calavera de un niño. Las alas caídas y los colores han desaparecido. ¿¡Cómo pudo ocurrir!>? ¿Será el efecto de esas pastas que me mandó el médico para dormir? Pero estoy despierto. —Se tocaba—. Sí, esa sensación es desagradable. Me estoy dejando sugestionar. Seguramente les está atacando algún hongo. Yo no soy un muchachito asustadizo, soy un viejo, yo los disequé no tengo por qué dejarme impresionar. Se le cayeron los ojos y ya está. —Volvió a observar a los demás pájaros y todos conservaban su apariencia inicial—. El daño es reciente, hasta hace unos días estaban más vivos que nunca. ¿Qué le habrá pasado a este? Uno, dos...siete, al séptimo, solo al séptimo. —Se preguntaba mientras iba rumbo a la silla mecedora—. No termina de suceder una cosa y ya la otra está reclamando el primer lugar. —Caviló intensamente hasta que en el jardín el canto de los pájaros anunció el alba.

—Hace siglos que no riego las matas. —El abuelo estiró los brazos al frente, los llevó hacia arriba, los extendió a los lados y se fue levantando de la silla—. Caramba, se me olvidó apagar la linterna.

—Pa, ¿no pensarás hacer caminata? ¿Sí dormiste bien?

—Tanto, que seguí soñando despierto, hasta con pesadillas.

—¿Cómo? ¿Pasaste mala noche?

—Nada de eso. Es un decir. Tú, ¿te repusiste?

—Ya tengo el plan de hoy. Te llevo al hospital y me regreso al taller. Debo entregar unos trabajos retrasados. Tú puedes estar tranquilo disfrutando a tu nieto.

—Hija, la manguera no está en su lugar.

—Creo que la vi al lado donde los niños pusieron la escalera. Voy por ella.

—El tiempo no corre —se dijo. A la vez que regaba las plantas, miraba el reloj.

—Viejo, ¿ya encontraste la camisa que querías? Mírala, está aquí colgada en el armario.

—Me falta cepillar los zapatos. Los quiero bien brillantes.

—Debes tener cuidado al afeitarte, estás muy impaciente.

Virginia salió a la sala y se encontró con Rosita, quien venía con las manos ocupadas.

—Le cambié el agua al ramo.

—Ya veo, hijita. Las sorpresas no paran. Tengo que contarte algo.

Rosita puso el ramo sobre la mesa y dijo:

—Son buenas noticias, ya lo adivino en tu sonrisa.

—Ayer vino Alberto y nos llevó al hospital.

—¿De verdad, ma?, ¿De verdad? ¡Él es ...! —No pudo contener el suspiro.

Un ruido de llaves las distrajo.

—Llegó la envidia de los relojes suizos —dijo el abuelo desde la alcoba.

La puerta se abrió y aparecieron Matilde y Blanca.

—Niña Rosita, ¿ya le contaron que Alberto vino ayer por nosotras y nos llevó al hospital?

—Sí, ese señor es muy atento. Lo tenemos que tratar con respeto y con cuidado. No sabemos quién es —recomendó Virginia.

—Niña, pero además de atento y educado fue muy serio. ¿No le pareció serio, doña? Pues a mí, sí.

—Por ahora, ocupémonos en hacer el desayuno y no metamos la cucharada en asuntos de la señorita Rosita —intervino Blanca, en un tono menos agresivo del acostumbrado.

—Me voy a estrenar el vestido que me regaló mi hermana, hoy viene y quiero que me vea muy linda.

—¿Hoy va a volver, niña?

—Mi hermana Julia y su esposo. No estoy diciendo nada más que eso.

—Y también Alberto. Qué bueno que él la vea con su vestido nuevo para que se enamore más.

Rosita y la abuela cruzaron una mirada.

—Francisco ya está por levantarse y querrá que lo lleves —dijo la abuela dirigiéndose al cuarto.

—Abuela, ¿ya los pajaritos llegaron a bañarse?

—Hace rato, y preguntaron que si estabas listo porque Rosita va a ir al hospital.

—¿Voy a volver?

El niño se paró a brincar sobre la cama. Rosita se apresuró a cogerlo.

—Cuando quieras brincar, que no sea sobre la cama, muchachito travieso.

—Al baño. —La abuela lo animó con palmadas en las nalgas.

El acicalamiento continuaba en la habitación del abuelo.

—Me falta cepillarme el sombrero y ya está.

—La camisa te quedó mal abotonada. Déjame ayudarte ayudo.

La abuela empezó a emparejar los ojales y, de vuelta, recibía besos en la frente.

—¡El teléfono! ¡Julita! Yo contesto.

—¡Padre!, qué descanso oírte.

—Ya estoy listo para ir a acompañar a Alejandro. Hoy sí me permiten estar más tiempo a su lado.

—El vuelo está por salir, en la tarde nos vemos.

—Hijita, lo crítico pasó a la historia.

—¿Cómo está Francisco?

—Virginia, que pase el niño.

—Hija, se está bañando, todo está en calma. Que tengan un buen viaje. Te cuelgo, acá nos vemos. —La abuela continuó abotonando la camisa de su marido.

—¡El desayuno está servido! —anunció Blanca.

En el comedor se fueron sentando los que atendieron al llamado, solo faltaba Rosita.

—Matilde, avísale a...

—Allá viene. Tutui, tutui...niña Rosita, ese señor va a desmayarse cuando la vea.

—Rosita. Cómo estás de hermosa —comentó con ternura la abuela.

—No me imagino ese vestido lleno de virutas. Estás reluciente, hijita —bromeó José Ignacio.

—Esa moña tan bonita, niña. —dijo Matilde.

—Ahora, para manejar la camioneta, ¿no se enreda en ese vestido? —preguntó Francisco.

—¿Sí estoy bien?

Rosita cogía las puntas de la falda y mostraba, coqueta, su vestido nuevo.

—Desayuna, hijita, apura —dijo el abuelo.

—Sí, sí. Hoy vamos a tener mucho movimiento —afirmó Rosita mientras mojaba el pan en el chocolate.

—Hija, súbete la servilleta que te puedes chorrear —aconsejó José Ignacio.

—¿No le gustaron los huevos revueltos? ¿Le hago otra cosa? —preguntó Blanca.

—No quiero comer más.

—Síntoma característico, las mariposas empiezan a hacer ruido en el estómago. —comentó la abuela.

—Ni se te ocurra decirle al médico que estás perdiendo el apetito, porque te manda a dormir —dijo sonriente el abuelo.

—Me adelanto a sacar la camioneta. —Rosita puso la servilleta al lado del pocillo de chocolate y salió.

—Nos vamos, ¿dónde están mis pasajeros?

—Hasta el destartalo amaneció contento, prendió sin problemas —dijo Matilde al despedirlos.

—Algún amigo nuestro se encargó de barrer las nubes, quedó expuesto ese cielo azul. El día va a estar más caluroso que de costumbre —advirtió el abuelo al momento en que se subía a la camioneta.

—Abuelo, las gafas del Mechudo, ¿las tienes?

—No. Ve a traerlas, están en la mesita de noche.

—Sí, yo sé, me dijiste ayer.

Francisco, en un instante, estuvo de vuelta, se subió y el carro arrancó. Todos se despedían de Matilde, haciendo el gesto con las manos.

—Rosita, qué pesar tanto mango en el suelo. Mi papito nos dice que la comida no se puede perder.

—Hoy no alcanzamos a recoger, si es lo que estás pensando. De pronto, de regreso.

—Pa, al medio día le digo a Matilde que me acompañe, por si quieres descansar y que ella se quede con Alejandro. Aunque creo que mi ma preferirá hacerlo.

—No pienso regresar tan pronto. En la noche, tal vez.

—Entonces, te traeremos el almuerzo.

—Y yo vuelvo con un canasto grande para recoger los mangos y esas guayabas —propuso Francisco, señalando los últimos árboles que iban quedando atrás, al paso de la camioneta.

—De nuevo aquí. Espera te ayudo a bajar.

—¿Me bajo yo también? Yo quiero ver a mi hermano un momentico no más, ¿sí? Diga que sí, Rosita. Agüe, diga que sí.

—Ya sabes que no te permiten entrar. Yo acompaño a mi pa, pregunto cómo amaneció Alejandro y vengo a contarte. Me tardo un segundo.

Francisco miraba con impaciencia cómo se alejaban el abuelo y Rosita. Desde la camioneta observaba las ventanas del hospital, había una abierta. Se bajó y corrió hasta ese lugar, pero era muy alta y no alcanzó a ver nada.

—¡Mechudito, me escapé! Vine a verte, pero no me dejan entrar. —Francisco lloraba y seguía llamando a los gritos.

De pronto, una sombra se fue acercando hasta cubrir al niño, luego se escuchó una voz.

—¿Dónde está tu mamá?

—Está muy lejos —respondió entre sollozos.

—¿Qué haces aquí?

—No me dejan ver a mi hermano. —Se limpiaba los mocos—. Lo picaron las avispas. —El llanto volvía a interrumpirlo.

Francisco alzó la mirada y se encontró con un hombre alto, vestido de verde y quepis.

—¡Ah!, si es el niño de las avispas, no es por esta ventana, es en esa de más allá, venga rápido, yo lo cargo, pero no haga ruido porque me echan del trabajo y vamos a ser dos llorando. —El guarda se asomó a confirmar—. ¿El nombre es Alejandro?

—¡Sí!, ¡sí!

—Bueno, echémonos la bendición porque aquí está. Se acabó mi trabajo. Vamos para arriba, callado. —El hombre se quitó el quepis, lo puso en la cabeza del niño y lo alzó a la altura de la ventana.

—¡Mechudito! ¡Hermano! Yo estoy cuidando a los pajaritos y....

El hombre lo bajó, se ajustó nuevamente el gorro y lo llevó de la mano hasta la portería.

—Gracias, señor. ¿Por qué te saliste del carro? Por favor explíqueme por qué no le permiten entrar al hospital. —solicitó Rosita.

El guarda le sobó la cabeza y le dijo:

—Ya podrás volver a verlo. No te desesperes. —Con un guiño se despidió.

—Cómo no me colaboras haciendo caso. ¿Es que no me quieres? —reclamaba Rosita mientras se subían a la camioneta.

—Yo te quiero y a mi hermano también. ¿Me perdonas?

—Voy a pensarlo.

Francisco se paró sobre el asiento, apoyó su brazo en el hombro de Rosita, se inclinó y le dio un beso en la mejilla.

—Niño, cuidado que voy manejando. ¡Qué locura!

—¡Yo lo vi!

—Ahora sí, serios hasta la casa. A estos hijos de mi hermana se les aflojaron los tornillos y ella no sabe. ¡Esto no se lo imagina Julia!

—Se retira el sombrero, lava sus manos y sigue a la cama número 7.

—Sí, señorita —contestó José Ignacio.

Al cuarto, decorado con superhéroes, le llegaban los rayos del sol.

—¿Qué parentesco tiene con el paciente?

—Soy el abuelo.

—Este paciente dice muchas cosas cuando está dormido, tiene pesadillas constantes, menciona a un abuelo. Puede tratarse del efecto de los medicamentos. Es conveniente que le hable.

Él atendió las instrucciones, su sombrero quedó llenando el espacio entre Batman y Superman. Luego, alzó el asiento y lo llevó al lado opuesto, lo acomodó en línea a la cabecera de la cama. Desde allí veía entrar los rayos del sol y, tras su luz, miles de partículas danzantes.

Se inclinó, besó al niño, pasó suavemente el dorso de su mano por los párpados aún cerrados y, masajeó delicadamente sus brazos y piernas.

—Sé que me sientes, hijito. ¿Quieres que te cuente cuentos? Me aprietas el dedo si me oyes y quieres que te hable. —Su dedo fuerte, grueso, y con callosidades llenaba la mano de Alejandro, quien no tenía fuerzas para responder.

Al no recibir ninguna señal, el abuelo lo provocaba.

—Aquí tengo tus gafas. Si te animas a abrir los ojos, verás la cantidad de mariposas diminutas que trae la luz del día, pero no vienen solas. Unas cabalgan sobre las orejas de un burrito, otras no quieren dejarse tumbar de la cola agitada de un perro, creo que es Pibe, y está inquieto porque no ha jugado contigo. Sigue brincando. Qué bonitas figuras forman las mariposas, son corazones. ¡Ah!, Chocolate también vino, se para en sus patas traseras y brinca para atrapar el corazón, pobre, el salto no le da para tanto. Allá suben, parecen cometas, se elevan con letreros que dicen: ¡Alejandro, vuelve a casa! Son mariposas de muchos colores. Los pájaros, tus nuevos amigos, se unen, también tienen letreros de ¡Alejandro, vuelve a casa! Y la gran sorpresa, hasta los colibríes disecados toman vida y forman la bandada. —El abuelo sintió que la mano del

niño iba apretando suavemente su dedo—. Yo sé que me oyes, una mariposa viene sobre la cola de uno de los colibríes disecados, ¿no te parece bello? Si abres los ojos, puedes participar de esta gran fiesta que están haciendo todos los animales. Esta escena me recuerda el cuento de *san Julián el hospitalario*, claro que a él le apasionaba la cacería, a ti te apasiona la curiosidad, pero ambos tienen sueños extraños.

La enfermera entró al control de rutina.

—Señor, ¿no está cansado?

El abuelo cedió el espacio a la enfermera y se dirigió a la ventana. Con mirada esperanzada, observó el paisaje. El sol radiante se hacía sentir. Desde ese sitio preguntó:

—¿Cómo encuentra a mi nieto? Él me apretó el dedo.

—Está un poco agitado. Todo dentro de los rangos normales. Si necesita algo, me llama —dijo la enfermera al salir.

De nuevo, el abuelo se acomodó en el asiento, acunó el dedo índice en la mano de Alejandro y reanudó la conversación.

—Hijo, hoy llegan tus papás, están tan emocionados de saber que vas recuperándote rápidamente. Cuando nos digan que te podemos llevar a casa, vamos a hacer una fiesta por la alegría de verte saludable. Nos reuniremos en la sala y celebraremos en familia. Tu hermanito ha estado alimentando a los pajaritos que todos los días llegan al jardín, se bañan y se quedan mucho rato cantando. Ellos con su canto te mandan su amor. Si pudieran, los colibríes disecados también cantarían. —El dedo recibe un apretón más fuerte que el anterior, Alejandro se sacude, lo suelta y se voltea.

—¡Enfermera, enfermera!

—¿¡Qué se le ofrece, señor!? —contestó jadeante la enfermera.

—El niño se volteó solo. Me apretó el dedo con fuerza y se volteó.

—¡Muy buenas noticias! ¿Qué le hizo usted?

—Le hice un corto masaje en los brazos, luego en las piernas y le conté cuentos.

—La temperatura es normal, pero está más agitado. Si desea repetir los masajes antes de la hora del almuerzo, puede hacerlo. Voy a reportar las reacciones al médico.

La presión en los dedos de los pies y las piernas eran acompañadas con palabras a las que Alejandro reaccionaba bruscamente.

—El paciente está tembloroso —observó el médico.

—Mi niño, ¿qué sientes?

—Es conveniente que se retire, algo incomoda al paciente. Esperaremos a que se tranquilice —recomendó el médico.

El abuelo cogió el sombrero y continuó con la mirada fija en su nieto, mientras se retiraba lentamente.

—Estaré en la sala hasta que me permitan ingresar de nuevo.

Era medio día y Rosita venía acompañada de Matilde, traían el alimento a José Ignacio.

—¿Por qué estás aquí, pa? ¿Tienes hambre? Es hora de almorzar y te trajimos sancocho o quieres que te lleve a casa. Matilde se puede quedar con el niño.

—No, yo espero a que el médico me diga por qué no puedo estar al lado de mi nieto.

Rosita advirtió en el acaloramiento de su padre que algo pasaba y fue a preguntar a la enfermera.

—El psicólogo pediátrico lo visitará en la tarde. Por el momento, le han suspendido la compañía.

—Pa, la espera es larga, vamos a casa y regresamos en la tarde.

—No, aquí esperaré. Julia y Marco están por llegar.

—Don, tómese el caldo, la seño Virginia lo preparó y dijo que usted no iba a dejar ni el sobrado para ella.

—¿Cómo despreciarla? —Lo probó por cumplir, pero seguía concentrado en la puerta de la habitación.

El viento soplaba fuerte y, a su paso azotó la puerta de la sala de espera, seguido de un grito.

—¡Auxilio! ¡Auxilio!

—¡Es la voz de mi nieto! Está angustiado. —El abuelo se dirigió a la habitación resuelto a entrar, pero la enfermera se lo impidió.

—En este momento está siendo atendido por el psicólogo. No puede interrumpir.

—Pa, calmemonos, me han explicado que es una reacción normal. Poco a poco va pasando.

—Don, el niño Alejandro no es miedoso como usted. ¿No le parece que para subirse al techo a toriar un avispero se necesita ser bien valiente?

—Matilde, mejor dime la hora, que en eso sí no te equivocas.

—Yo vi un reloj a la entrada, voy a mirar.

—Pa, ya se calmó el niño, pero no nos dejan entrar. La orden es que pasen la mamá y el papá.

—¿Cómo? ¿Y yo? ¿Qué pasa con estos médicos? Entonces, ¿el resto de la familia?

—Están haciendo un estudio. Tenemos que colaborar. Tranquilo, pa.

—Matilde se fue a averiguar la hora y no volvió. Yo creo que están por llegar.

—Don, le pregunté a hartas personas y tres me dieron la misma del reloj del hospital. Son las cuatro y cuatro.

—Con toda la demora en traer la razón debió pasar una hora más. Ya deberían estar aquí. ¿Qué les habrá pasado? —José Ignacio se paró del asiento y empezó a pasearse por el pasillo, turnaba las manos para sobarse la cabeza.

—Señorita, su papá está muy raro.

—Déjalo que caminando se calma.

—¡Padre, ya estamos aquí! —dijo Julia.

—Vamos, entremos los tres que a mí solo no me permiten verlo —respondió el abuelo.

—¿Ha pasado algo más? Estás muy alterado, ¿se agravó mi hijo?

—Esperemos a que sea el médico el que nos ponga al tanto de la salud de nuestro hijo. Vamos a buscarlo —decidió Marco tomando de la mano a Julia.

—Pa, tú debes tranquilizarte. Julia y Marco van a hablar con el médico antes de pasar a ver a Alejandro, nosotros nos quedamos acá, retirados, para que ellos puedan actuar. —Rosita acarició la espalda de su padre y logró que se retirara un poco de la puerta.

—¡Tardan demasiado! ¿Qué será lo que los hace tener tanta precaución? ¡Dios mío! ¡Abran esa puerta! ¿Qué le pasó a mi nieto? Yo tengo derecho a saberlo, no lo oculten. —El abuelo golpeó la puerta.

—¡Auxilio, auxilio!

—Otra vez el niño pidiendo auxilio. —El abuelo intentó ingresar por la fuerza, pero Marco salió a controlarlo.

—En nada ayuda con su angustia. Por favor, suegro, es preferible que se vaya a reposar. Rosita y Matilde lo acompañan. Ya estamos aquí para atender a nuestro hijo. —Marco entró y aseguró la puerta.

—Pa, vámonos para la casa, esto te hace mucho daño.

—Ese grito de auxilio de mi nieto me aterroriza. Esperemos un poco más. —José Ignacio se arrimó a la puerta y puso la mano semicerrada alrededor de la oreja.

—*¡Auxilio!, ¡auxilio!*

Me van a matar, ayuda, ayuda. ¡Francisco! Esa calavera, un pájaro negro sin ojos, me tira picotazos. ¡Auxilio!, ¡todos esos pájaros horribles me persiguen, me van a sacar los ojos ¡Auxilio! ¡El pájaro sin ojos me quiere matar! El agüe los esconde en esa pared para que salgan de noche y me maten. ¡Auxilio! ¡Auxilio! No se vaya, papito, no me deje solo, Francisco, tengo miedo. —El llanto humedecía su almohada.

—La impresión por las avispas lo tiene intranquilo. Confiamos en que la compañía de los familiares iba a ser benéfica, como usualmente lo es, pero hoy hemos confirmado que la presencia del abuelo lo descontrola. —conceptuó el pediatra.

—¿El niño habrá visto al colibrí sin ojos primero que yo? ¿Ese terror le producen los animales disecados? —dijo el abuelo en voz baja escondiendo la cara tras las manos—. Si yo, que los amo tanto, me espanté, ¿cómo sería el susto de mi muchacho? —Con la mano nuevamente tras la oreja y con la otra tapándose la boca, continuó escuchando los lamentos del niño en su alucinación.

—*¡Francisco, no me deje solo! Tengo miedo de los pájaros del agüe. ¡Se salieron otra vez! ¡Corre, corre!*

Cuidado, se vinieron, ¡nooooooo!, corre, corre, tumbemos la pared, que no se puedan esconder otra vez. Mamita, ¿por qué no estás aquí? Papito, defiéndanos, tumbemos la pared. Tiremosle patadas, más patadas, más puños, manito. Ayúdame, no puedo, me sale sangre de las manos, los dedos de los pies se me reventaron. Esa pared es muy dura. Echémosle ese petróleo que está en la cocina, así como se quemó la casa de Rosita.

Corra, rápido, nos oyeron. Nos van a matar, ¡rápido, Francisco! Échela toda, que se moje bien la pared. Este fósforo no prende. La mano no se me queda quieta. Papito, ayúdame a prender este fósforo. Ya prendió, que se quemem rápido que ya se quieren meter. Tienen los ojos rojos. ¡Son mis bolitas, el agüe no quiso jugar con nosotros y se las dio a esos pájaros! Tírale el fósforo que se prenda toda, toda, toda la pared. ¡Eso!,

así, que se queme, ya no van a tener casa y les va a tocar largarse, que se vayan, diablos, que se vayan.

¡Ay!, Ay!, me picaron la cara, suben y bajan, se enloquecieron, no se quieren ir, la candela no los asusta. Agarrémoslos y les arrancamos la cabeza, ¡nos van a sacar los ojos!, eso es lo que quieren, yo no me vuelvo a quitar las gafas, manito, tápese con un trapo. El agüe les habla porque están vivos, lo oyen. ¡Pájaros malos! Chite, chite. Se van a meter a la cama del agüe.

Uno se estrelló contra la pared y se cayó. Recógelo y lo tiramos a la candela. No es un pájaro, es un pedazo de carbón. Las manos me quedaron negras y, es duro como un palo. No, venía volando, échelo a la candela. Salió volando otra vez. Están embrujados. Son pájaros del diablo. Están buscando dónde hacer un nido en la cama del abuelo. No, se quieren despedir, mira cómo los abraza, cómo llora, se va a ir con ellos, él es otro pájaro. El pájaro grande que los manda a que nos mate.

Él los prefirió a ellos, nosotros nos quedamos solos porque mi papi y mi mami también se fueron.

Que mi papito y mi mamita vengan ya a salvarnos. Tengo mucho calor, la candela se fue detrás de los bichos y ahora se están devolviendo, nos estamos quemando. No te veo, hay mucho humo, tíreme agua, no puedo respirar, ¡no me deje solo!

Después de los gritos, el silencio se hizo denso en la habitación. Al otro lado de la puerta, José Ignacio no se podía contener.

Su cara estaba cansada, pálida, y sus ojos nadaban en un mar de lágrimas. La firmeza en su anhelo de conservar un recuerdo cedía ante la esperanza de que su nieto se recuperara.

—No hay punto de comparación, ¿o, sí? —se preguntaba con voz quebrada—. La primera batalla la perdí, la suerte de la segunda está en mis manos. —Sombrío y agitado salió del hospital a paso de gigante, el sudor de la frente iba a parar a sus ojos. Con el paño de brillar los cristales, enjugaba sudor y lágrimas.

—¡No!, por Dios, qué le he hecho a mi niño. ¡Debo ir a la casa! —gritó el abuelo.

Rosita se adelantó en dirección a la camioneta, abrió las puertas y esperó a que llegara el abuelo, quien era seguido por Matilde. El abuelo resoplaba como una fiera. Con la mano abierta, daba golpes a la puerta. Se subió y, cogió el sombrero para ocultarse la cara. Las lágrimas y los lamentos no pararon. Matilde se sentó atrás.

—¡Arranca! —El grito del abuelo aturdió a Rosita, quien sentía la mano de la pasajera arañándole el hombro.

X

El abuelo estaba cargado de una fuerza poderosa generada por el miedo. Tenía los ojos saltones y el cabello desordenado. Frente a la pared central, agarró con ambas manos el mango de la porra, flexionó los brazos hacia arriba y los descargó con furia. En esta posición estrellaba el mazo. Al asestar su angustia sobre el sitio donde estaban los colibríes disecados, los resuellos infundían más temor. A cada impacto le acompañaban aturdidores ladridos. Las urnas de cristal se volvieron añicos mezclados con los restos de los pájaros y los dioramas que representaban el entorno de su escuela. Pibe olisqueaba en los escombros que iban cayendo, mientras que Chocolate, con frenéticos saltos, amagaba atrapar la herramienta en el aire, pero esta seguía chocando en el centro de la pared. Se había formado un gran hueco que permitía ver al otro lado. Allá estaba Blanca, en la puerta de la cocina, con los dedos entre la boca, reteniendo los gritos de terror. Matilde la abrazaba tiritando.

—¡Llamen un doctor! ¡Por favor, que venga un doctor! —gritaba la abuela a su paso por las casas vecinas. Francisco, tembloroso, se prendía de sus faldas.

Ante las preguntas, que iban amontonándose, con desespero exclamaba:

—¡José Ignacio, se enloqueció, se enloqueció, va a tumbar la casa! —Virginia llevaba una mano sobre la frente; el niño se aferraba cada vez más a su falda.

—¿Por qué está loco el abuelo? ¿Qué le pasó? ¿Por qué va a tumbar la casa? ¿Va a matar a las avispas? ¿También lo picaron? ¿Se va a morir? ¡A mi abuelo lo picaron las avispas y se va a morir! —decía Francisco con desespero.

—Señora, señora, ¿se agravó su nieto? —preguntó Félix—. Hasta la droguería llegaron los gritos espantados de la abuela y el niño.

—¡A mi abuelo lo picaron las avispas y se va a morir! —aseguró Francisco.

—¡Eso sí que es terrible! Lo tenemos que llevar a urgencias. —Félix corrió hacia el carro que parqueaba a la sombra del árbol esquinero y lo prendió, pero Virginia seguía caminando.

—Abuela, don Félix nos está llamando, él nos va a ayudar. ¡Pare, abuela! ¡Pare! Las piernas le van a doler mucho. —Francisco jalaba a la abuela de un extremo de la falda.

—¡Cuidado, niño, vas a tumbar a la anciana! —gritó una mujer que curioseaba.

Los vecinos la rodearon y le obligaron a detenerse.

—Señora, tome un poco. —Félix había regresado a la droguería y traía un pocillo en la mano. —Despacio, se va a sentir muy bien. Vamos. —Félix le asistía, mientras con sus codos iba abriendo espacio entre los curiosos.

—¡Más rápido, que el abuelo se va a morir! —insistía Francisco sin soltar la falda.

—Los mocosos queriendo dar órdenes, ¿en qué mundo vivimos? —comentó un anciano que pasaba de largo por el lugar.

—Ven. —Félix sobó la cabeza de Francisco y le puso la mano sobre el hombro—. Ya puedes soltarla. Súbete.

—¡No!, se vuelve a ir. Yo no puedo dejarla sola. ¿No ve que a ella le duelen las piernas?

—Tranquilo, aquí estoy para ayudarte. Suéltala que vamos a estar los tres. —Félix hablaba pausado, pero Francisco no aflojaba.

—Entonces, súbete primero, brincas al asiento de atrás y así puedes tener esa punta en tu mano, si es que te da tanta seguridad. Señora, usted siéntese de lado, yo le acomodo las piernas.

—¡Ay! ¡Por Dios! ¡Ay! ¡Ay! —Virginia, temblorosa, abrazada al cuello de Félix, se ayudaba.

—Se lo dije, don Félix, pobrecita mi abuela. Esas medias no le sirvieron. —Francisco se pasaba por la cara el pedazo de la prenda.

—Ya, ahora sí quedó bien. —Félix arrancó—. Vamos a ver qué fue lo que le pasó a tu abuelo.

A lo lejos, entre las buganvillas se veía algo parecido a una frondosa flor de ajo. Francisco la identificó al instante.

—Allá está Matilde subida en la ventana.

Madre e hija habían logrado salir del fondo de la casa utilizando la puerta trasera del taller. Desde el otro lado de la ventana, se proponían a prestar ayuda.

El vestido nuevo de Rosita, acucillada detrás del sillón, terminó arrastrando restos del desastre.

«—Parece que las fuerzas se redoblaran.» —pensaba Rosita siguiendo todos los movimientos del abuelo.

—Niña Rosita, allá viene el carro del señor de la droguería —dijo Blanca resguardando la cara tras el ala de la ventana entornada.

—Corre, avísale que mi pa está muy furioso.

Rosita miró el reloj de cucú, estaba a punto de caerse, con las manecillas suspendidas a las cinco y cuarenta.

—¿Cuánto tiempo habrá pasado? ¿Media hora? ¿Una hora? Definitivamente quedamos a cargo de los pájaros del jardín que nos la canten. Los de verdad, como dice Alejandro. ¡Se salvó el reloj! Yo que iba a hacerle restauración...pero, lo dejaré así, como una pieza de recuerdo para la familia. Este es un terrible momento.

—Doña, niño, no se bajen. Señor, ¿por qué no pone el carro más atrás? —Blanca señalaba inquieta—. Niño Francisco, que no se baje. Doña, dígame que haga caso. —El mejunje que le dio Félix le había causado letargo a la abuela.

—¿Dónde está José Ignacio? ¿Cómo ha reaccionado a la picadura de las avispas? ¿Sí está respirando bien? —preguntó Félix a Blanca.

—No sabía de más avispas. Lo que sé es que se volvió loco y no se le puede arrimar nadie porque le da con la porra. Es miedoso verlo —respondió Blanca.

—Voy a acompañar a mi abuelo —insistió Francisco mientras intentaba bajarse del carro sin soltar el extremo de la falda de la abuela.

—¿Qué pasa, por qué me empujan? —reaccionó Virginia al sentir el tirón, volteó a mirar y sus ojos se encontraron con las buganvillas—. Ya regresamos, bendito Dios.

—Asustaste a tu abuela, estaba tranquila. Si no me das la mano, no te bajas, así patalees —dijo Félix.

—Déjeme salir, déjeme. —Francisco intentaba brincar por la ventana del carro.

—¿Qué le pasa al niño? —preguntó Virginia a Blanca.

—Doña, ¿no se acuerda que don José Ignacio se enloqueció? Todavía sigue dándole golpes a la pared.

—Ayúdeme a bajar, las piernas no me responden, me siento pesada. Blanca, ayúdeme, por favor.

—Sí, sí, doña, y fíjese que desde que ustedes dos salieron a pedir que viniera un médico, los perros también se desesperaron. Chocolate parecía que lo iba a morder, y don José Ignacio, con ese martillo... antes no lo mató. —Blanca, sin parar de hablar, sostuvo las piernas de la abuela hasta encontrar el piso, la ayudó a salir del carro y juntas llegaron a la puerta del taller que estaba abierta.

—Rosita, busca salir de ahí, tú controlas al niño que le dio por mordirme los dedos, yo me encargo de José Ignacio —dijo Félix arrimando su boca a la rendija de la ventana, mientras con su mano ahogaba los gritos de Francisco.

—Déjeme yo lo cuido, tengo que contarle algo —dijo Matilde cogiendo al niño de las manos—. No grite para que me oiga bien.

Francisco, sollozando, miró a Matilde y ella con dulzura le dijo:

—Niño, hice lo que un día me dijo que hiciera.

—¿Qué? No me acuerdo.

—Si deja de llorar, le cuento. —Matilde acariciaba la cabeza de Francisco y seguía calmandolo.

—Lo que le voy a contar le va a gustar mucho, niño, yo sé —dijo convincente Matilde.

—Diga ya. Yo no lloro más.

—Abracé a mi mamá y no peliamos.

Francisco se quedó mirándola, incrédulo.

—¿Sí es verdad?

—Venga le muestro y verá. —Se acercaron a la puerta del taller donde estaban Blanca y Virginia. Matilde habló—: mamá, el niño Francisco quiere ver cómo nos abrazamos allá, en la puerta de la cocina. —El abrazo se repitió.

—¡Es verdad!, le tengo que contar al Mechudo. —Ahora el abrazo se lo daban Matilde y Francisco.

Virginia, sorprendida por la increíble imagen, dijo:

—Un momento bello en medio de este calvario.

Rosita, con dificultad, se dio cuenta del logro de Matilde con el niño, entonces volvió a resguardarse detrás del sillón.

En la sala, el agite continuaba, la mirada enloquecida del abuelo repasaba su mundo muerto. Agachado, espantó a Pibe que mordía los cuerpos disecados. Luego recogió los pedazos, casi gateando alcanzó la canasta de mimbre que sacudió con furor hasta sacar los periódicos, arrancó varias hojas, las tiró a un lado y con ellas barrió los escombros, los enrolló y salió de prisa calle arriba, hacia los cultivos de plátano. El cielo tenía un tono rojizo que anunciaba la caída del sol.

Félix estaba expectante. Rosita, Matilde y Francisco siguieron a distancia la ruta del abuelo.

—Niña Rosita, aquí estoy con su mamá. —Blanca se resguardaba al lado del taller.

Rosita corrió a preguntar:

—¿Puedes caminar, ma? Debemos seguirlo.

—Adelántate, con Blanca llegamos —respondió Virginia.

José Ignacio se detuvo frente a una hojarasca, amontonó otro tanto de hojas secas y encima puso el paquete. Como un autómata, palpó los bolsillos, sacó los fósforos del pantalón y, prendió el primero, pero el viento soplaba fuerte a su paso por entre las plantas. Daba la sensación de aleteos de aves gigantescas al acecho. Frotó el segundo, el tercero..., hizo un hueco entre las hojas secas, se inclinó contra la ráfaga de viento y continuó en el intento. Agachado, logró la lumbre. Al ver la lengua de la llama, exclamó:

—¡Todo terminó!, ¡se acabó!

En la medida que las llamas subían, el abuelo, en actitud reverencial, lloraba como un niño. Volvió a buscar en los bolsillos, sacó el paño de brillar los cristales, lo pasó por los ojos y lo lanzó al fuego. De pronto, un brazo rozó sus hombros.

—Pa, aquí estamos compartiendo tu duelo.

El crepitar del fuego que consumía los cuerpos de los colibríes le hacía estremecer. Cuando todo se silenció, quedó inmóvil, parecía el más viejo de los árboles que le rodeaban. Rosita se arrodilló a su lado y le tomó de la mano. De ese modo, permanecieron largo rato, viendo cómo la noche se posaba sobre las cenizas.

—Deseo esparcir las cenizas con el primer rayo del sol —decía entre sollozos.

El abuelo abrió los brazos lentamente y los dejó descansar sobre los hombros de su hija y su nieto. Félix apoyaba. Medianamente erguido, le escurría el sudor mezclado con lágrimas, la camisa tenía marcas de humedad y polvo que la teñían de gris. Las mandíbulas le temblaban. Con esfuerzo, murmuró:

—Adiós a todo lo que me hace parecer como un monstruo a los ojos de mi nieto. Todos mis recuerdos se confunden ahora en mi memoria.

—¿Tenemos que recoger esta basurita, abuelo?

—Sí, hijito, mi infancia quedó en eso, en una basurita.

El abuelo no podía controlar el rechinar de sus dientes.

—Déjenme reposar —pidió con docilidad y volvió a doblar las rodillas, quejumbroso y marchito, sin un destello de esperanza en sus ojos. Ni la luna luminosa logró animarlo.

El decaimiento no lo abandonó y, las ojeras acusaban su mal estado. Como maltrecho había quedado su traje de domingo, el brillo de sus zapatos había huido tras el brillo de sus ojos. La turbulencia emocional le dejó arrasado. Era leña de un viejo roble.

—Volví a fallar. No cuidé de mi nieto como debí hacerlo —repetía con amargura.

La abuela Virginia, del brazo de Blanca y acompañada por los perros, venía cojeando en busca de su marido. Hacía un gran esfuerzo por permanecer en pie. Francisco corrió en su ayuda.

—Todos mis pensamientos, toda mi voluntad, toda mi energía en proceso de desgaste se consumieron durante la enloquecida carrera, pero aquí estoy a tu lado, mi viejo.